

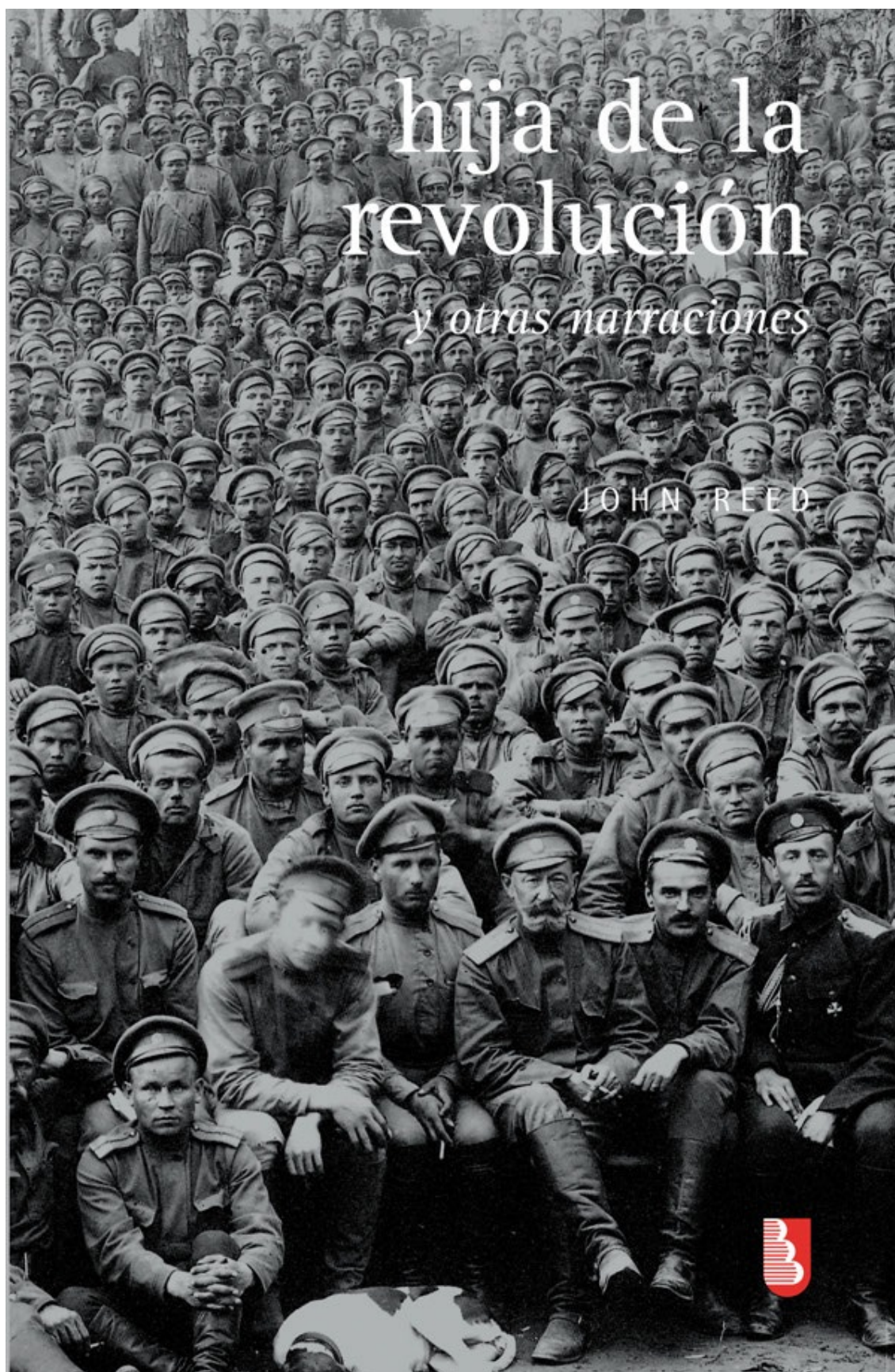
# hija de la revolución

*y otras narraciones*

JOHN REED







# hija de la revolución

*y otras narraciones*

JOHN REED







Fotografía de portada:

ANÓNIMO

Museo de la Revolución de Octubre  
de Moscú

JOHN REED

*Hija de la Revolución*

**Y OTRAS NARRACIONES**

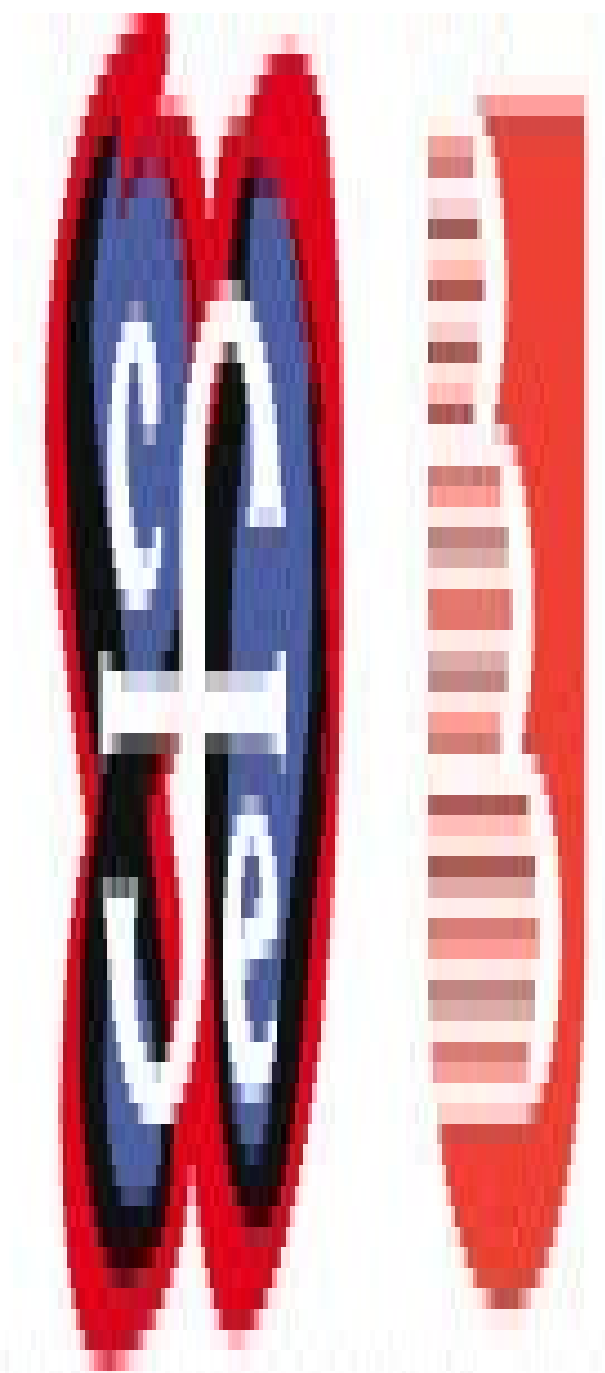
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE BOLSILLO

**John Reed**

**Hija de la Revolución**  
**Y OTRAS NARRACIONES**

*Introducción*

**FLOYD DELL**



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA



Primera edición en inglés, 1927

Segunda edición en inglés, 1929

Primera edición (Colección Popular), 1972

Segunda edición (Biblioteca Universitaria de Bolsillo), 2006

Primera edición electrónica, 2013

Traducción de FRANCISCO LONA

D. R. © 2006, Fondo de Cultura Económica

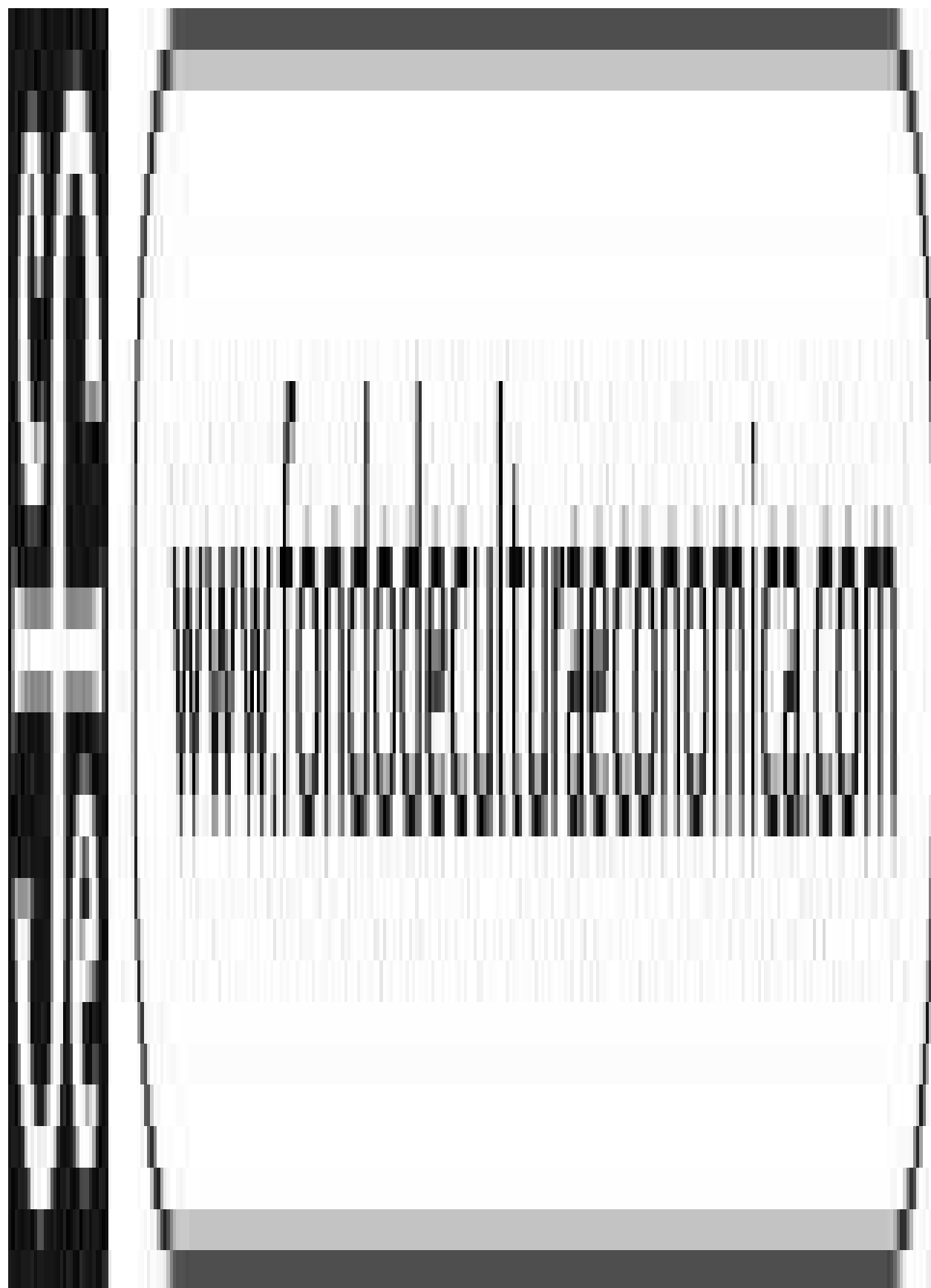
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.

Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios:

[editorial@fondodeculturaeconomica.com](mailto:editorial@fondodeculturaeconomica.com)

Tel. (55) 5227-4672



Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

**ISBN 978-607-16-1678-4**

Hecho en México - Made in Mexico

# ÍNDICE

[Introducción](#)

[Hija de la revolución](#)

[El mundo totalmente perdido](#)

[Broadway de noche](#)

[Mac-American](#)

[Endimión o en la frontera](#)

[Cuadros de México](#)

[I. Soldados de fortuna](#)

[II. Peones](#)

[Los derechos de las naciones pequeñas](#)

[Lo que deba hacerse](#)

[El jefe de familia](#)

[El capitalista](#)

[Donde está el corazón](#)

[Lo que se llama justicia](#)

[Ver para creer](#)

[Otro caso de ingratitud](#)

[Viñetas de la revolución](#)

[I. En vísperas](#)

[1. Rumbo al frente](#)

2. El Iskosol en Venden

3. En Venden

4. De regreso del frente

II. El enjuiciamiento de la IWW, en Chicago

*Cronología*



## INTRODUCCIÓN

La vida de John Reed fue corta y dramática. Nacido en Portland, Oregon, en el seno de una familia de la clase media acomodada, poseedor de gran talento y por naturaleza ambicioso, todo hacía creer que estaba destinado a ser gran poeta y cuentista mundial. Su pujante e irrefrenable temperamento, sin embargo, lo llevó a experimentar directamente la vida. Egresado de Harvard, con título universitario, en 1910, se trasladó a Nueva York y se instaló en Greenwich Village, donde llevó una vida bohemia. Se le incorporó al personal editor de una próspera revista; pero en 1913, en un impulso inicial de rebeldía contra los patrones de éxito burgués, Reed se unió a un grupo socialista de artistas y escritores que pertenecían a la revista *The Masses*. En ese año estalló la gran huelga textil de Paterson, Nueva Jersey. Reed trabajó con Haywood, Tresca, Elizabeth Gurley Flynn y otros que fundaron la IWW (Industrial Workers of the World); fue arrestado y encarcelado. Entonces presentó en el Madison Square Garden su vigorosa y gigantesca dramatización de la “Huelga de Paterson”. En las postrimerías de ese mismo año de 1913 Reed fue como corresponsal de guerra a México. Vivió con las tropas de Villa durante varios meses, en los cuales revivió sus impresiones llenas de simpatía por la causa revolucionaria, que aparecieron en el libro titulado *México insurgente* (1914).

Al iniciarse la guerra en Europa fue enviado allá y visitó el frente en compañía del dibujante Boardman Robinson. Los dos estuvieron en los Balcanes y en Rusia, donde John Reed escribió *La guerra en la Europa oriental* (1916), ilustrada por Robinson. A su regreso a los Estados Unidos, Reed contrajo matrimonio con Luisa Bryant, quien partió con él a Rusia. Reed llegó tras la caída del zarismo; pero estuvo en el eje de la revolución bolchevique. Mientras tanto, como a los demás editores de la revista *The Masses*, se le aplicó la Ley de Espionaje y se le sujetó al proceso correspondiente. En el otoño de 1918 Reed retornó a su país y se le sometió a otro juicio, en el que —como había acontecido en el primero que se llevó a cabo durante la primavera, en su ausencia— la opinión del jurado se dividió y no se pudo llegar a conclusión alguna.

Reed escribió entonces su libro *Diez días que estremecieron al mundo*, narración histórica de la revolución bolchevique. Además, participó activamente en la

integración del Partido Comunista norteamericano y regresó a la Rusia soviética, donde fue nombrado miembro del comité ejecutivo de la Tercera Internacional. El 17 de octubre de 1920 murió de tifo en Moscú.

En el curso de la ceremonia que en su honor se efectuó en Nueva York, su amigo y coeditor de *The Masses*, Max Eastman, pronunció las siguientes palabras:

Lo que hizo sobresalir el carácter de John Reed como algo extraordinario en estos tiempos que vivimos, fue el hecho de que, a pesar de haber sido superdotado con habilidad sin precedente para poner las ideas en planos emocionales y pintar con colorido de llama —era un poeta, un idealista—, nunca lo alucinaron los emotivos matices de las ideas, al grado de perder de vista su verdadero contenido, para trasplantarlo a los niveles de acción sobre la realidad de las cosas. Reed conocía el frío tono de la voz del científico que ve las cosas como son. No ignoraba el temple con que el capitán de industria señala cómo pueden alcanzarse las metas. Fue un poeta que entendió la ciencia; un idealista capaz de enfrentarse con los hechos.

Todos ustedes saben que Jack Reed, al graduarse en Harvard, fue aclamado como un muchacho maravilloso; pero nunca, que yo sepa, pronunció palabra alguna con un contenido de sofisma solemne con que en dicha institución se hubiera atiborrado. Jack, en aquel tiempo, iniciaba su sorprendente ascenso hacia la popularidad en el campo del periodismo y yo tuve la oportunidad de observar de cerca el impulso vital con el que se desenvolvía en dos direcciones diametralmente opuestas, entre las cuales —en determinada fase de culminación— se vería inevitablemente obligado a escoger. Por un lado, merced a la fertilidad creativa de su pluma, y debido, también, al inextinguible espíritu de juventud en pos de la aventura mundana que todos amamos, hasta el último de los diarios y revistas del país le abrieron sus puertas. Todos se lo disputaban, lo querían atraer por su nombre, por la calidad de sus relatos, hasta el punto de que por el dinero que hacia él se precipitaba y la altura de gloria alcanzada, John Reed se ubicó en el cenit de la profesión del periodismo en los Estados Unidos. Se le reconocía como el mejor corresponsal de guerra, en el momento en que principiaba la lucha en Europa. Pueden ustedes imaginar la oportunidad que se ofrecía ante los ojos de John Reed. No existía cumbre alguna, ya fuera por el éxito resonante, la remuneración o el aplauso, a la cual Jack no pudiese aspirar, legítimamente.

Pero, durante esos años de ininterrumpidos triunfos, había venido gestándose en John Reed una repulsa al mundo contemporáneo, por las condiciones de explotación que prevalecían, y de las cuales lo que llamamos nuestro arte literario y nuestro periodismo surgían apenas, bajo un velo de belleza superficial y falsa, y se iba acrecentando en su interior un sentido de identidad entre su esfuerzo por alcanzar planos depurados de poesía y literatura para su país, y el batallar de las masas trabajadoras, para hacer del mismo una nación humana y libre.

Entonces la guerra llegó a los Estados Unidos, y la lucha activa principió en Rusia. Y John Reed —como aconteció a todos los hombres de aguda y libre inteligencia— se enfrentó con el dilema de la hipocresía en el seno del periodismo capitalista y la desprestigiada y desolada verdad de la prensa revolucionaria. Y escogió la verdad. Si existe algún tributo específico fuera de aquellos que ya han enumerado los amigos que lo acompañaron en las últimas etapas de su vida, es un testimonio del esplendor, deleite y magnificencia de la vida que sacrificó. A todo aquello que nuestro mundo contemporáneo posee para tentar a un joven de positivo genio, renunció para aceptar la amargura de un soldado de la Revolución.

Antes de que el movimiento revolucionario lo reclamara, en sus años mozos, dedicó parte de ellos en su vida de constante aventura e intensa actividad a mostrar su valía como cuentista. Los relatos contenidos en este libro (con excepciones que serán advertidas) fueron escritos antes de 1917. Los de su primera etapa versaron sobre Nueva York y ponen de manifiesto su natural interés juvenil por mostrar el sector del bajo mundo de la ciudad; pero están despojados de la natural tendencia de la juventud a asumir aires de descarnado cinismo. Todas estas primeras narraciones ostentan madurez en medio de algún toque de ternura y simpatía en cada uno de los temas. Algunos de ellos no son sino apuntes de experiencias personales del autor, interpretadas sobre su fondo imaginativo. Todos ellos se caracterizan por su absoluto y literal realismo. Las narraciones de sus últimos tiempos equivalen a poéticas transcripciones de lo que Jack vio y oyó en el curso de sus actividades en México, Europa y los Estados Unidos, en su calidad de periodista. Va desde el desenfadado reto del vagabundo, hasta la vehemente pasión revolucionaria que vibra en el cuento del cual procede el título de este volumen (Hija de la Revolución); pero todas las narraciones están pletóricas de piedad, verdad y color de la vida, aunque

únicamente en unas cuantas de ellas aparece la plena y absoluta libre expresión del autor con toda su fuerza.

A estos cuentos se han agregado las “Instantáneas mexicanas”, esbozos entresacados de un reportaje periodístico de las aventuras de John Reed en México, publicado en las páginas de The Masses, y las “Viñetas revolucionarias”, vívidos fragmentos de una narración sobre la visita que hizo al frente de Riga, en vísperas de la revolución bolchevique. Se añadió un trozo de la descripción que hizo exprofeso para The Masses, del juicio que en 1918 se siguió a la IWW.

Todo esto, en un afán de lograr que la colección reunida, hasta donde fue posible, representa las actividades e intereses que encontraron expresión únicamente en el periodismo revolucionario y en su libro de historia revolucionaria. Las fechas que se anotan son las de las respectivas publicaciones.

Comentaremos, de paso, que las de índole revolucionaria en nuestro medio no pueden permitirse el lujo de comprar el mejor papel y que, debido a esto, los legajos donde se hallan todas aquellas publicaciones ya están a punto de caerse a pedazos y convertirse en polvo. Y pronto desaparecerán, no podría conocerlas el historiador revolucionario del futuro, a menos que su contenido se salve en volúmenes como el presente.

Para terminar, es preciso explicar que no se ha creído indispensable restringirse en este libro a aquellas narraciones de corte estrictamente revolucionario. Se trató de compilar una selección enmarcada en términos de arte, que delinease el desarrollo de un escritor revolucionario, al mostrar las diversas etapas de su vida, desde aquella de abierto desenfado y de claro reto que caracterizó la vida bohemia de sus años juveniles, hasta el momento en que, rebasados los 20, alcanzó la pasión revolucionaria.

Expresamos nuestra gratitud a Luisa Bryant porque con su generoso permiso se recolectó el material y se publicó este volumen.

FLOYD DELL

*Croton-on-Hudson, N. Y.*

## HIJA DE LA REVOLUCIÓN

AQUELLA noche era una de esas de París lluvioso, que nunca parecen mojar como las de otros climas. Sentados en la terraza de la Rotonda, en la mesa del rincón —era tibia la noche, a pesar de hallarnos en noviembre—, Fred, Marcela y yo sorbíamos un Dubonnet. Por la guerra, todos los cafés cerraban en punto de las ocho, y nosotros por costumbre nos quedábamos hasta el último instante, noche a noche.

En la mesa contigua estaba un joven oficial francés, vendada la cabeza y con uno de sus brazos confortablemente envuelto en la capa que cubría la espalda de Jeanne. Beatriz y Alicia se hallaban un poco más lejos, bajo el resplandor de las luces. Por una desgarradura de la cortina de la ventana podíamos atisbar el salón vecino, lleno de humo, donde una turba de hombres, oprimidos entre las chicas, golpeaban las mesas con sus puños para acompañar sus cantos; dos viejos franceses disfrutaban de su tranquilo juego de ajedrez; un absorto estudiante —la cabeza de la amiguita sobre su hombro— escribía a casa; el camarero y cinco forasteros escuchaban, embebidos, la narración de un soldado que venía del frente, con las botas muy enlodadas.

Las luces amarillentas nos inundaban al salpicar de oro el negro, húmedo pavimento. Seres humanos que sostenían paraguas pasaban en fluir interminable; una ruina de hombre alargaba la mano furtivamente entre nuestros pies, para recoger colillas de cigarros; afuera, en la avenida, se oía el apagado golpeteo de botas militares en marcha, casi inadvertido para nuestros oídos ya acostumbrados; bayonetas furtivas desfilaban ante un rayo de luz que venía del Bulevar Montparnasse.

Este año todas las chicas de la Rotonda llevaban el pelo corto y vestían iguales: sombrerito redondo, saco escotado y capa larga, hasta los pies, que descendía sobre los hombros a la usanza española. Marcela era un reflejo de las otras. Además, sus labios pintados de color escarlata contrastaban con sus pálidas mejillas. Invariablemente farfullaba obscenidades, cuando no se erguía en su dignidad, y sentimentalismos en otros momentos.



Marcela había deleitado nuestros oídos con el esbozo de su acaudalada, honorable familia. Y había narrado el episodio de la trágica seducción, por un duque, de su virtud ingenua. Todo esto enmarcaba de orgullo su aserto de que no era una vulgar trotacalles.

En esos momentos precisamente entretejía adornados espejismos con peticiones de dinero; todo, con una vocecita enronquecida. Tuve la impresión de que Fred y yo habíamos llegado al fondo del alma de Marcela. Sus comentarios sobre diversas cosas y personas, expresados con vigor, de manera punzante, original, como que palidecían y acababan por desdibujarse: sólo persistía, por un instante más, su desvergonzado amor a la vida. Marcela era un objeto sucio por el excesivo manoseo.

Escuchamos un violento altercado y una muchacha alta, con brillante suéter anaranjado, salió corriendo del salón, seguida por un gesticulante camarero que gritaba:

—Pero ¿las ocho copas de anís que pediste? Nom de Dieu!

—Ya te he dicho que las pagaré —gritó la muchacha por encima de un hombro—. Nada más voy al Domo a conseguir dinero —y cruzó, ligera, la lustrosa calle. El camarero la siguió con la mirada, mientras que, con evidente mal humor, hacía sonar unas cuantas monedas, con la mano que tenía en el bolsillo.

—Ni la esperes —le advirtió Marcela—: el Domo tiene otra puerta que da a la calle Delambre —el camarero no la escuchó: ya había cubierto en la caja el importe de la bebida. Por supuesto, la damisela nunca volvió.

—Es un recurso muy viejo —comentó Marcela con nosotros—. Qué fácil es, si vieran, cuando no se tiene dinero, obtener lo que se pide. Nadie se atreve a exigir que pagues por adelantado. Ahora que los hombres escasean y están pobres, es bueno saber estas cosas.

—Mas el camarero —objetó Fred— debe ganarse la vida.

Marcela repuso:

—Y nosotras la nuestra.

€”Hubo en el barrio una mujer —continuó Marcela, después de unos minutos—

que logró fama entre nosotras; se llamaba María. Tenía una hermosa cabellera épatante, y ¡cómo le gustaba viajar! Una vez se encontraba a bordo de un barco, en el Mediterráneo, rumbo a Egipto. Y sin más ropa que la puesta. Un monsieur pasó a su lado cuando la chica estaba reclinada, sobre la barandilla de cubierta, y dijo: ¡qué hermoso cabello tiene, mademoiselle!

”Se lo voy a vender en cien francos, replicó María. Mutiló su hermosa cabellera, y siguió para El Cairo, en donde se encontró con un lord inglés.”

El camarero lanzó un gran suspiro, movió la cabeza y regresó al salón. Estábamos silenciosos y pensamos en la cena. La lluvia continuaba.

No sé cómo aconteció lo que sigue; pero Fred, distraídamente, empezó a silbar La Carmañola. No lo habría notado, de no oír otra voz; al ver en torno, me percaté de que el oficial francés herido, cuyo brazo lánguidamente había resbalado de la espalda de Jeanne, contemplaba sin verlo el asfalto, mientras canturreaba La Carmañola. ¿Qué visiones tendría este sensible joven que llevaba el uniforme del ejército de su patria, al escuchar el canto de la revuelta? Cuando advirtió que yo tenía la mirada fija en él, se levantó como si de pronto estuviera consciente de lo que sucedía, y arrastró a Jeanne consigo.

En ese instante, Marcela se asió con firmeza del brazo de Fred:

—Pero eso es défendu: está prohibido; pronto nos apresarán a todos —gritó la muchacha. En su mirada había algo peor que el miedo y despertó mi interés—. Además, fíjate, no entones esas canciones cochinas. Son de la revolución de los voyous, de los pobres, de los granujas.

—Entonces —le pregunté— ¿no eres una muchacha revolucionaria?

—¿Yo? ¡Bien... no! Se lo juro —dijo con pasión, al mover la cabeza—. Los méchants, los villanos, que quieren trastornar todo —agregó Marcela.

—Veamos, Marcela, ¿te sientes de veras feliz en este mundo, tal como es? ¿Qué hace por ti, fuera de empujarte a la calle, para que te pongas en venta?

Fred, mientras tanto, se sintió propagandista:

—Cuando llegue el día rojo —dijo— yo sé de qué lado de las barricadas podré hallarme.

Marcela echó a reír con risa amarga. Por primera vez, me pareció que me revelaba el subconsciente:

—Ta gueule, amigo mío —interfirió bruscamente—. ¡Conozco esa palabrería! La he escuchado desde que era pequeña... ¡Lo sé! —hizo un alto, con risa contenida, para sí ¡y se volcó!— Mi abuelo fue fusilado contra un muro, en el Père Lachaise, por llevar una bandera roja en la Comuna —con mirada triste, avergonzada, tras un parpadeo y una mueca, terminó—. Pueden ustedes ver que provengo de una familia miserable.

—¡Tu abuelo! —gritó Fred.

—Dejemos a mi abuelo —dijo Marcela, indiferente—, dejemos a ese viejo loco, manos mugrosas, que descanse en su tumba. Nunca había vuelto a hablar de él, y les aseguro que no encenderé una vela por su alma.

Fred tomó la mano de Marcela entre las suyas. Exaltado exclamó:

—Dios bendiga a tu abuelo.

Con ese ágil sentido —o instinto— de su profesión, ella advirtió que, por alguna razón misteriosa, nos había complacido. Y, a modo de réplica, en voz baja susurró las últimas frases de la Internacional:

—*C'est la lutte final...* —dijo, al coquetear con Fred.

—Dinos algo más acerca de tu abuelo —le supliqué.

—Nada hay que añadir —replicó Marcela, un poco avergonzada, con tono de ironía y a medias complacida—: era un tipo salvaje, Dios sabrá de dónde. No tenía padre ni madre. Era albañil; la gente decía que era buen trabajador. Pero malgastaba su tiempo en leer libros, y siempre estaba en huelga. Era un salvaje que sin cesar rugía: '¡Abajo el gobierno y los ricos!' Lo apodaron Le Farou. Recuerdo el relato que mi padre nos hizo de cuando los soldados fueron a sacar al abuelo de su casa, para llevarlo a fusilar. Mi padre era un muchacho de catorce años; había escondido al abuelo debajo del colchón de su cama; pero los soldados daban golpes con la bayoneta aquí y allá. Un bayonetazo atravesó el hombro del viejo: la sangre lo delató. Entonces mi abuelo les endilgó un discurso a los soldados, siempre estaba haciendo discursos, y les pidió que no mataran a la Comuna. Mas sólo se rieron de él —y Marcela rió, porque eso era divertido.

”Pero en cuanto a mi padre —la chica continuó el hilo de la narración—, ¡cielos, era aún peor! Recuerdo la famosa huelga de las fábricas Creusot. Aguarden un momento: fue el año de la Gran Exposición. Mi padre ayudó a organizar esa huelga. Mi hermano era un niño: tenía ocho años; como todos los niños pobres, ya trabajaba. Y en la manifestación de los huelguistas, cuando iba en el desfile, mi padre oyó de pronto su nombre; una vocecita lo llamaba. Era mi hermanito que marchaba con una bandera roja, como cualquiera de los camaradas. ‘¡Hola, viejo!’, dijo a mi padre: Ça ira!’ En esa huelga mataron a muchos trabajadores —Marcela sacudió su cabeza con ira—. ¡Uf, qué asco!”

Fred y yo cambiamos de postura: comprendimos que la inmovilidad nos tenía congelados. Golpeamos el cristal con los nudillos, y pedimos coñac.

—Y ahora ya han escuchado ustedes bastante de mi infeliz familia.

—No te detengas —dijo Fred, con voz ronca y encendida la mirada.

—Ustedes me invitarán a cenar... n’est-ce pas —insinuó Marcela —yo asentí—. Pardié —continuó la muchacha con graciosa mueca—. Mi padre jamás comió en un lugar como éste. ¡Vaya! Después de que mi abuelo murió, el viejo no pudo conseguir trabajo. Desesperado iba de casa en casa buscando con qué alimentarse, algo que comer. Pero en todas partes le cerraban la puerta: ‘No le den nada a ese perdulario’, decían las mujeres de los camaradas del abuelo: ¡Es el hijo de Le Farou, aquel a quien fusilaron!’ Y mi padre husmeaba en torno a las mesas de los cafés como un perro y recogía migajas para conservar el cuerpo y el alma. Esto me ha enseñado mucho —terminó Marcela, al sacudir su cabellera corta—. Debes siempre mantener buenas relaciones con quien te dé de comer. Por eso no cometo raterías, como la muchacha que salió corriendo. Por eso digo a todos que mi familia era respetable. ¡Pues me podrían hacer sufrir por los pecados de mi padre, lo mismo que él pagó por los del abuelo!

La frase me iluminó. Una vez más, esa bajeza del género humano tenía justificación: allí estaba la clave del alma de Marcela, de su debilidad, de su vileza. No era el vicio lo que la había desviado, sino la intolerable degradación del espíritu humano por los amos de la tierra: ¡ese terrible castigo de los sedientos de libertad!

—Recuerdo —dijo ella— cómo, después de la huelga de la Creusot, los patrones prescindieron de los servicios de trabajadores que les habían causado ese dolor

de cabeza. El invierno había llegado, y durante largas semanas no contamos con más leña para calentarnos que la que mi madre juntaba en el campo, y sólo recibíamos el pan y el café que la unión nos daba. Yo sólo tenía cuatro años. Mi padre había decidido que nos fuéramos a París, e iniciamos el viaje a pie. Me llevaba sobre un hombro y, en el opuesto, mi padre cargaba un bulto de ropa. Mi madre llevaba otro; pero, como ya había contraído tuberculosis, tenía que parar cada hora, para descansar. Mi hermano venía un poco atrás. Y así caminamos a lo largo de la recta carretera blanqueada por los copos de nieve, entre sus filas de altos y desnudos álamos: dos días con sus noches. En cuanto oscurecía, nos acurrucábamos en alguna de las casuchas desiertas de los trabajadores que reparaban la carretera. Mi madre tosía, tosía siempre. Y a emprender la marcha de nuevo, antes de la salida del sol, a lo largo del nevado camino. Mi padre y mi hermano se animaban al lanzar cantos revolucionarios:

Bailemos La Carmañola.

Viva ese son, viva ese son.

Bailemos La Carmañola.

¡Que viva el son del cañón!

Marcela, sin advertirlo, había elevado el tono de su voz al entonar el cántico prohibido; sus mejillas se colorearon, sus ojos brillaban, y golpeaba el piso con el pie. De pronto se detuvo y, temerosa, miró a su alrededor. Nadie había notado nada.

—Mi hermano aún tenía una vocecita aguda, como la de una muchacha. Mi padre reía estrepitoso, cuando por encima del hombro lanzaba una mirada al hijo, que a su lado caminaba decidido, al mismo tiempo que acompañaba todos esos cantos de odio, como si fuera un viejo huelguista.

—*Allons, petit chemineau, ¡vagabundo de calidad! Apuesto a que alguna vez te conocerá la policía, y palmeaba a su hijo en la espalda. Todo eso hacía palidecer a mamá quien, a veces, abandonaba el lecho por la noche y se dirigía al rincón donde mi hermano dormía, para decirle que debería preocuparse por*

*avanzar en el camino del hombre de bien. Una vez mi padre la sorprendió in fraganti; pero eso fue después, en París.*

”Y padre e hijo solían cantar:

Arriba, hermanos en la miseria,

no queremos ya más fronteras.

Para saquear al burgués

y suprimir la tiranía,

debemos tener corazón fuerte

¡y energía!

”Al llegar aquí, mi padre, con fuego en los ojos, seguía marchando como si él fuese todo el ejército. Mientras mi madre temblaba cada vez que percibía esa mirada de papá, que para ella presagiaba trifulcas terribles con la policía, o una sangrienta huelga. Y la embargaba un hondo temor por él. Ahora me doy cuenta de lo que debe de haber sufrido, porque mi madre siempre se ceñía al mandato de la ley, igual que yo; pero mi padre, al contrario —Marcela, estremeciéndose, bebió el coñac de un trago—. Sólo empecé a comprender las cosas cuando nos instalamos en París —continuó Marcela—, porque entonces comenzó mi desarrollo. Mi primer recuerdo, el más lejano, es el del día en que mi padre inició la huelga de Thirion, la distribuidora de carbón que estaba en la avenida de Maine. Entonces mi padre regresó con un brazo roto por el golpe que le dio un policía. Después, trabajo, huelga, trabajo, huelga, poco que comer en casa; mi madre debilitándose más y más, hasta que murió. Mi padre casó de nuevo, con una mujer muy religiosa, quien por eso iba frecuentemente a la iglesia a orar por el alma inmortal de su consorte, porque sabía lo que éste odiaba a Dios.

”Mi padre regresaba a casa tras las juntas semanarias de la unión, con los ojos brillantes como estrellas, y venía rugiendo blasfemias por las calles. Era un hombre terrible, y siempre el cabecilla.



”Recuerdo cuando asistió para presenciar una manifestación en Montmartre; no lo olvido; antes de llegar al Sagrado Corazón: la gran iglesia blanca, en la cumbre de ese monte que domina París. Abajo está la estatua del Caballero de la Barra: un joven de otros tiempos, que se negó a inclinarse al paso de una procesión religiosa. Un fraile rompió un brazo al Caballero con un golpe de la cruz que llevaba y así fue quemado por la Inquisición. Su efigie, encadenada, el brazo roto cuelga a un lado; yergue la cabeza con orgullo. Eh bien, la manifestación de los trabajadores era contra la Iglesia, o algo que no recuerdo. Hubo discursos. Mi padre estaba de pie en los escalones de la basílica, e inesperadamente apareció un curé. Con voz tronante, mi padre gritó: ‘A bas los frailes... ¡Ese cerdo lo quemó en la hoguera!’, al mismo tiempo que apuntaba a la estatua. ‘¡Al poste del farol con él!’ Se inició un enorme griterío y la turba se lanzó a la escalinata. La policía cargó sobre la multitud, revólver en mano. Bueno, mi padre regresó esa noche a casa ensangrentado, arrastrándose a duras penas por la calle.

”Mi madrastra lo recibió en la puerta, furiosa, y dijo: ‘Bueno-para-nada, ¿dónde has estado?’ ‘En una manifestación, quoi?’, gruñó mi padre. ‘¡Muy merecido!’, repuso. ‘Espero que estés curado, ahora.’ ‘¿Curado?’, rugió mi padre a través de sus desdentadas encías: ‘hasta la próxima vez... Ça ira!’

”Así fue: en la ejecución de Lebouef, los coraceros cargaron sobre los socialistas, y a mi padre lo llevaron a casa con una herida de sable en la cabeza.”

Marcela se incorporó, un cigarrillo en los labios, para encenderlo en el de Fred:

—Le pusieron como apodo Casse-Tête Poissot: Rompe-cabezas: era un hombre duro. ¡Cómo odiaba al gobierno! Una vez, al regresar de la escuela, le conté que nos habían enseñado a cantar La marseillesa: ‘Si te llego a sorprender entonando ese maldito canto de traidores, me dijo, mientras levantaba el puño, ¡te partiré la cabeza en dos!’

”Llegué a tener una clara idea de ese rudo luchador de criterio estrecho, con las cicatrices de cien heridas, en luchas innobles con la policía, renqueando por calles sórdidas, después de cada junta de su unión, reverberante el cerebro con visiones de una humanidad regenerada.”

—¿Y tu hermano?— preguntó Fred.

—Oh, era peor que mi padre —dijo Marcela, al reír—. Podrías hablar a papá

sobre la mayoría de las cosas; pero hay algunas que no podrías tratar con mi hermano. A pesar de que aún era adolescente. Decía: ‘A la salida de la escuela, ven a buscarme en tal o cual iglesia. Tengo ganas de rezar’. Lo encontraba en el lugar convenido y cuando iniciaba yo el rezo, mi hermano, de repente, daba un brinco diabólico y echaba a correr en torno a los altares, apagando las velas que ardían en las capillas. Y cuando veía a un curé en la calle, caminaba tras él y gritaba: ‘A bas les calottes! A bas les calottes! Más de veinte veces fue arrestado y estuvo en la correccional. Pero siempre lograba escaparse. Tenía quince años cuando huyó del hogar, y no regresó hasta un año después. Un día entró en la cocina; allí estábamos reunidos almorzando: ‘Buenos días, dijo, como si nunca se hubiera ausentado. Algo fría la mañana, ¿verdad?’

”Mi madrastra lanzó un alarido. ‘Fui a ver mundo, continuó. Regreso porque se me acabó el dinero y sentí hambre.’ Mi padre no lo riñó; nada le dijo; simplemente dejó que se quedara. Comenzó a holgar en el café de la esquina. Regresaba después de la medianoche. Una mañana desapareció de nuevo, sin decir nada. A los tres meses volvió; venía famélico. Mi madrastra dijo a mi padre que tenía obligación de vigilar al muchacho para que trabajara; observó que la vida era bastante dura en el hogar y que empeoraría con una boca más, la de ese holgazán que no reconocía en nadie autoridad alguna. Pero mi padre se limitó a reír: ‘Déjalo, repuso: el chico sabe lo que hace. Tiene madera para la lucha’.

”Mi hermano desaparecería y reaparecería hasta que tuvo dieciocho años. En la última etapa, antes de que instalara su propio hogar en París, trabajó mucho y así reunió dinero para sus correrías. Y, finalmente, consiguió empleo de planta en la fábrica y se casó.

”Tenía una voz magnífica y al entonar cantos revolucionarios impresionaba a la gente. Por las noches anudaba un pañolón rojo en torno al cuello y así se presentaba en algún music-hall o cabaret. Instalado allí, a veces, cuando un artista profesional iba a la mitad de un número de canto, desde la escena, mi hermano, de pronto, con sonora voz, atacaba el Ça ira o La Internacional. El cantante, en el foro, se veía obligado a suspender su actuación, y todo el mundo se volvía hacia mi hermano que estaba en una de las últimas filas de la gradería. Al concluir, gritaba: ‘¿Les gustó esto?’, y los espectadores lo vitoreaban y aplaudían. Entonces, mi hermano sugería a los allí reunidos: ‘Todos repitan conmigo: ¡Mueran los capitalistas! ¡A bas la policía!, ¡colguemos del poste de un farol a los flics!’ Se escuchaban algunos aplausos y no pocos silbidos. ‘Me pareció oír que alguien me silbaba. Estoy dispuesto a encontrarme, allá afuera,

con quien se atreva a silbarme.’ Enseguida mi hermano iniciaba, contra diez o quince hombres, su lucha, hasta que llegaba la policía.

”Él también llegó a organizar huelgas; pero con estilo propio: ponía un toque de buen humor por el que se ganaba el afecto de todos los camaradas. Si mi padre no lo hubiese encauzado, cuando joven, en rebeldía contra la ley, mi hermano habría sido pronto diputado.”

—¿Dónde está ahora? —preguntó Fred.

—En alguna parte de las trincheras —y la chica señaló con su brazo, vagamente, hacia el este—. Tuvo que irse con los otros, cuando la guerra sobrevino, a pesar de que odiaba al ejército. Al concluir su servicio militar, fue algo muy desagradable, porque nunca obedecía las órdenes. Durante un año estuvo en prisión. Cuando se propuso que lo ascendieran, en un mes llegó a cabo. Era muy inteligente. Pero, el primer día, cuando obtuvo el grado, se rehusó a dar órdenes a los soldados del pelotón. ‘¿Por qué es preciso que dé órdenes a esos camaradas?’, objetó en voz alta: ‘¡Quieren que yo obligue a mis compañeros a cavar trincheras! Voyous! ¿Son esclavos?’ Degradado, volvió a ser soldado raso.

”Entonces quiso organizar una revuelta y empezó a aconsejar a sus camaradas que mataran a sus superiores. Eso ofendió el honor de los soldados, a grado tal, que arrojaron a mi hermano por encima de un muro. ¡A ese punto odiaba la guerra! Cuando la Ley Militar de Tres Años se discutía en la Cámara, encabezó a la multitud que iba a protestar hasta el Palacio de los Borbones. Y ahora, ¡era inevitable que saliera al frente, como los otros, a matar boches! Quizás haya muerto... no tengo idea... nada he sabido de él —y, en seguida, sin darle importancia, Marcela añadió—: Tiene un hijo de cinco años.”

Tres generaciones de sangre libre, que luchan infatigablemente, por un empeñado sueño de libertad. Y ahora, los de la cuarta generación, ¿sabrían, acaso, por qué peleaban? Poco importa; de lo que se trata es de algo más hondo que la razón misma: un instinto del espíritu humano que no podría arrancar nunca argumento alguno.

—¿Y tú, Marcela? —interrogué.

—¿Yo? —dijo la chica en medio de risas—. ¿Debo decirles que ningún duque me sedujo? —ahora la risa de Marcela era ahogada, entre dientes—. Así es que nadie necesita respetarme; mas comprendo que todos ustedes, amigos de paso,

prefieren una diversión amenizada con romanticismo. Pues bien, es verdad: esto no fue romántico. En el marco, entre repugnante y formal, de nuestra vida, siempre quería placer y felicidad: desde que era una chiquilla deseaba estar siempre alegre. Soñaba en beber champaña, y en el teatro y, también, quería poseer joyas, bellos vestidos, automóviles. Luego se convirtió eso en un hábito. Muy pronto mi padre observó que mis gustos me llevarían por ese camino. Y me dijo: ‘Me parece que quisieras echar todo a rodar y venderte al rico. Escucha, te advierto que a la primera falta que cometas, yo te echaré a la calle, y nunca volveré a llamarte hija’.

”Llegó a serme intolerable la casa. Mi padre no perdonaba a las mujeres que tenían amantes, si no se casaban. Insistía en que yo seguía el camino del pecado. Cuando crecí, jamás se me permitió que saliera de casa sin que mi madrastra me acompañara. En cuanto fui casadera, mi padre, para salvarme, se apresuró a conseguirme marido. Un día vino con la noticia de que ya lo había hallado: un tipo paliducho que renqueaba, hijo del encargado del restaurante vecino. Ya lo conocía: no estaba mal; pero yo no me resignaba a pensar en el matrimonio: ¡quería ser libre! (Fred y yo nos estremecimos en lo interior.) ¡Libre! ¿No era eso por lo que el viejo había peleado con tanto encono?

”Así es que esa noche —continuó Marcela— me levanté, me puse mi vestido dominguero y encima el de todos los días, y salí. Esa noche y todo el día siguiente caminé por las calles. Al oscurecer me dirigí, temblorosa, a la fábrica donde mi hermano trabajaba, y esperé a que saliera. No sabía si él se propondría llevarme de nuevo con mi padre. De pronto salió, en compañía de varios camaradas, entre cantos y algarabía. Me vio de lejos.

”‘Bueno, muchacha, ¿qué te trae por aquí?, exclamó, al mismo tiempo que me tomaba por el brazo. ¿Alguna dificultad?’ Le conté que me había escapado. Se alejó un poco, para verme bien. ‘No has comido, ¿verdad? Ven conmigo, para que conozcas a mi mujer. Te simpatizará, y ¡comeremos juntos!’ Así lo hice. Su mujer era maravillosa. Me recibió con los brazos abiertos, y me mostraron a su baby, de un mes de nacido, apenas, y ¡tan gordo! Todo era encanto y dicha en ese hogar. Recuerdo que mi cuñada cocinó. ¡Nunca he comido algo como eso! No me hicieron preguntas sino hasta después de la comida. Entonces, mi hermano encendió un cigarrillo y me ofreció otro. Me resistía a fumar: mi madrastra decía que la mujer que fuma atrae sobre sí al demonio. Pero la cuñada, con amable sonrisa, aceptó un cigarrillo. ‘Ahora, dijo mi hermano, ¡bien! ¿cuáles son tus planes?’ ‘No tengo, respondí, ¡debo ser libre!... ¡Quiero alegría; vestidos

bonitos, conocer teatros, beber champaña!’

”Su esposa movió la cabeza tristemente, y dijo: ‘Nunca he sabido que trabajo alguno proporcione todas esas cosas a una mujer’. ‘Pero, la interrumpí, ¿acaso piensan ustedes que quiero trabajar? ¿Se imaginan que me esclavice toda la vida en una fábrica, por diez francos a la semana, o pavoneándome, en calidad de modelo, con cualquier couturière de la Rue de la Paix? ¿Suponen que podría estar dispuesta a recibir órdenes de alguien? ¡No! ¡Quiero ser libre!’

”Mi hermano me miró largo rato, gravemente. Después dijo: ‘Tenemos la misma sangre. ¿Para qué discutir contigo ni tratar de obligarte? Cada uno debe llevar la vida que le agrada. ¡Pero quiero que recuerdes que siempre que tengas hambre, o estés deprimida, o te sientas abandonada, mi casa estará abierta para ti; que aquí serás siempre bienvenida, mientras viva!’ ”

Marcela se limpió la humedad de los ojos con el revés de la mano:

—Pasé allí aquella noche. Al día siguiente recorrí la ciudad y charlé con muchachas que trabajaban en cafés, como ahora yo. Me aconsejaron que empezara a trabajar en alguna parte, si mi intención era tener un amante fijo. De ese modo, estuve un mes en uno de los almacenes más grandes. Luego, conseguí un amante, era argentino, que me dio hermosos vestidos y me llevaba al teatro. ¡Nunca había sido tan feliz como entonces!

”Una noche, en camino al teatro, pasé por enfrente de la casa de mi hermano y se me ocurrió verlo, para que supiera lo maravillosa que encontraba la vida. Llevaba una charmeuse de color azul pálido. ¡Lo recuerdo; era una delicia!: zapatillas con tacones muy altos y brillantes en las hebillas, guantes blancos y un sombrero de alas anchas, con una pluma negra de avestruz y tupido velo. Afortunadamente, me había echado el velo sobre la cara, porque, al trasponer la puerta de la vivienda de mi hermano vi a mi padre, de pie en los escalones. Me miró atento. Me detuve. Mi corazón dejó de latir; pero pude ver que no me había reconocido. ‘Va t’en, gritó. ¿Qué buscas aquí, en el hogar de un trabajador? ¿Qué te propones al venir, en forma insultante, con sedas y plumas obtenidas gracias al sudor de pobres operarios, de sus mujeres tuberculosas y de sus hijos, que entregan el alma en los talleres? ¡Lárgate y no vuelvas! ¡Ramera!’

”¡Me sentí aterrorizada, al pensar que pudiera reconocerme!

”Sólo en otra ocasión volví a ver a mi padre. Mi amante me abandonó, y tuve

otros. Mi hermano y su mujer se habían mudado, para estar más cerca de mi padre, en St. Denis. De cuando en cuando, yo dedicaba una noche a visitarlo, para jugar con el niño, que veía crecer aprisa. ¡Ésa sí fue una temporada feliz! Salía de su casa temprano, para evitar encontrarme con mi padre. Una mañana, al llegar a la calle, lo divisé: se dirigía a su trabajo; era de madrugada; llevaba su portavianda. No me vio de frente. Nada podía hacer. Eran las cinco de la mañana. Había poca gente. Venía detrás de mí, y pronto advertí que apresuraba el paso. Dijo en voz baja: ‘Mademoiselle, ¿quiere esperarme?; vamos en la misma dirección’. Caminé más de prisa. ‘Es usted bonita, mademoiselle; y yo no soy viejo. ¿No podríamos ir a algún lugar, juntos, los dos?’ Me invadió el pánico. Me horrorizaba pensar que en cualquier momento podría ver mis facciones. Y no me atrevía a torcer una esquina, por temor de que notara mi perfil. Varias millas, durante horas, seguí adelante, en línea recta. No advertí cuándo se detuvo mi padre. No sé si ahora ya habrá muerto. Mi hermano me dijo que nunca le hablaba de mí.”

Hizo un alto en la narración, y nuestros oídos, que habían estado sordos largo rato a los ruidos de la calle, volvieron a percibirlos, y con doble intensidad. Fred estaba excitado.

—¡Por Dios, es increíble, maravilloso! —exclamó, golpeando sobre la mesa con su mano—. La misma sangre, el mismo espíritu. Y, fíjate, de generación en generación, la revolución ha sido mejor recibida y su órbita se ha ensanchado. Observa cómo el hijo entendió el concepto libertad de un modo que el padre jamás pudo percibir, como si estuviera ciego.

Marcela le dirigió una mirada llena de asombro:

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió.

—Tu padre luchó toda la vida por la libertad y, sin embargo, te echó del hogar paterno porque ansiabas ¡tu libertad!

—Ah... ¿pero es que no entiendes? —comentó Marcela—. Yo hice mal: soy mala. Si tuviese una hija que siguiera mis pasos, haría lo mismo que hizo mi padre.

—¿No puedes comprenderlo? —exclamó Fred—. Tu padre buscaba la libertad para los hombres; pero no para las mujeres.



—Naturalmente —observó Marcela al encogerse de hombros—: los hombres y las mujeres son diferentes. Mi padre tenía razón. ¡Las mujeres deben ser respetables!

—Las mujeres deben esperar otra generación —dijo Fred, con tristeza.

Tomé la mano de Marcela:

—¿Te arrepientes? —le pregunté.

—¿Arrepentirme de mi vida? —repuso, y al levantar la cabeza orgullosamente —: ¡Dame, no! ¡Soy libre!

1914

## EL MUNDO TOTALMENTE PERDIDO

EL PUEBLO de Obrenovatz, en Serbia, es sólo un puñado de techos de teja roja y de blancas torres en forma de bulbo, escondido entre verdes arboledas, en una faja de terreno que, en amplia curva, lame el río Sava. Las verdes colinas serbias se funden allá, en el fondo, con azules cordilleras escalonadas, en cuyas cumbres, entre los troncos de árboles ametrallados, yacen montones de cadáveres insepultos, y perros famélicos disputan fieramente el siniestro botín a los buitres. A media milla del amarillento río están instalados los soldados campesinos, con el agua hasta las rodillas, en las inundadas trincheras, y hacen fuego sobre los austriacos, distantes sólo trescientas yardas, al otro lado del río. En medio, como altas mareas, las prósperas colinas de Bosnia se alzan al oeste y ocultan los gigantescos cañones que mantienen a Obrenovatz bajo constante amenaza de destrucción. El pueblo se levanta sobre un pequeño promontorio rodeado de hondonadas pantanosas, las cuales se inundan cada vez que las aguas del río suben, allá por el rumbo donde las sacras y graves cigüeñas acechan entre la maleza. Todos los cerros se engalanan con hojas de vivos colores, las cuales constantemente se renuevan, y con el florecimiento —que en el paisaje parece humo blanco— de los ciruelos. La tierra murmura con un millón de tenues vibraciones y el ininterrumpido brotar de tallos verde pálido y la constante apertura de botones. El mundo vaporiza primavera. Y de modo regular, como un reloj, el intermitente ruido de disparos se pierde en el aire sin que nadie los advierta. Así ha sido durante nueve meses. Los ecos de la actividad bélica han llegado a ser parte del gran coro de la naturaleza.

Comimos con los ayudantes del coronel: gigantones de ánimo sencillo, antiguos campesinos e hijos de campesinos. El “asistente” que se ponía de rodillas para asear nuestro calzado, o erguido vaciaba agua en nuestras manos, y los soldados rasos que nos atendían mientras comíamos —en forma bastante comedida— se sentaron con nosotros, para hacernos compañía a la hora del café; los presentaban al llegar. Eran íntimos amigos del coronel.

Terminada la comida, alguien sacó una botella de coñac y una caja de auténticos habanos que —refirió entre risotadas Ivanovich— habían sido capturados a los austriacos semanas antes. Salimos, para visitar las baterías.

Más allá de las colinas de Bosnia, un pálido sol de primavera descendía muy abajo, en el cielo verde-turquesa. Las nubecillas alineadas tenían tonos de incendio, dorado rojizo, escarlata o bermellón, rosa pálido y gris. Arriba de todo eso, el enorme arco del firmamento. Perezosos pajarillos gorjeaban, y suaves brisas soplaban del oeste.

Ivanovitch se dirigió a mí:

—Usted quería charlar con un socialista serbio, ¿no es así? Bueno, ahora tendrá oportunidad de hacerlo: el capitán que comanda la batería que visitaremos dirige uno de los partidos socialistas serbios, o, al menos, lo dirigía en tiempos de paz. No sé cuáles podrán ser sus doctrinas; yo pertenezco al grupo de Jóvenes Radicales —añadió al reír—: nosotros creemos en el gran imperio serbio.

—Si todos los socialistas fueran como Takits —dijo el coronel que fumaba complacido su puro—, nada tendría que objetar al socialismo.

En una honda trinchera, en forma de media luna, que cortaba la esquina del terreno, había cuatro cañones de seis pulgadas, agazapados detrás de una cortina de sauces jóvenes. La techumbre de la cueva estaba casi al nivel del suelo, y sobre el techo habían colocado trozos arrancados a la tierra de la campiña, en los que seguía creciendo césped y aun maleza y yerbajos, para evitar que los cañones fuesen blanco de aeroplanos. Al oír la voz staccato del centinela, el coronel se identificó y respondió “Takits”. De los escondrijos de esa madriguera de cañones emergió un hombre encenegado hasta las rodillas y con la cabeza descubierta. Era alto y de amplio tórax; el desteñido uniforme colgaba de cualquier modo sobre su cuerpo y daba la impresión de que su dueño alguna vez había sido más gordo. Descuidada barba cubría su cara, hasta los pómulos. Su mirada era tranquila y franca.

Le dijeron algo en serbio que lo hizo carcajearse:

—Así —dijo dirigiéndose a mí con mirada juguetona y hablando un francés tartamudeante, como si lo empleara de cuando en cuando—, así es que a usted le interesa el socialismo.

Asentí:

—Me han dicho que usted era un jefe socialista en este país.

—Sí, lo era —contestó, poniendo un subrayado especial en la conjugación del verbo en tiempo pasado—. Y, ahora...

—Ahora —interrumpió el coronel— es un patriota y un buen soldado.

—Basta con que diga “un buen soldado” —observó Takits, y me pareció notar un dejo de amargura en su voz—. Perdone mi mal francés. Hace tanto que no hablo con extranjeros; aunque en otro tiempo hacía discursos en francés.

—¿Y el socialismo? —le pregunté.

—Bueno, le diré —principió lentamente—. Venga conmigo.

Pasó su brazo bajo el mío e hizo una mueca hacia la tierra. De pronto se mostró preocupado, con sobresalto. Dio media vuelta y con voz potente ordenó:

—Peter, ¡aceita el cierre del cañón número uno!

Los otros se nos adelantaron: lanzaban risotadas, como es común entre gentes que han comido bien y están contentas. La noche llegó por el este y empezó a apagar las nubes que, brillantes, arrastraban una cauda de estrellas que pronto cubriría todo el cielo. Allá lejos escuchamos voces que trémulamente entonaban una canción macedonia acerca de las glorias del imperio del zar Stefan Dushan. El violín de un gitano goosler acompañaba a los cantores. En la oscura ladera de una lejana colina, al otro lado del río, en territorio enemigo, se percibía el titilar de una flama roja.

—Mire usted, en nuestro país las cosas son diferentes —principió Takits—: no son como en el suyo. Aquí no hay gente rica ni población industrial. Así es que puede decirse, creo yo, que no estamos maduros para manejar a los trabajadores con el propósito de oponernos a la concentración del capital en las manos de unos cuantos —hizo una breve pausa y añadió—: No se imagina usted lo extraño que me resulta volver a hablar de esto. Nuestro partido se formó con el fin de aplicar los principios del socialismo a las condiciones reinantes en el país; país de campesinos, donde cada uno tiene su pedazo de tierra. Naturalmente, los serbios somos comunistas. En cada villa podrá usted ver las casas de los ricos zadrugas, generaciones de la misma familia entrelazadas por alianzas matrimoniales, que han fusionado sus propiedades y las controlan juntas. Decidimos no perder tiempo con la Internacional. Nos estorbaría, bloquearía nuestro programa, que procura poner al alcance de nuestro pueblo (que produce

todas las cosas y es dueño de los elementos de producción) los medios de distribuirlas también. Nuestro programa político era simple: tendíamos a lograr la democracia auténtica, a través del más amplio sufragio, la iniciativa, referéndum y anulación. Como podrá usted notar, en los Balcanes un gran golfo separa a los políticos ambiciosos en el poder, del pueblo que los ha elegido. La política está llegando a ser una profesión específica, cerrada a todo el mundo, excepto a los abogados intrigantes. Nosotros anhelábamos destruir a esa clase. No teníamos fe en la fórmula de huelga general, y la gran población industrial oprimida del resto del mundo no estaba en condiciones de hacer nada por nosotros, excepto utilizarnos para ampliar sus propios programas económicos, lo cual nada tenía que ver con las condiciones de Serbia.

—¿Se opusieron ustedes a la guerra?

Asintió:

—Nos pronunciamos en contra de la guerra —principió; luego se detuvo bruscamente y rió—. ¿Querrá usted creer que ya se me había olvidado todo esto?... Llegamos a pensar que los campesinos, el pueblo de Serbia, pues, podrían detener la guerra cuando quisieran, simplemente rehusándose a pelear.

”¡Oh, Dios! Éramos sólo unos cuantos: nada que pudiera compararse con la inmensa y sólida masa laborante de Alemania y Francia; pero llegamos a pensar que eso era posible.”

—Y ahora... ¿qué cree usted?

Takits se volvió hacia mí, lentamente, y sus ojos lanzaban destellos de tragedia y amargura.

—No lo sé. No lo sé. Quien se expresó como usted acaba de escuchar, fue el de antes de la guerra. ¡Qué choque me produjo y qué vergüenza sentía al oír mi propia voz diciendo estas viejas cosas!... ¡Todo eso carece de vigencia en la actualidad! He llegado a pensar que todo tendrá que volver a hacerse de nuevo, para reconstruir nuestra civilización. Tendremos que aprender de nuevo a cultivar la tierra; a vivir juntos bajo un gobierno común; hacer amistad, a través de las fronteras, con hombres de otras razas, que han llegado a convertirse en fisonomías oscuras y malignas; que hablan lenguas distintas de la nuestra. Este mundo ha llegado a ser un lugar de caos, tal como lo fue en la época sombría. Y, a pesar de todo, continuamos viviendo y haciendo nuestras tareas. Y nos

sentimos felices en un día hermoso y tristes cuando llueve. Eso es lo más importante ahora. Después vendrá el gran impulso para emerger de la barbarie, hasta que llegue el día en que el hombre pueda pensar y razonar, y organice su vida de manera consciente. Pero eso no ocurrirá dentro del término de nuestras vidas. Moriré sin ver de nuevo el mundo que amábamos y que hemos perdido.

Con profunda emoción, volvió a clavar su mirada en la mía. Sus ojos estaban oscurecidos y flameantes.

Asió mi brazo tensamente:

—He aquí lo trágico —dijo—: yo era abogado. El otro día el coronel me preguntó algo concreto relacionado con materia legal, algún aspecto de lo más común, ¡y yo lo había olvidado! Cuando le hablaba a usted acerca de mi partido, comprendí que lo que decía era vago, nebuloso. Usted debe haber advertido lo oscuro y superficial en lo que decía: ¿verdad?... Bueno: ¡he olvidado mis argumentos. Y he perdido mi fe!

”Por cuatro años he peleado en el ejército serbio. Al principio, odiaba todo esto; quería detenerlo, me oprimía lo increíblemente irrazonable de todo. Ahora es mi trabajo de rutina, mi vida. Dedico todo el día a pensar en esos cañones; paso las noches en vela, preocupado por los hombres de la batería; alguien no podrá resistir lo tenso de su turno de vigilancia concentradamente; si necesitaré remuda de caballos fuertes y descansados, en lugar de las bestias rengas del equipo equino, para movilizar los cañones. ¿Qué podré hacer para eliminar el corto retroceso del número tres? Estas cosas, mi comida y mi cama. ¿Qué clase de tiempo hará? Tal es mi vida. Cuando voy a casa, a visitar a mi mujer y a mis hijos, su existencia me parece que se aleja de la realidad. Me invade el hastío al poco tiempo y me recobro cuando llega el día de regresar adonde están mis amigos, aquí, donde está mi trabajo; mis cañones... ¡Eso es lo horrible!”

Cesó de hablar. Caminamos un trecho silenciosos. Una enorme cigüeña descendió aleteando rápidamente al acercarse al techo de la granja donde había hecho su nido. Muy lejos, río abajo, súbitamente se escuchó una inexplicable andanada de disparos de rifle. Al cesar, volvió el profundo silencio.

## BROADWAY DE NOCHE

SE DETUVO en la esquina de la 42 y Broadway. Era un hombre pulcro, de largas patillas entrecanas, plácida boca, benevolentes espejuelos, montados en la punta de la nariz, con el tipo de un clérigo cuyos principios humanitarios se oponen al adiestramiento bélico de las masas. Pero, en la alta copa de su bombín, estaba prendido un marbete: NOTICIERO NUPCIAL. El individuo ostentaba sobre el pecho otra cartulina y una más colgaba de su brazo derecho, extendido en ángulo recto. En su mano izquierda empuñaba un rollo de hojas análogas. Su boca, a breves intervalos, se abría mecánicamente para dejar oír, con voz de sochantre:

—Compre el Noticiero Nupcial, si busca mujer o marido... Cinco centavos el ejemplar. Tan sólo un nickel, por la dicha del matrimonio; sólo la mitad de un dime, por toda una vida de felicidad.

Decía esto con una dulzona sonrisa, aunque sin expresión, a la multitud que pasaba a su lado.

Cascadas de luz —blanca, verde, amarilla, bronce o rojo intenso— caían sobre él. Por encima de su cabeza, un minino de nueve pies jugaba con un monstruoso carrete de hilo rojo. Un águila gigante aleteaba lentamente. Gigantescos cepillos de dientes, como solemnes portentos, aparecían en el cielo. Un escocés, alto como una casa, con indumentaria roja, azul y amarilla, danzaba acompañándose con silenciosa gaita. Dos gigantes en paños menores boxeaban con guantes de una yarda de ancho. Burbujeante cerveza se vaciaba de las botellas e iba llenando vasos, a los que se les formaban clásicos cuellos de incandescente espuma. Dedos invisibles trazaban en el sombrío horizonte, con letras de fuego, frases de propaganda hogareña. Y todo eso, en un cabrilleo inacabable y el serpentear de multicolor flama.

—Si usted busca mujer o marido, sólo un nickel por alcanzar la ventura conyugal —repitió la metálica voz.

Permanecía inmóvil, como roca en un torrente.

Se vaciaban los teatros. Cual derribados troncos de enormes árboles que se deslizaran por un río, la doble, humeante y ruidosa corriente de automóviles llenaba Broadway, la séptima avenida y la calle 42, en apresurada carrera, y se detenía de pronto para reanudar poco después su marcha. Una iluminada serpiente de tranvías bloqueaba las bocacalles y hería los tímpanos con su clang-clang. En las aceras daba la impresión de un deshielo en primavera, de lado a lado de la calle. Sujetos flacuchos, con cara de hurón; pálidas mujeres, con silueta sutil. Brillo de pecheras almidonadas; chisteras; sombreros floreados y de alas anchas; velos de hilillos de plata, sobre cabelleras negras; tiesos y sombríos sombreritos, ribeteados de bermellón; zapatillas de raso; bordes de refajos; zapatos de charol; colorete, barniz, retoques. Voluptuosos perfumes excitantes. Bocanadas de humo de cigarrillos se elevaban en el radiante azul y oro del aire. Música, apenas audible, rítmica, brotaba de restaurantes y cafés. Luces, sonidos, vertiginoso placer febril. El oleaje, lentamente, empezó a crecer hasta alcanzar nivel de alta marea —pieles más finas que las de Rusia, sedas como las orientales, joyas semejantes a las de París, fisonomías y ojos y cuerpo del deseo de todo el mundo—; en seguida, la rápida resaca, y las trotacalles.

—Cinco centavos el ejemplar. Solamente la mitad de un dime, por una vida de dicha hogareña.

—¿Puede garantizarlo? —pregunté.

Él me dirigió su mirada calmada y amable, y tomó mi nickel, antes de contestar.

—Busque la página dos —me instó—. ¿Ve usted esa foto? Lea: “Joven y hermosa mujer de veintiocho años, en perfecto estado de salud; pronto heredará quinientos mil dólares. Desea entablar correspondencia con soltero; objeto, matrimonio, siempre que sea la persona adecuada”. Millares han labrado su felicidad, merced a estas páginas. Si usted no queda satisfecho —me lanzó una larga mirada—, si usted no queda satisfecho, le devolveremos su nickel.

—¿Ya lo ensayó usted?

—No —contestó, circunspecto—: le seré franco. No lo he hecho —se interrumpió, para repetir a quienes a su lado pasaban: “Compre el Noticiero Nupcial. Si usted busca mujer o marido”.

—No, como le decía, no lo he intentado. Tengo cincuenta y dos años, y precisamente ahora cumple cinco de muerta mi mujer. He conocido todo lo que



la vida tiene que ofrecer... ¿para qué ensayar?

—Tonterías —exclamé—: la vida, en estos tiempos, no termina a los cincuenta y dos años. Fíjese en Walt Whitman y en Susan B. Anthony.

—No estoy familiarizado con la gente que usted menciona —contestó, muy serio, el voceador del Noticiero Nupcial—; pero le aseguro, joven, que el término de la vida de cada uno depende de si realmente se ha vivido —volvió a darme la espalda, para repetir: “Cinco centavos el ejemplar. Sólo un nickel, por la dicha conyugal”.

—Mis padres fueron gente de trabajo. A mi padre lo mató una rueda motriz de la estación de bombas del depósito del Parque Central donde se almacena el agua potable de la ciudad. A mi madre se la llevó la tuberculosis; murió de consunción por hacer costura ajena en casa. Yo fui mandadero, en una camisería; ‘botones’ de hotel y, luego, conduje uno de los carros repartidores del periódico Evening Journal, hasta que por enredarme en un pleito callejero sufrí tremenda golpiza: ¡mi constitución era débil, frágil! Después asistí a cursos nocturnos, para ser empleado de oficina. Trabajé en varias partes, hasta que me coloqué con Smith-Tellfair Co., Banqueros y Cambistas, en el 6 de Broad Street. Allí, realmente, empezó mi vida —metódico, sin prisas, volvió a su tarea de anunciar las virtudes del Noticiero Nupcial.

—A los veintisiete años me enamoré por vez primera; algún tiempo después nos casamos. No comentaré en detalle las penas iniciales, ni el nacimiento de nuestro primer hijo, que poco después murió, principalmente debido a que nuestra vida de penuria no permitía que nos mudásemos a una zona con suficiente aire puro y luz, para una criatura enfermiza.

”Después, sin embargo, las cosas empezaron a mejorar. Me ascendieron a jefe de empleados de Smith-Tellfair. Cuando nació el segundo vástago, una niña, habíamos tomado una casita en White Plains. Pagábamos los abonos de esa propiedad, merced a la más estricta economía en nuestra vida —aquí, una pausa—. Frecuentemente he dudado, después de mi experiencia, si de veras ahorrar vale la pena, porque bien pudimos disfrutar de pequeños placeres de los que prescindimos, y todo hubiera terminado igual —parecía en honda meditación. Por encima de nosotros, el caos nervioso de las luces desplegaba toda su gloria saltarina. Dos mujeres, con zapatos blancos de tacón alto, al pasar miraron furtivamente al voceador. Mi amigo intercaló otro reclamo.

—No obstante, mi hijita creció. Habíamos decidido que estudiara piano. Quizá llegara a ser una gran pianista, cuyo nombre apareciera en letras luminosas — con un movimiento de la mano abarcó Broadway—. Cuando ella tenía cinco años, nació un hombrecito. Determiné que sería soldado: general del ejército. Al llegar a los seis años, ella murió. Todo se debió al drenaje: los contratistas que instalaron la tubería resultaron unos pillos; sobrevino una epidemia de tifoidea.

”Mi hija murió, decía. Myrtle se nos fue. Después de eso, mi mujer ya no fue la misma. Por desgracia, venía en camino otro bebé. Sabíamos que en las malas condiciones de mi esposa era peligroso y tratamos de hallar lo mejor para evitar el alumbramiento. Yo había oído hablar de medidas preventivas; pero no las conocíamos; y el doctor rehusó hacer algo. La criatura nació muerta. Mi mujer no sobrevivió.

”De ese modo quedamos solos Herbert y yo: mi hijo, que iba a ser un general del ejército, como recordará usted. Fue por entonces cuando míster Tellfair sucedió a su padre como dueño del negocio. Acababa de salir de la universidad y llegó con muchas ideas sobre eficiencia y reorganización de oficinas. Me despidieron de mi trabajo: fui el primero a quien quitaron, porque mi pelo se había vuelto blanco. Pude convencer a la Asociación de Prestamistas que financió la adquisición de mi casa, para que se me concediera una moratoria de seis meses, mientras conseguía otro empleo. Herbert había llegado a los catorce años y era necesario que siguiera estudiando: debería prepararse para los exámenes de admisión del colegio militar de West Point, como deseaba.

”Fue imposible que hallara algún trabajo de oficina, por más esfuerzos que hice en todos los rumbos de la ciudad. Por fin, conseguí un empleo de velador nocturno, en una compañía de pinturas y pieles, cercana al distrito financiero. Hube de conformarme con la mitad de mi sueldo anterior, por supuesto. Reanudé mis pagos sobre la hipoteca de la casa; pero me resultó imposible mantenerlos al corriente, y la perdí.

”Traje a Herbert a vivir conmigo en la ciudad. Se inscribió en una escuela pública. Y cuando apenas había cumplido los dieciséis años (hace doce meses, justamente), el pequeño Herbert murió de escarlatina. Poco después, conseguí este trabajo, en el que ahora me ve usted: me permite vivir con cierta holgura.”

Terminó y, concentrando nuevamente su atención en la muchedumbre que pasaba cerca de él, reanudó su tarea de voceador: “Compre usted el Noticiero

Nupcial: sólo un nickel, por lograr la felicidad en el matrimonio. Medio dime por una vida dichosa”.

Los títulos resplandecientes, las vastas y excitantes irradiaciones, las incandescentes piernas de muchachas cancaneras, todas las luces que enmarcan las fachadas de los teatros, empezaron a extinguirse una por una. La iluminación en los escaparates de las tiendas de bisutería y quincalla desaparecieron: las esposas y las prometidas se habían marchado a sus hogares, mientras que las “queridas”, las actrices y las cocottes famosas seguían tanguendo en el ambiente de champaña de los deslumbrantes cabarés. Anuncios eléctricos de la ciencia doméstica y la higiene personal, persistían en su bailoteo, sobre el cielo. Pero Broadway se iba ensombreciendo, aquietándose. Las chicas fantásticas, una por una o por pares, alertas desfilaban atrayentes al pasar de las zonas de luz a las de sombra. En la oscuridad, a la vuelta de las esquinas, se emboscaban los hombres. Caminaban, levantado el cuello del saco, y el sombrero sumido hasta las orejas, devorando con fieras miradas a las hembras; la boca reseca por la agitación febril y el ardor de la cacería.

“Oiga, déme uno”, se oyó decir a una voz que sonaba como hierro mohoso. Era una mujer gorda, falda corta y ancha, zapatos grises de tacón alto, atados en la parte posterior, tocada con un sombrerito color de rosa que parecía un botón sobre su cabeza. La mano que alargaba la mujer sostenía una moneda de nickel; los dedos, regordetes, cubiertos con guantes blancos, sucios. Desde lejos, a tres cuadras de distancia y en una calle oscura, podría suponerse que esa mujer era joven. Pero de cerca, su cabellera tenía hilos de plata entre los teñidos, aparte de que había protuberancias de blanquizco tejido muerto, bajo el artificial enrojecimiento de su epidermis; además, concavidades y arrugas.

—Buenas noches, señora —dijo mi amigo, que alzó el sombrero, en actitud cortesana—. Espero que se encuentre bien. ¿Cómo anda el negocio esta noche?

—No tan bien como al principio, cuando me avecindé en Broadway —respondió la mujer, moviendo la cabeza—. Mendigos, limosneros es lo que ahora abunda. Dos tipos se pusieron pesados conmigo, imagínese usted, allá por Shanley’s, donde me invitaban a cenar. ¿Qué le parece? ¡Canijos! Todo era una burla, por supuesto. En mis buenos tiempos he comido en lugares así, como cualquier muchacha rica. ¡La rabieta que me encajaron! Me topé con un fulano en la calle

55 y me dijo: ‘¿Adónde podemos ir?’ Yo respondí: ‘¡Conozco un lugar, en la séptima avenida.’ ‘¡Séptima. Séptima. El siete es mi número de mala suerte. ¡Buenas noches!’, y corrió.

Se desternillaba con risotadas de buen humor. En ese momento entré en su horizonte, y dijo:

—¿Quién es el joven, Bill? ¿Es su amigo? Preséntenos, hombre —y luego a mí, en voz baja—: ¿Quisieras divertirte, amorcito? ¿No? —y bostezó, dejando ver el oro de su dentadura—. Bueno, ya es hora de regresar a casa, meterse en la cama y dormir a pierna suelta.

—¿No busca usted marido? —le pregunté señalando con el índice el Noticiero Nupcial.

—¿Qué pregunta! ¿Has conocido a alguna muchacha que no ande a caza de marido? Si tienes un amigo simpático, con un millón de dólares, déjame recado con Bill. Él y yo nos vemos todas las noches.

—Pero usted me compra el Noticiero únicamente los sábados —dijo Bill.

—Para tener algo que leer el domingo —repuso—. Porque los domingos los dedico por completo al descanso. El día del Señor olvido el negocio —y echó la cabeza atrás, con ademán de orgullo—. No importa que a veces haya estado quebrada. Me educaron con reglas estrictas, y tengo escrúpulos de conciencia —la dama se marchó, con el contoneo de sus enormes caderas.

El agente del Noticiero Nupcial se desembarazó de sus cosas.

—También a mí me atrae la cama —dijo—, buenas noches. Usted, supongo, se lanzará ahora a disfrutar de bebidas y mujeres —con aire de tristeza añadió—: bueno, haga usted lo que le plazca: ya rebasé la edad de censurar la conducta de otros.

Continué vagando por esa calle febril, moteada de luz y sombra, saturada de collares, pendantifs, broches enjorjados y reflejos de luces, donde se veían, también, montones de papeles rotos y jirones de trapos y otros desperdicios del Metro en construcción, patrullada por los piquetes de sexo femenino. Fijé mi

atención en una muchacha alta y delgada que caminaba adelante de mí. Su cara era intensamente pálida y sus labios como sangre. Tres veces dirigió la palabra a individuos; observé cómo atravesaba, con un movimiento de cabeza y mirada de gavián, murmurando algo, al sesgo, desde la comisura de sus labios.

Apreté el paso y alcancé a la muchacha. Al emparejarla sentí el hielo de sus ojos, como fiera invitación.

—Hola —le dije—, a medida que acertaba mis zancadas. Pero la muchacha se paró en seco y me bañó con efluvios de odio, como si fuese un extraño, y se engalló:

—¿A quién cree usted que le está hablando? —me preguntó con tono golpeado.

“Esto —me dije— es lo que se llama ‘selección natural’.”

La siguiente no resultó tan difícil. Se hallaba parada al doblar la esquina de la calle 37, como si estuviera esperándome.

Nos juntamos lo mismo que hierro e imán, en un apretón de manos.

—Vayamos a alguna parte y tomemos un trago —sugirió ella.

Era robusta y joven, ávida. Al primer golpe de vista, algo rojo y negro.

Ninguna bailaba como ella en el restaurante adonde fuimos. Todo el mundo se volvía a verla; los insolentes camareros con cara de palo; los parroquianos de pecho hundido, que mordisqueaban sus puros, y las insatisfechas mujeres acomodadas en sus asientos, como si todo ese escenario hubiera sido montado para que cada una de ellas sobresaliese.

Con su negro sombrero de paja, que adornaba una pluma azul, y un traje-sastre café, de tela inglesa, usado, mi acompañante produjo un golpe de viento en ese ambiente tibio y amable, en ese escenario de oro, tapizado con grandes espejos y saturado de música históricamente sincopada.

Sentados de espaldas a la pared, nos dimos a contemplar la animación de los rostros y la blancura de torsos estrechos, mientras escuchábamos risotadas,

olíamos el humo de cigarrillos e inhalábamos el tufo de ese lugar, con claro sabor a champaña ingerida en exceso. Dos orquestas alternaban sus ruidos ensordecedores. Era el turno de la clientela, para bailar. Luego, se abrazaron parejas de bailadores; y cantantes en furia espasmódica y a un ritmo acelerado, lanzaban cantos sin sentido. De pronto se extinguieron las luces, a excepción de aquella del reflector que por todos lados seguía a los actores. Y en esa oscuridad, enmarcada en borrachera, nos besábamos efusivamente. ¡Luz! Iluminación completa con estallido de hilaridad, al que siguieron exclamaciones y palabras, palabras, palabras, dichas en voz alta. Los parroquianos saltaban a la pista de baile, la orquesta despeñaba sincopada idiotez, sin resuello, a cuyo compás los cuerpos giraban y se retorcían al unísono, en salvaje frenesí.

Se llamaba Mae; escribió en una tarjeta su nombre completo, con su dirección y el número del teléfono. Me dio como referencias a algunos diplomáticos sudafricanos que habían gozado de su compañía y quienes podrían dar fe de sus encantos, si yo deseaba recomendaciones.

Mae nunca leía los periódicos, y sólo tenía una vaga idea de que el país estaba en guerra. Sin embargo, ¡cómo conocía Broadway entre las calles 33 y 50! ¡De qué modo tan perfecto era la dueña y señora de su mundo!

Había venido de Galveston, Texas, según me dijo, y se vanagloriaba de que su madre hubiera sido española. Titubeante, admitía que su padre era gitano. Eso la avergonzaba: rara vez llegaba a confesarlo.

—Pero, no vayas a creer, no era de esos gitanos que van por allí en calidad de vagabundos y que hurtan todo lo que a su alcance encuentran —se apresuraba a añadir Mae, que insistía en la respetabilidad de sus progenitores—. No, mi padre es descendiente de una familia gitana muy fina.

## MAC-AMERICAN

CONOCÍ a Mac en México, en la ciudad de Chihuahua, el último día del año. Era un cliente del terruño, americano por los cuatro costados. Recuerdo que cuando partimos del hotel en pos de un Tom-and-Jerry con rumbo a Chee Lee, las rajadas campanas de la vieja catedral repicaban locamente para llamar a misa de medianoche. Arriba, las estrellas del desierto cálido. De todos lados, desde los cuarteles donde Villa tenía acantonadas sus tropas, traídas desde lejanos puestos de vigilancia en los cerros pelones, y de los centinelas que rondaban las calles, nos llegaba el sonido de los jubilosos disparos. Un oficial borracho se cruzó con nosotros y, al equivocar la celebración, gritó “Cristo ha nacido”. En la siguiente esquina, un grupo de soldados, embozados hasta los ojos en sus sarapes y sentados alrededor de una fogata, cantaban el interminable corrido las Mañanitas de Francisco Villa. Cada soldado tenía que improvisar una cuarteta que narrase hazañas del Gran Capitán.

Frente a las enormes puertas de la iglesia, en los umbrosos senderos de la plaza, siniestras figuras de mujeres silenciosas, todas de rebozo negro, ahora visibles, ahora desvaneciéndose en la penumbra de las bocacalles, se arremolinaban, para lavar sus pecados. Emanaba la propia catedral una luz teñida de rojo y extrañas voces indígenas entonaban un cántico que sólo en España había escuchado.

—Entremos a ver la ceremonia —dije—: será interesante.

—¡Diablo, no! —gritó Mac, con extraña voz—. No quiero fisgonear la religión de otros.

—¿Eres católico?

—No —repuso—. No creo que yo sea nada. No he estado en una iglesia desde hace años.

—¡Olé! —exclamé—. Así es que tampoco eres supersticioso.

Mac me miró con recelo:

—No soy del tipo religioso —escupió—. Pero no soy de los que andan por allí negando a Dios. Eso es riesgoso.

—Riesgoso, ¿por qué?

—Bueno, pues, cuando mueras... ¡tú sabes!

—Ahora estaba mosqueado, casi enojado.

Cuando llegamos a Chee Lee, nos topamos con otros dos americanos. De esos que preludiaban todas sus observaciones con “ya llevo siete años en este país y conozco a sus habitantes hasta la pared de enfrente”.

—Las mexicanas —dijo uno de ellos— son las mujeres más mugrosas del mundo; cuando más, se lavan dos veces al año. La virtud simplemente no existe para ellas. Nunca se casan (ni siquiera eso): se juntan con cualquiera que les guste. Son pirujas todas las mexicanas. No hay que darle vueltas.

—Yo me conseguí a una monería de indita, en Torreón —comentó el otro sujeto—. Fue el colmo... ¡qué barbaridad! Nunca llegó a importarle que yo me casara o no me casara con ella. Yo...

—Así son todas —comentó el primero—: sin principios. Así son. Ya llevo siete años en este país.

—Y, ¿sabe usted? —pontificó el segundo, con tono severo, al agitar su índice ante mis ojos—. Todo esto puede usted decirlo a un greaser mexicano, y sólo se reirá de usted. Así son éstos.

—No tienen orgullo —sentenció Mac, con un dejo de melancolía.

—Imagínese usted —alternó el primer compatriota—, imagínese lo que ocurriría, si dijera usted eso a un americano.

Mac dio un puñetazo sobre la mesa.

—La mujer americana —dijo—, Dios la bendiga... Si alguien se atreviese a ensuciar su buen nombre en mi presencia, yo creo que lo mataría —lanzó una mirada de reto en torno de nuestra mesa, y como ninguno de nosotros salpicara con ofensa alguna la reputación de la femineidad de la gran República, Mac



continuó—: ella es ideal puro, y así debemos de preservarla. ¡Quisiera que alguien dijese algo feo acerca de nuestras mujeres y que yo alcanzara a oírlo!

Apuramos nuestro Tom-and-Jerry con la pudibundez solemne de un grupo de Gallahads en su convención.

—Oye, Mac —dijo súbitamente el segundo de los individuos—, ¿te acuerdas de ese par de chiquillas que tuvimos en Kansas City aquel invierno?

—¡Que si me acuerdo! Y ¿te acuerdas tú del lío en que estabas seguro de haberte metido?

—¿Te figuras que se me pueda olvidar?

El otro intervino:

—Bueno, ustedes pueden hacer todos los chistes que se les antoje, con sus monas señoritas. Yo me quedo con la chica americana, limpia, pura.

Mac medía más de seis pies: era todo un salvaje con la magnífica insolencia de la juventud. No tenía más de veinticinco años, pero había estado en muchas partes y hecho de todo: mayordomo de ferrocarril; capataz en las plantaciones de Georgia; mecánico, jefe de una mina mexicana; vaquero y cherif suplente, en Texas. Procedía de Vermont; al cuarto Tom-and-Jerry, Mac descorrió el velo de su pasado:

—Cuando llegué a Burlington a trabajar en un aserradero, apenas tendría dieciséis años. Mi hermano había trabajado allí durante un año, y me llevó a la casa de asistencia donde él se hospedaba. Tenía cuatro años más que yo. Era, también, grandote; pero un tanto blandito. Siempre estaba presumiendo con la cantilena de lo malo que es pelear y otras tonterías por el estilo. Nunca me golpeó: ni cuando se enojaba en serio, porque según decía yo era más pequeño que él.

”Bueno, había una muchacha en la casa. Y mi hermano había estado metido con ella por algún tiempo. Pues bien —y Mac soltó la risotada—, deben de saber ustedes que yo tengo una condenada manera de ser. Y siempre fui así. Se me metió en la cabeza que no descansaría hasta que le quitara la chica a mi

hermano. Pronto lo logré. ¿Saben ustedes, caballeros, lo que le hizo esa diablo de muchacha? Un día, cuando mi hermano la besaba, de sopetón le soltó: ‘Vaya, ¡besas igualito que Mac!’

”No tardó mi hermano en hallarme. Todas esas ideas de no pelear se habían esfumado, por supuesto, pues son puras tonterías cuando se trata de un verdadero macho. Estaba muy pálido; con el fuego volcánico que le salía por los ojos, apenas pude reconocerlo. Me dijo: ‘¡Que caigan sobre ti todas las maldiciones! ¿Qué has hecho con mi novia?’ Mi hermano era grandote, muy fuerte y, por unos instantes, sentí un poco de miedo; pero entonces recordé cuán blando era y, también, por otra parte, que yo era un tipo bragado: ‘Si no puedes retenerla, le dije, mejor déjala, ¿no?’

”Fue un pleito bárbaro. Él quería matarme. Yo trataba de hacer lo mismo con él. Una nube roja me cegó y me convertí en una furia, al pelear como loco.

”¿Ven esta oreja? —Mac señaló el cacho del órgano que le quedaba—. Él me lo hizo. Yo, a mi vez, le alcancé un ojo, con el cual nunca volvió a ver. Al rato dejamos de usar de los puños: nos rasgamos la piel con las uñas; intentamos acogotarnos, abundaron las mordidas y las patadas. Nos dijeron, después, que mi hermano bramaba intermitentemente como un toro, y que yo no dejé de aullar ni un instante.

”Acabé por atinarle un puntapié en las partes nobles, donde de veras duele, y mi hermano se desplomó como muerto.”

Mac terminó su Tom-and-Jerry.

Alguien pidió otra tanda. Mac continuó:

—Poco después vine hasta el sur y mi hermano se enroló en la Policía Montada del Noroeste. ¿Se acuerdan del indio que asesinó a alguien en Victoria, el año de seis? Pues a mi hermano lo enviaron en su busca, y allí fue donde le dieron un tiro en el pulmón. Yo fui a ver a los viejos, la única vez que los he visitado, y precisamente entonces fue cuando mi hermano volvió a casa, para morir. Pero antes, había mejorado. Me acuerdo que el día de mi salida se levantó de la cama y me acompañó a la estación rogándome todo el tiempo que le hablara, aunque sólo fuera una vez. Me tendió la mano; pero yo le volví la espalda, y le dije: ‘Hijo de perra’. Poco después quiso regresar al trabajo, pero murió en el camino.

—¡Caray! —comentó uno de los paisanos—. ¡Imagínate: la Policía Montada del Noroeste!, debe de ser una gran cosa. Buen rifle, buen caballo, y no hay veda en la caza del indio. ¡Eso es lo que yo llamo deporte!

—A propósito de deporte —intercaló Mac—, el mejor de los deportes en el mundo es cazar negros. Cuando abandoné Burlington, como recordarán, la corriente me llevó hacia el sur. Tenía el propósito de conocer el mundo de arriba abajo, y acababa de descubrir que podía vérmelas con cualquiera, a golpe limpio. ¡Oh, Dios, los pleitos con que tropecé! Bueno, al fin arribé a una plantación algodonera, en Georgia, cercana a Dixieville: les hacía falta un capataz, y caí como anillo al dedo.

”Me acuerdo muy bien de esa noche, porque precisamente estaba en mi cabaña escribiendo a casa, a mi hermana. Siempre nos llevamos bien ella y yo; pero ninguno de nosotros, por alguna razón, pudo entenderse con el resto de la familia. El año pasado mi hermana tuvo un zafarrancho con un viajante... ¡si alguna vez llego a poner mis manos sobre ése! Bueno, como decía, estaba yo sentado, escribiendo a la luz de una pequeña lámpara de petróleo. Era una noche muy calurosa; la atmósfera estaba muy húmeda. Y el alambrado de la ventana servía de marco a un hacinamiento de toda clase de bichos. Sólo al verlos moverse, en una masa casi aglutinada, se me enchinaba la piel. De súbito, puse atención y los pelos empezaron a ponérseme de punta. Perros de presa, fieros sabuesos, se acercaban, con una especie de cadencia ominosa, en la negrura de la noche. No sé si ustedes, amigos, han escuchado el peculiar ladrido de un perro de esa raza, cuando persigue a un hombre. Ese ladrido, por las noches, es de lo más desolador, oprime el alma. Pero lo que ocurría era aún peor: causaba la impresión de que estabas allí, parado, en medio de la oscuridad, en espera de alguien que llegaría, con propósitos de estrangularte, ¡y, sin poder huir, sin poder escapar!

”Durante algo así como un minuto, lo único que oí fue el aullido de los perros. Y, de repente, alguien o algo cayó al piso por encima de mi cerca, y se escuchó un fuerte paso al cruzar enfrente de la ventana, y el fuelle de una respiración. ¿Han escuchado ustedes el fatigoso y desesperado resoplido de un caballo que se está ahorcando con la reata que se le enredó en el pescuezo? Pues igual.

”De un salto llegué a la salida, en el mismo momento en que la jauría salvaba la cerca. Entonces, alguien a quien yo no podía ver, con voz ahogada lanzó un grito apagado, implorante: ‘¿Por dónde podría huir?’ ‘Por el otro lado de la casa y

regrésese’, le dije. Y eché a correr. Éramos aproximadamente doce hombres, jamás supe lo que hizo el negro y creo que nadie de nosotros lo averiguó. No nos importaba. Corrimos como poseídos a través del campo algodonerero y cruzamos varios bosquecillos, pantanosos por los recientes aguaceros. Pero nunca nos dimos cuenta del esfuerzo. La saliva me escurría por las comisuras de los labios; eso era lo único que me molestaba. Había luna llena y de cuando en cuando, al llegar a un claro, se escuchaban exclamaciones y gritos de: ‘¡Por allí va, por allí va!’ Y llegamos a pensar que los perros tal vez se habían equivocado persiguiendo una sombra. Los perros siempre iban adelante de nosotros. Díganme, ¿han oído ustedes el ladrido de un perro de caza, cuando persigue a un ser humano? ¡Una clarinada, ni más ni menos! Yo me raspé las espinillas, al saltar veinte cercas y mi cabeza chocó en todos los árboles de Georgia; pero nunca sentí nada.

Mac chasqueó los labios y bebió:

—Por supuesto —observó—, cuando alcanzamos a los perros, ya habían acabado de destrozar al negro en mil pedazos.

Movió la cabeza, con aire de haber gozado de la luminosa reminiscencia.

—¿Terminaste la carta que habías empezado a escribir a tu hermana? —le pregunté.

—Claro —respondió Mac—, después.

—Yo no quisiera vivir aquí, en México —oí decir a Mac—. Aquí nadie tiene corazón. A mí me gustan las personas amables, “buena gente”, como los americanos.

## ENDIMIÓN\* O EN LA FRONTERA

PRESIDIO, en Texas, se reduce a una docena de casuchas de adobe y a una tienda de dos pisos, de ladrillo, diseminadas entre la maleza de un desolado médano, en la ribera del Río Grande. Hacia el norte el desierto se extiende con suavidad, hasta topar con azuladas reverberaciones de la erosionada llanura silenciosa.

Las bajas aguas del moreno río se retuercen entre bancos de arena, como serpiente embargada por la molicie, unas cien yardas. Al otro lado del río, el pueblo mexicano de Ojinaga, encaramado sobre su reducida meseta —un montón de paredes blancas, techos aplanados, las cúpulas de vetusta iglesia—, da la impresión de un pueblo de Oriente, sin alminar. De allí al sur, el terrible desierto se extiende en vastas y ascendentes planicies de arena, con mezquitales, arbustos y maleza que parece arrugarse en el horizonte, sobre un fondo de chaparros y filosos picos.

En Ojinaga yacía lo que restaba del naufragio del Ejército Federal, arrojado de Chihuahua por el victorioso avance de Pancho Villa, y con insacudible apatía se esperaba su llegada hasta la amiga frontera. Millares de civiles, fustigados por las fábulas de salvajismo que se atribuían al Tigre del Norte, habían acompañado a los soldados en su retirada a través de las infernales cuatrocientas millas de candentes llanuras. Casi todos los refugiados habían acampado en la maleza, en los alrededores de Presidio: hombres en apariencia felices, que subsistían merced a la comisaría del cuerpo del Ejército Norteamericano de Caballería allí estacionado. Esas gentes dormían todo el día y dedicaban la noche al amor, al canto y a pelear entre sí.

Los altibajos de la guerra habían dado nombradía a Presidio, nombre que aparecía reiteradamente en los despachos noticiosos de prensa, telefoneados al mundo exterior, por el único hilo con que el ejército americano contaba. Automóviles, grises por el polvo del desierto, recorrían ruidosos las setenta y cinco millas que hacia el norte separaban a la estación de ferrocarril más próxima, y venían a corromper la prístina inocencia de los contornos. Un puñado de corresponsales de guerra se repantigaba lo mejor que podía en el suelo

arenoso, vomitando juramentos, y dos veces al día pergeñaba boletines de doscientas palabras, en los que el alarido y la furia campeaban. Hacendados ricos, al huir a través de la línea fronteriza, hacían un alto en Presidio, para esperar el resultado de la batalla que debiera decidir el destino de sus propiedades. Agentes secretos de los constitucionalistas y de los federales deambulaban en todo el escenario, urdiendo conjuras y contraconjuras. Representantes de vastos intereses norteamericanos distribuían iguales e incesantemente enviaban telegramas en clave. Agentes vendedores de fábricas de armas y municiones ofrecían sus productos, al mayoreo o al menudeo, a todo aquel que estuviese vinculado con un movimiento revolucionario o quisiera organizar otro. Todo esto sin pasar por alto —como se estilaba decir en los programas de zarzuela— a ciudadanos, rurales, sherifes, elementos de tropa de los Estados Unidos, oficialidad huertista en receso, funcionarios aduanales, cowboys de ranchos cercanos, mineros, etcétera.

El viejo alemán Schiller, propietario de la tienda, se movía por todos lados con tremendo pistolón al cinto y daba rienda suelta a cavernosas imprecaciones. Schiller estaba enriqueciéndose. Vendía alimentos y ropa, herramientas y medicinas, a la creciente población. Además, tenía el monopolio del negocio de todo género de embarques. Se decía que en la trastienda administraba una cantina secreta y un garito donde se jugaba póquer. Además brindaba albergue, a razón de veinticinco centavos por cabeza, a sesenta individuos que dormían regados en el piso y sobre el mostrador de su establecimiento.

Llegué acompañado de un vaquero patizambo llamado Buchanan, que algún tiempo trabajó en un rancho cercano a Santa Rosalía y sólo esperaba que se aclararan las cosas para regresar al tal rancho: Buck llevaba ya tres años en México; pero, hasta donde yo podía ver, eso no había causado impresión alguna en su ánimo, excepto producirle un claro resentimiento hacia los mexicanos, por el hecho de que no hablaran inglés. El español del muchacho se concretaba a unas cuantas palabras, las indispensables para satisfacer sus naturales apetitos. Noté que de cuando en cuando mencionaba a Dayton, Ohio, ciudad de la que había escapado, en un tren de carga, a la edad de doce años. Parecía un tipo vulgar de los que por allí abundan; fuerte, todo animalidad, recio, valentón, carente de la menor dosis de sentimientos nobles. A las pocas horas de habernos conocido, empezó a hablar de un tal Doc. Según Buck, Doc era el ciudadano, número uno de Presidio: gran cirujano y, más aún, Doc era uno de los mejores músicos del mundo. Pero mayor impresión que todo eso, me causó el tono de orgullo e inequívoco afecto que se notaba en la voz de Buck cuando hablaba de

su amigo.

—No necesita más que un trozo de tallo de rama aceitosa y una reata de crin de caballo para ponerte en su lugar un hueso quebrado —afirmaba con vehemencia—. Para él, sanarte de una picadura de tarántula es como para ti o para mí echarnos un trago... ¡Y tocando! ¡Mira! Doc puede tocar cualquier instrumento. ¡Por Dios! Calculo que si alguien de Nueva York o de Cleveland oyera cómo hace sonar a esos instrumentos, pronto estaría Doc en el foro de la Ópera, en vez de hallarse aquí, en Presidio.

Eso me interesó.

—¿Cuál Doc? —pregunté.

*Buck me miró sorprendido.*

—¿Cuál? Nada más Doc —contestó.

Esa misma noche, después de cenar, anduve sobre la espesa arena, en dirección a la casita de adobe de Doc. Era una noche tranquila, con muchas estrellas. De algún lugar, río arriba, llegaba el eco de tiros de rifle disparados al azar. Entre los mezquites y breñales que rodeaban al pueblo, resplandecían las fogatas en los campamentos de los refugiados. Las mujeres, con agudos gritos nasales, llamaban a sus críos a casa. Las muchachas reían en la oscuridad. Los hombres hacían sonar las espuelas al caminar por los arenales. Como acompañamiento se elevaba el insistente murmullo de una veintena de agentes secretos que conspiraban en la trastienda de Schiller. Desde la distancia pude identificar las familiares cadencias de la obertura de Tannhauser, tocada en un instrumento desafinado. Al llegar a la puerta de la choza de Doc, estuve a punto de tropezar con una doble fila de hombres acuclillados en el suelo arenoso; todos mexicanos, embozados hasta los ojos en sus sarapes, escuchaban con rígida atención.

En el interior del único cuarto enjalbegado estaban sentados dos oficiales de caballería del ejército americano. Entrecerrados los ojos, los militares pretendían deleitarse con lo que consideraban como un esparcimiento. Llevaban ocho meses en la frontera, alejados de los refinamientos de la civilización, y escuchar música de esa clase los hacía sentirse cultos. Buchanan, con suriana pipa de olote entre los labios, estaba tendido en un sillón de brazos, con las extremidades inferiores extendidas a todo lo largo, y los pies sobre la estufa. Con ostensible gozo, fijaba sus brillantes ojos en los dedos de Doc, que saltaban sobre el teclado. Allí estaba

Doc, de espaldas a nosotros, patético personaje, pequeño, rechoncho, de pelo completamente blanco. Algunas de las teclas del melodeón no producían sonido alguno; otras, apenas un chirrido ligeramente audible, y las restantes desafinaban a más no poder. Mientras Doc tocaba, iba canturreando con voz gruesa y apagada, y su cuerpo, envuelto en la armonía, oscilaba de atrás para adelante, como poseído.

Era una habitación singular. En un extremo estaba la ruina de lo que había sido una complicada mesa de operaciones, con cubierta de cristal. Atrás de ella se veía un armario con mohoso instrumental quirúrgico; el anaquel superior cubierto con frasquitos de píldoras; el estante para libros mostraba cinco volúmenes, a saber, un libro de selecciones de ópera, arregladas para piano; parte de un volumen con las Sinfonías de Beethoven, para ejecutarse a cuatro manos; dos tomos de Diagnósticos prácticos y los Poemas de John Keats, con cubierta de piel, desgarrada y pirograbada a mano. También había un escritorio con montañas de papeles. Y regados, en el resto del cuarto, diversos instrumentos musicales, en variable estado de desintegración: concertina, violín, guitarra, corno francés, corneta y arpa. Un perrito chihuahuero, con catarata en un ojo, posaba a los pies de Doc, y, con su nariz apuntando al techo, aullaba ininterrumpidamente.

Doc tocaba con una furia que iba en aumento y tarareaba al mismo tiempo que sus nudosos dedos golpeaban el teclado. Cuando menos lo esperábamos, hizo un alto a la mitad de un acorde, y volviéndose a medias hacia nosotros, mientras que extendía y nos mostraba las manos, farfulló a través de su pelambre:

—¡Mis manos son muy pequeñas! Algo está siempre fuera de alcance, por lo que a mí concierne. ¡Siempre es así! ¡Ay! —y dejó escapar un suspiro desde el fondo de su alma—. Los dedos de Franz Liszt también eran muy pequeños... ¡oh! pero nunca como los míos. Ahora que los dedos de su genio no eran cortos —y siguió diciendo, entre dientes, algo que no se entendía.

*Buck bruscamente bajó sus pies de la estufa, ruidoso, y se golpeó fuertemente las rodillas con las manos.*

—¡Oh Dios!, Doc —gritó—: si tuviera manos grandes, no sé qué no pudiera hacer.

Doc lanzó una mirada al piso. El perrillo puso sus patas delanteras en una de las



piernas de Doc, lloriqueando, y el viejo posó su temblorosa mano sobre la cabeza del animalito. Los dos soldados de caballería tímidamente, indecisos, pidieron permiso y se marcharon. Doc procedió a encender gigantesca pipa. Y en medio de pujidos y soliloquios de protesta entre dientes, el humo en grandes bocanadas empezó a emerger por los bigotes, la nariz, los ojos y las orejas de Doc.

Con tono reverente Buck me presentó. Doc correspondió con movimientos de cabeza, y me miró con ojillos inflamados y acuosos, que parecían no ver. Su redonda e inflada cara estaba cubierta con un tapetillo de pelos blancos y, entre el descuidado bigote, amarillento de nicotina, brotaban inciertas las ruinas de una cultivada dicción. El hombre olía fuertemente a brandy.

—¡Ah, ah! —prologó—. ¿Conque usted es uno de los atolondrados payos?, ombl, ombl, ombl —y me miró parpadeando—. Viene del gran mundo. Bueno. Diga en todas partes que mi nombre está escrito en el agua, ombl, ombl.

Nadie sabía nada concreto acerca de Doc, excepto lo que se le pudiese haber escapado cuando estaba muy borracho. Doc mismo daba la impresión de que había olvidado su pasado. La colonia mexicana de la comunidad —que constituía su principal clientela— lo quería con devoción, y se lo manifestaba pagándole sus servicios religiosamente.

La misma cuota regía para cualquier atención médica, ya se tratase de arreglar un hueso roto, amputar una pierna o un brazo, traer una criatura al mundo o administrar una dosis de jarabe para la tos: los honorarios eran siempre veinticinco centavos. Mas a Doc se le oía hablar del Queen's Hall y del Conservatorio de Música de Londres, y también de que había estado en la India y en Egipto, y de que llegó a Galveston como director de un hospital. Más allá de eso, no se le podía sacar nada. Alguna vez mencionaba nombres de algunas ciudades del país y también de gente desconocida. Todo lo que Presidio sabía de Doc era que él había llegado a la frontera, procedente de México, durante la Revolución de Madero. Llegó en el más completo anonimato, y había permanecido en Presidio, borracho siempre, desde entonces.

—¡En el Maidan! —dijo Doc, rápido—. Viajando en sus carruajes. ¡Y yo, aquí! —murmuró algo más y le vino el hipo—. Sí, eso la mató; pero yo nada pude...

Me senté al lado de Doc, y empecé a hablarle tratando de hallar la llave que

abriera su vida.

—Entiendo que usted estuvo relacionado con el Conservatorio de Música de Londres.

Doc se irguió de un salto, con los puños apretados:

—¿Quién le dijo eso? —rugió. Después, volvió a sentarse—. Y ahora aquí soy un doctor vagabundo, en Presidio, concluyó, al dibujar una sonrisa burlona, sin amargura.

Lo probé por el lado de Egipto y me dijo:

—Entonces había un bosque de mástiles, en la rada de Alejandría, muy tupido.

Le hablé de la India; pero logré sólo que farfullara:

—En Darjelling, a la sombra del gran cedro, en el prado, ¡Oh, Dios! ombl, ombl, ombl.

”¡Galveston! —exclamó, al enderezarse en su asiento—. Sí, yo estuve en Galveston cuando la gran creciente. Mi mujer murió ahogada.” Lo dijo sin la menor emoción. Y, al levantarse, se dirigió inseguro al librero; sacó uno de los tomos de Diagnósticos prácticos y me lo trajo, con candor de niño.

En la guarda aparecía la fecha: Galveston, 18 de septiembre de 1901: tenía recortes de periódicos, en los que se hablaba de la inundación, apretujados, en forma desordenada. Devolví el volumen al librero y, de manera casual, tomé los Poemas de John Keats. Abrí el libro. En la contracubierta, con tinta casi ilegible, aparecía escrito:

Junio de 1878

Para Endimión

Con mi cuerpo y mi alma

A. de H. K.

¡Endimión, él! ¿Para qué mujer habría sido alguna vez Endimión, esta ruina humana? 1878. Debió de andar en los veintitantos años entonces; un soñador, guapo.

Oí un gruñido quejumbroso. Al levantar la vista, vi a Doc que se había puesto de pie. Flexionó el tronco y me miró de manera extraña:

—¿Qué es lo que tiene usted en sus manos? —se expresaba casi a gritos—. ¡Déjelo inmediatamente! —y como vi que Doc se me abalanzaba, puse el libro en su lugar. Doc asió mis dos manos y las llevó ante sus ojos; luego las soltó y dio la media vuelta.

—Nada, no es nada —murmuró entre dientes—. Se me había olvidado: lo perdí en Monterrey —y añadió algo ininteligible aun para sí mismo—. Veamos, ¿qué es lo que me la trajo de nuevo, si se ahogó hace treinta años? Bueno, ¡ahóguela otra vez! Doc se dirigió a un rincón, alcanzó una botella negra y se la empinó. En seguida se inclinó sobre el montón de instrumentos; sacó un acordeón viejo; se sentó de nuevo y, en la forma más inopinada, empezó a tocar lo que se podía reconocer como la Tercera Sinfonía de Beethoven. Era sorprendente.

Pero sólo tocó un minuto y se detuvo. Sacudió la cabeza y suspiró.

—La Eroica —dijo, y repitió—: la Eroica, ombl, ombl. Pero ¿qué saben ustedes, atolondrados, de la alta tragedia? Me estoy volviendo viejo y toda mi vida he venido hurgando. Pero ¡nunca encontraré!... ¿Encontrar qué? ¿Fama, riquezas, amor?... ¿La verdad?...

La noche siguiente cenamos juntos Buchanan, Doc y yo, en un restaurante mexicano de un solo cuarto, cuyo propietario había tenido un rancho al otro lado del río; rancho que Enrique Creel había vendido a William Randolph Hearst, embolsándose el dinero. Cada individuo que entraba al pequeño local —hombrazos quemados por el sol, que lucían finas botas y espuelas— se detenía en la cabecera de nuestra larga mesa, para saludar a Doc. “¡Hola, Doc!, ¿cómo está?” El mesero, mexicano, siempre servía a Doc antes que a nadie, y cuando a un rico ganadero, que había llegado a Presidio esa misma mañana, le dio por insultar a Doc y empezó a llamarlo perezoso, greaser, uno de los rurales se le

aproximó y tocándole un brazo, le dijo:

—Usted, recién llegado, mire: aquí, a Doc se le sirve primero... Ahora, ¡lárguese!

Doc había despertado tarde, atormentado por el infernal fuego de su sed. Y aunque ya se había bebido casi un litro de aguardiente, aún no le hacía efecto. Estaba callado y de un humor negro.

Contestaba los saludos con un gruñido.

Junto a mí se hallaba sentado un chaparrito vivaz, de mentón corto. El tipo característico de las urbes. Era agente viajero de la compañía Amplificadora de Retratos al Crayón para el Hogar, de Kansas City, Missouri. Estaba muy ufano por el buen negocio que creía haber realizado en Presidio, al tomar retratos de clientes mexicanos y llenar los pedidos correspondientes. Los comensales estaban encantados y escuchaban muy serios; pero, en su interior, se morían de risa. Buck me explicó que al mexicano le gusta que lo retraten y que pongan su nombre en el pedido, pero nunca lo paga.

—Los mexicanos son muy pacientes —reiteraba con entusiasmo—. Se quedan quietos hasta quince minutos.

Doc, de pronto, levantó la cabeza, tartamudeó algo y luego, con voz clara, dijo:

—Por eso, quizá nunca pudieron terminar un óleo mío... ¡Cómo sufrí cuando posé para Freddie Watts!

—¿Usted quiere decir que eso pasó en Londres? —pregunté al instante.

—Hampstead —contestó Doc, abstraído—. Su estudio estaba en Hampstead.

Así es que, si Doc no se hubiera cansado de posar, su retrato habría podido exhibirse al lado de otros de William Morris, Rossetti, George Meredith, Swinburne, Browning..., en las Galerías Nacionales.

—¿Conoció usted a William Morris? —pregunté, sin resuello casi.

—Un maldito puritano farsante —exclamó Doc, mientras golpeaba la mesa con el puño. Rápidamente, le pregunté por los demás; pero Doc siguió comiendo,

como si no me hubiese oído—. Meros diletantes: fue una era de insignificantes amateurs —dijo, finalmente. Y no volvió a pronunciar palabra.

El agente de la compañía de amplificaciones apoyó en su cabeza el índice, apuntando al mismo tiempo con el pulgar a Doc:

—Anda mal, ¿verdad? Telarañas en el desván, ¿no?

Una prolongada mirada hostil se cruzó con la suya. Y allá, desde el final de la mesa, un taciturno cowboy lo amenazó con una pieza de pan y, en forma cortante y breve, le fue a la mano:

—Oiga, cabrito, cabeza de palo, más vale que se calle. Doc es mi amigo. Sepa usted que ya ha olvidado más, mucho más, de lo que usted podrá aprender en toda su vida.

Doc, al parecer, nada había notado. Pero cuando íbamos saliendo poco después, lo oí murmurar algo así como: “estultos palurdos”. Nos encaminamos hacia un jacalón de adobe, donde se hallaba instalada una mesa de pool. Entonces traté de dilucidar cuándo, por cuáles fechas, había abandonado el “gran mundo”.

Reaccionó ante el nombre de Pasteur; pero pude comprender que Ehrlich, Freud y otras eminencias médicas modernas, para él nada significaban. En el campo de la música, Saint-Saens evidentemente era un interesante jovenzuelo, y nada más; Strauss, Debussy, Schoenberg, aun Rimsky-Korsakoff, le eran totalmente ajenos. Por alguna razón, no soportaba a Brahms.

Ya algunas personas jugaban, cuando llegamos al salón de billar. Alguien inició estentórea bienvenida: “Aquí viene Doc”, y los otros jugadores corearon, mientras dejaban sus tacos a un lado. Doc y Buchanan se pusieron a jugar en una mesa un tanto desvencijada. Ante ella tomé asiento como espectador. El juego del anciano era magnífico: causaba la impresión de que no podía fallar un tiro, por más difícil que fuera, a pesar de que apenas lograba ver las bolas. Daba a Buck pocas oportunidades de tirar. Un nutrido grupo de mexicanos, con atractivos sombreros de charro, se acomodó en los asientos junto a la pared. Lucían finos sarapes de colores un tanto desvaídos; soberbias hebillas en sus botas federicas y brillantes espuelas del tamaño de un dólar de plata. Cada vez que Doc hacía un buen tiro, se dejaba oír un coro de aplausos en sordina. Cuando se le caía la pipa, diez manos se disputaban el honor de levantarla del suelo y dársela, atentos.

Así, en esa aterciopelada noche de profunda quietud, retornamos a casa, por la arena. Habíamos apenas avanzado una corta distancia, cuando Doc súbitamente se paró.

—¡Aquí, Toby! ¡Aquí, Toby! —llamó a grandes voces, girando a su alrededor y esforzando su mirada en la oscuridad—. Perdí a mi perrito. ¿Dónde podrá estar mi perrito? Quizá esté todavía allí —dijo, señalando los billares—. ¡Aquí, Toby! ¡Toby, Toby! No habrá más remedio que regresar para buscar al perrito.

—¡Oh, Doc! —dijo Buck impaciente—. ¡Qué diablos! Su perro volverá solito; déjeme ir por él: está cansado —Doc movió la cabeza para negar.

—Yo tengo que encontrar a mi perrito —repuso. Y añadió—: Nadie puede encontrarlo, nadie puede encontrar nada para mí. Cada quien tiene que buscar por sí mismo, ombl, ombl —y emprendió la marcha de retorno.

*Buck y yo, a un lado del camino, encendimos cigarrillos y empezamos a fumar. La noche exótica nos regalaba aromas y misteriosos ecos. De repente, Buck empezó a hablar:*

—Nada recuerdo acerca de mi padre —dijo—, excepto que era un hijo de perra. Llegué a creer que todos los viejos serían como él: realmente nunca había encontrado a un verdadero hombre; déjame decirte: jamás conocí a alguien que no quisiera cargar con todo lo que pudiera, hasta que me tropecé con Doc. Esas zarandajas y cuentos chinos del cristianismo que uno oye no me convencieron, hasta ahora. Pero este Doc es una increíble combinación de bondad, y siempre sufre a la brava. Bueno, yo no sé; pero ese hombre se hace querer. Yo lo sé bien, y es muy grande. ¡Doc es un gran hombre! De eso estoy seguro. En todo él hay grandeza. Algunos desgraciados de por aquí dicen que Doc está loco; pero a veces creo que los locos somos todos nosotros. Siempre está borracho. Sí, eso es verdad. Doc siempre está borracho; pero todo lo que dice, aun las cosas más absurdas, siempre, ¡siempre!, me llegan al alma, como la verdad de Dios.

*Buck dejó de hablar, y avizoramos la pequeña y regordeta figura de Doc que daba tumbos en la oscuridad, con Toby trotando, pegado a sus talones.*

Nos incorporamos silenciosamente y proseguimos nuestro camino, juntos, a los lados de Doc, que continuaba entre golpes de hipo su ininteligible soliloquio. Parecía no advertir nuestra presencia; pero, de repente, dejó escapar un tremendo suspiro, alzó ambos brazos y con sus ojos casi ciegos, fijos en el cielo, exclamó:

—*¡Heigh-ho! ¡Lo que es noche para los gentiles es pleno día para los hijos de Israel!*

1916

---

\* Endimión. En la mitología griega, hermoso mancebo que pasaba la existencia durmiendo en el monte Latmus de Caria. Era amado por Selene, diosa de la Luna, quien lo visitaba mientras dormía. El eterno sueño de Endimión lo atribuían algunos a su propio deseo o a castigo de Zeus. Con más frecuencia se explica el sueño perenne de Endimión como enviado por la propia Selene, para poder visitarlo sin molestias y a su antojo.

*Endimión. Poema de John Keats, compuesto en 1817. El tema gira alrededor del clásico mito del joven griego que era el amor de Cynthia, diosa latina de la Luna. El poema narra cómo Endimión, después del visionario idilio con Cynthia, se va en busca de la belleza ideal y, a la postre, la encuentra en las cosas bellas de la tierra y en la simpatía humana. El poema tiene pasajes de exquisita belleza. Enciclopedia Collier.*



# CUADROS DE MÉXICO

## I. SOLDADOS DE FORTUNA

(Jiménez, 1914)

Allí, en un costado de la plaza de armas, topé con un grupo de cinco americanos, amontonados en una de las bancas. Todos ellos astrosos, menos un joven espigado que tenía polainas, llevaba uniforme de oficial del Ejército Federal y estaba tocado con una especie de sombrero charro, sin copa. Ninguno rasurado. Pies descalzos con calcetines rotos asomaban por sus zapatos reventados. Un adolescente llevaba el brazo en improvisado cabestrillo de harapos. Gustosamente hicieron lugar para mí y se apretujaron en torno, con evidente alegría —me decían y reiteraban— por ver a otro americano entre tantos malhadados greasers.

—Ustedes, muchachos, ¿qué hacen aquí? —pregunté.

—Somos soldados de fortuna —respondió el del brazo herido.

—O-sh... —interrumpió otro—. Soldados de...

—Vea usted. Las cosas son así —principió el que tenía facha de soldado—. Hemos peleado, desde el principio, en la Brigada Zaragoza. Estuvimos en la batalla de Ojinaga y en todas partes. Y ahora llega una orden de Villa, en que da de baja a todos los americanos y manda que regresen a la frontera. ¿Verdad que es una condenada orden?

—Anoche se nos notificó nuestra honorable baja y nos echaron del cuartel —dijo un pelirrojo que cojeaba.

—Y no teníamos dónde dormir, ni nada de comer —comentó un muchacho desmedrado a quien los otros llamaban “el mayor”.

—No le pases a este tipo la charola de la limosna —objetó indignado el del uniforme—. ¿No nos van a dar, en la mañana, cincuenta pesos mexicanos a cada

uno?

Nos trasladamos a un restaurante cercano y al regresar a la plaza, después de un rato, pregunté qué iban a hacer, qué planes tenían.

—El viejo terruño, los yueseí (USA) para mí —dijo con robusto suspiro un irlandés bien parecido que no había hablado antes—. Me iré a San “Fran” y volveré a manejar camiones de carga. Estoy harto de greasers, de mala comida y de combatir mal.

—Yo tengo dos honorables bajas en el ejército de los Estados Unidos —anunció con orgullo el soldado—: estuve en la guerra de España; sí, allá peleé. Soy el único soldado de verdad en este grupo —los otros, malhumorados, se rieron con burla, entre maldiciones—. Creo que volveré a darme de alta, en cuanto cruce la frontera.

—Yo no —dijo el cojo—. Me buscan por dos asesinatos que no cometí: lo juro por Dios. Todo fue una trampa en la que caí; pero un pobre diablo nada más no tiene oportunidad alguna en los Estados Unidos. Cuando no me ponen trampas para que caiga, me meten a la cárcel por vago. A pesar de que camine derecho —prosiguió vehementemente—. Soy un hombre trabajador; lo que pasa es que no consigo trabajo.

El mayor levantó su faz, pequeña, de duros rasgos y ojos crueles. Y terció:

—Me escapé de un reformatorio de Wisconsin —dijo— y no dudo que la policía me esté esperando en El Paso. Siempre ansié matar a alguien, con un rifle. Ese deseo, por fin, se me cumplió en Ojinaga; pero no he satisfecho mi apetito aún. Nos dijeron que si estábamos dispuestos a firmar papeles de ciudadanía mexicana, podríamos quedarnos. Creo que los firmaré mañana.

—¡Al diablo contigo! —vociferaron los otros—. Eso es de lo más sucio: imagínate que viniera la intervención y que te vieras obligado a disparar contra tu propia gente. A mí no me agarrarán firmando lo que me convierte en greaser.

—Eso es fácil de arreglar —expresó el mayor—. Cuando vuelva a los Estados Unidos, mi verdadero nombre se quedará enterrado aquí. Y nada más permaneceré hasta que junte bastante dinero para que cuando regrese a Georgia pueda montar allá una fábrica donde solamente ponga a trabajar a menores.

El otro mozalbete rompió a llorar súbitamente.

—Me pegaron en el brazo en Ojinaga —dijo sollozando— y ahora me corren así, como estoy, sin dinero, y no podré trabajar. Cuando llegue a El Paso me encerrarán y tendré que escribir a mi padre para que vaya a sacarme y me lleve de nuevo a California. Me escapé el año pasado —explicó.

—Escuchen todos —dije a mi vez—. Les aconsejo que no se queden aquí, si Villa no quiere americanos en sus filas. El hecho de que llegaran a ser ciudadanos mexicanos, no los beneficiaría si la intervención sobreviniera.

—Quizá tenga usted razón —dijo el mayor, ceñudo—. ¡Caramba! ¡Deja de lloriquear, Jack!... Sí, quizá me vaya para Galveston; puede ser que allí encuentre un barco que me lleve a Suramérica. Dicen que en Perú está empezando una revolución.

El soldado tendría unos 30 años de edad; el irlandés, 25. Las edades de los otros fluctuaban entre los 16 y los 18 años.

—¿Para qué vinieron a México? —pregunté.

—En busca de emociones —contestaron el soldado y el irlandés, con amplia sonrisa. Los otros tres muchachos me miraron fija, penetrantemente; sus fisonomías revelaban hambre, penas—. ¡Botín! —exclamaron simultáneamente.

Mi mirada abarcó su indumentaria andrajosa, y también, los nutridos grupos de voluntarios harapientos que desfilaban ordenadamente, en torno a la plaza: éstos no habían recibido paga alguna durante meses. Dominé un violento impulso de gritar con vibrante euforia: “¡Pobres, mal ajustados en un país lleno de pasión, que desprecian la causa por la que han venido peleando y que maldicen la alegría de un pueblo circundado de pobreza, al cual nunca podrían comprender!”

En el momento de desprenderme del grupo, interrogué:

—A propósito: ¿a cuál compañía pertenecían ustedes?, ¿qué nombre se adjudicaron?

El pelirrojo contestó:

—“La Legión Extranjera.”

## II. PEONES

**(En camino, rumbo a Jiménez)**

Nos adentramos en un ondulante desierto de colinas arenosas que se desplegaban en llanuras sin fin, cubiertas de mezquite negro, con uno que otro cacto. La noche nos arropó al bajar del cenit sin una nube, mientras la línea del horizonte aún estaba luminosa, clara. Y cuando la luz del día se apagó por completo, las estrellas reventaron en la cúpula del cielo, como fuegos artificiales.

Hacia medianoche, descubrimos que el camino que habíamos seguido venía a perderse en un tupido macizo de mezquital. En alguna parte nos habíamos salido del camino real. Las mulas estaban exhaustas. No quedaba otra alternativa que acampar en tierra seca.

Cuando terminamos de quitar los arneses a las mulas, de alimentarlas, en el momento de encender nuestra fogata, oímos ruido de pasos cautelosos que venían de lo denso del chaparral.

—¡Quién vive! —gritó Antonio.

Se escuchó un tenue triscar en el matorral y, luego, una voz:

—¿De qué bando son ustedes?

—Maderistas —contestó Antonio—. Pasen.

Dos vagas sombras se dibujaron en el filo del resplandor de nuestra fogata, sin el menor ruido: dos peones. Los vimos al acercarse, bien embozados en sus sarapes. Uno de ellos era viejo, encorvado; de piel arrugada, calzaba huaraches de fabricación casera; su pantalón, en jirones, caía sobre las enflaquecidas piernas. El otro era un joven muy alto, descalzo. Cordiales, irradiando calor de sol amable, curiosos como niños, vinieron hacia nosotros tendiéndonos las manos. Estrechamos sus diestras, sucesivamente, acogiéndolos dentro de la más

refinada cortesía mexicana.

Al principio, los recién llegados, de la manera más política, rehusaron nuestra invitación a comer algo. Después de mucho insistir los persuadimos y, finalmente, aceptaron unas cuantas tortillas con chile. Cómico, y a la vez lastimero, fue para nosotros ver que, pese a lo hambrientos que estaban, hacían grandes esfuerzos por disimularlo.

Al terminar la comida, nuestros amigos nos trajeron un balde de agua, que mucho agradecimos, y allí se quedaron fumando cigarrillos que les habíamos obsequiado, mientras acercaban sus manos al fuego. Recuerdo cómo sus sarapes les colgaban de los hombros, bien abiertos para que el generoso calor acariciara sus delgados cuerpos. ¡Y de qué modo el radiante resplandor de la fogata se reflejaba en las huesudas manos del viejo y cómo hacía resaltar su apergaminada tez, al mismo tiempo que iluminaba el fuerte cuello y los apasionados ojos del joven! De súbito, pude concebir a estos dos seres humanos como símbolos de México: afectuosos, corteses, pacientes, pobres, tanto tiempo esclavos, pletóricos de ensueños y rumbo hacia una liberación.

—Cuando divisamos el carro de ustedes y notamos que se dirigía hacia acá —nos dijo el viejo, con una sonrisa—, se nos fue la respiración. Creíamos que podrían ser federales que vendrían a despojarnos de las pocas cabras que nos quedan. ¡Tantos soldados han venido estos últimos años! ¡Tantos! Son los que más perjuicios causan; los maderistas no caen por aquí, a menos que tengan hambre. ¡Pobres maderistas!

—¡Ay! —dijo el joven—, mi hermano, a quien yo tanto quería, murió en el combate de Torreón, que duró once días. Miles han muerto en México; más miles todavía seguirán cayendo. ¡Van tres años! Una guerra larga... ¡muy larga!

El viejo murmuró:

—¡Válgame Dios!

—Pero vendrá un día... —dijo el joven.

—Se dice —observó el viejo, con voz trémula— que los Estados Unidos del Norte codician nuestro país, y que, al fin de cuentas, los soldados gringos vendrán. Seguramente se llevarán mis cabras.

—Los americanos ricos quieren robarnos —opinó el joven—, de igual modo que los mexicanos ricos quieren robarnos.

Un escalofrío estremeció al viejo e hizo que acercara un poco más su enjuto cuerpo a la lumbre.

Varias veces he pensado —dijo— ¿por qué será que el rico, que tanto tiene ya, quisiera seguir acumulando más y más? Y el pobre, que nada tiene, ¿se conforma con tan poquito! Nada más unas cuantas cabras.

Su compadre, el joven, alzó el mentón con aire de nobleza y nos dirigió una sonrisa apacible.

—Nunca he salido de aquí, de mi tierrita... ni siquiera he ido a Jiménez —dijo—. Pero he oído que hay muchas tierras de las ricas, al sur y al oriente. Esta tierra, sin embargo, es la mía, y yo la amo. Durante toda mi vida, y la de mi padre, y la de mi abuelo, el rico ha amontonado todo el maíz y lo ha retenido para sí, en sus puños bien cerrados, sin que llegara a nuestras bocas. Y únicamente la sangre hará abrir sus dedos, para ayudar a sus hermanos.

El fuego se extinguió.

## LOS DERECHOS DE LAS NACIONES PEQUEÑAS

ESTABA en espera de que visaran mi pasaporte en el Consulado de Bulgaria, en Bucarest, cuando Frank se presentó allí también, con idéntico propósito. Advertí al momento que un americano se hallaba frente a mí. Las mareas de la inmigración habían lavado su sangre y los hermanos Leyendecker ciertamente habían influido en la configuración de su nariz y de su maxilar inferior: su mirada y su porte eran firmes y sin deformar: era rubio, rebosaba salud; lo que se llama bien plantado. Dentro de su traje de imitación tweed, al cual los sastres rumanos imprimen corte inglés, el aspecto de Frank era el de un velocista universitario todavía en forma; su cuerpo estaba constituido anatómicamente como el de un animal salvaje.

Por instinto puramente animal —que no era observador— Frank, a su vez, descubrió en mí a un paisano y dijo: “Hello”, con ese tono de superioridad que un anglosajón asume cuando saluda por vez primera a otro, en presencia de personas de otras razas a las que invariablemente considera inferiores. Era comunicativo y se veía que había permanecido lejos de su tierra por largo tiempo, para recelar de los americanos.

—Si pudiese usted partir para Sofía, en el tren de la una y media —me dijo—, podríamos viajar juntos... ¿Qué le parece? —por dos años Frank había trabajado con la Ruman-American Oil Co., una subsidiaria de la Standard Oil, en sus campos petrolíferos cercanos a Ploeshti. Al descender juntos por las escaleras, al piso de la calle, el nuevo conocido me informó que se dirigía a Inglaterra, con el propósito de alistarse en su ejército y combatir.

—Pero, ¿por qué? —exclamé asombrado.

—Bueno —dijo Frank, con clara vehemencia, aunque parecía estar preocupado, a juzgar por sus turbados ojos. Movi6 la cabeza y prosiguió—: hay bastantes ingleses en Ploeshti. Ellos me han tenido al tanto de todo. Y no me importa. Quizá sea necio de mi parte, como algunos lo comentan en el campamento; mas no puedo evitarlo: tengo que ir a pelear. Fue una cochinada violar la neutralidad de Bélgica.



—¿La neutralidad de Bélgica? —dije sobrecogido ante las posibilidades del género humano, en el terreno de lo absurdo.

—Sí —dijo apresurado Frank—. Me irrita pensar en un país pequeño como Bélgica y una poderosa nación como Alemania. ¡Algo indecente! Ahora Inglaterra pelea en defensa de los derechos de las naciones pequeñas. Nadie, creo yo, puede mantenerse al margen.

Horas más tarde lo vi en los andenes del ferrocarril: hablaba con una joven rubia, delgada, modesta, con vestido de tela amarilla de algodón. Lloraba y simultáneamente se polveaba la nariz.

Él estaba irritado: escupía sus palabras como lo haría un hombre rudo, al reñir a su perro, a su criada o a su mujer. La muchacha lloraba monótonamente. De cuando en cuando, se atrevía a tocarlo con timidez; pero él rechazaba su mano con dureza.

Al verme, él abandonó a su amiga bruscamente y vino hacia mí cariacontecido; sin duda, a la vez se hallaba furioso y preocupado:

—Estaré con usted en cuanto pueda sacudirme a esa maldita mujer. Nunca pueden dejar en paz a uno ¿verdad? —me dijo.

Brutalmente masculino, encendió un cigarrillo y contoneándose tornó con la chica, quien en tanto miraba la vía del tren mordía desesperadamente su pañuelito y procuraba dominarse. Los tacones de sus zapatillas eran exageradamente altos, según la moda de ese año entre las trotacalles rumanas; llevaba un bolsopulsera. Todo en ella era desaliño. Sus juveniles senos, anémicos, apenas dibujaban un busto plano; apelmazado cabello, muy delgado, era mortecino y opaco.

Comprendí que solamente para una mujer tan poco atractiva como ella, fuera difícil subsistir en Bucarest, ciudad que presumía de tener el mayor número de prostitutas por machómetro cuadrado en el mundo.

Los ojos, involuntariamente, dieron un rápido giro, y se clavaron en ese rostro. Y empezó a temblar. Frank, de mal modo, metió la mano en uno de sus bolsillos; sacó un fajo de billetes de banco y apartó dos de ellos. La mujer se puso rígida, lívida; sus ojos flameaban. La mano que él tendía, al ofrecer los dos billetes, era como una pistola cargada. De pronto, ante el punzante latigazo, el rojo opaco de

su epidermis subió a las mejillas de la mujer, quien agarró con fuerza la limosna y rompió a sollozar convulsamente. Después de todo, tenía que vivir.

Mi compatriota me dirigió una mirada que reflejaba desesperación, sin dejar de ser cómica. Con otra, muy distinta, quiso fulminar a la chica:

—¿Qué más quieres? ¡Dime! —la conminó en rumano, con acento desagradable—. ¡Yo no te debo nada! ¿Por qué haces tanto escándalo con esos sollozos? Ahora, vete a casa. ¡Adiós! —y alejó a la muchacha, con torpe, amortiguado empujón. Ella dio dos o tres pasos y se detuvo, como si no pudiera ir más lejos. Entonces, quizá al recordar algo, por instinto, él tuvo un impulso de comprensión: colocó sus manos sobre los hombros de la joven y la besó en la boca.

—¡Adiós!— balbuceó ella, y echó a correr.

Resoplando, el tren caminaba hacia el sur por candentes llanuras y poblachos con chozas de adobe y techumbres de paja mugrosa. En estaciones minúsculas hacía largas paradas: abundaban hambrientos campesinos, dóciles, angulosos, que dirigían miradas vacías al convoy. La regia, febril blancura de Bucarest se desvanecía para fundirse, bruscamente, en un mundo de desaliento y miseria.

—Yo no entiendo a las mujeres —empezó a decirme Frank—. Cuando ya nada atrae en alguna, no hay modo de romper con ella. Mire, esa muchacha vivió conmigo unos nueve meses. Le di buena casa; tuvo comida mejor que nunca en su vida, y dinero. En vestidos, sombreros y estampillas de correo, se me fueron cerca de ciento cincuenta dólares. Cualquiera pensaría que estaba agradecida. Pues no. Cuando ya me cansé de ella, se imaginó que tenía derecho de hipoteca sobre la propiedad, o algo así, porque me anunció que no se iría. Empezó a enviarme cartas y recaditos de desventura: todo para sacarme dinero. No caí en su juego. ¡No soy tan torpe! Esta mañana, cuando yo iba a tomar el tren, me topé con ella. Y no me la pude sacudir ¡tan llorona!...

—¿Dónde la conoció? —pregunté.

—¿A esa muchacha? Pues como a todas ellas. La recogí un día, en la calle, en Ploeshti. ¡Le apuesto que nunca había estado con otro hombre! Con lo peligroso que resulta —me miró. Un vago complejo de culpa le sugirió el deseo de justificarse—. En los campos petrolíferos, ¿sabe usted?, a cada empleado le dan su casa. Por supuesto que uno ve la necesidad de tener comida y ropa limpia.

Alguien debe asear y mantener en orden todo. Así, cada quien consigue su muchacha, para que cocine, lave y tenga siempre arreglada la casa. En fin, que viva con uno, y no es fácil lograrlo. Yo probé tres. Otros individuos, hasta seis u ocho. Las reciben, las calan y las botan.

”¿Pagarles? ¿Quién piensa en eso? En primer lugar, la mujer vive con usted, ¿no? Tiene casa y comida. Y usted le compra ropa. ¡Nada de sueldo! Podrían esfumarse con el dinero. No. Para que vayan derecho, hay que hacer lo que le digo. Y, si no lo obedecen, escatime la ropa.”

Quise averiguar si algunos de estos ménages perduraban:

—Bueno —dijo Frank—, allí tiene usted a Jordan. La casa más bonita del campamento es la de él. ¡Vale la pena verla! Pero, claro, Jordan vive una vida solitaria, porque únicamente los solteros lo visitan. De cuando en cuando, lo va a ver un amigo casado; pero nunca acompañado de su esposa. Jordan ha vivido once años con la misma mujer; una chica rumana, a quien se agenció como todos lo hacemos. Y por supuesto, nadie quiere meterse con él.

”Conste que es el más listo de todos los empleados de la compañía. Pero ¿cómo puede esperar que se le ascienda, mientras lleve esa vida? Un funcionario de altura, en la empresa, tiene que descollar socialmente. ¿No? Jordan sigue en el mismo puesto, años y años, mientras otros que no tienen ni la cuarta parte de su capacidad, lo han pasado, al colocarse arriba de él.”

—¿Por qué no se casa Jordan con esa mujer? —inquirí.

—¿Qué? —dijo Frank asombrado—. ¡Con esa mujer! ¿Después de que ha vivido con ella durante todos esos años? Nadie se le acercaría. ¡No es una mujer decente!

—Y por lo que se refiere a usted —volví a interrogar—, ¿no entra en sus futuros propósitos vivir con una mujer?

—¡Oh, no! Eso es diferente. Todo el mundo acepta que lo que hacemos está bien hecho; mientras no exhibamos a nuestras chicas en público: somos jóvenes. Hasta que no se llegue a los treinta años, nadie espera que se case. Yo tengo veinticinco...

—Así es que en cinco años...

Él asintió con su rubia cabeza:

—Para entonces, empezaré a pensar en conseguir una esposa. Pero eso no es sino un negocio. No hay por qué apresurarse; un varón necesita mujer, una que otra vez. Ya se sabe. Pero no es forzoso que uno se amarre; a menos que se pueda sacar partido del asunto. La muchacha que yo escoja tendrá que ser muy bonita y sin nada de escándalo en su pasado. Y, también, con prestigio social, que me ayude en el trabajo. En el sur las hay con esos requisitos. No me hará falta su dinero, porque dentro de un par de años tendré buen sueldo; pues si la mujer de uno viene con buena dote, lo más probable es que haga lo que se le antoje. ¿No lo cree usted?

—Me parece que es infame ese modo de ver las cosas —exclamé irritado—. Mire usted —proseguí—: si yo viviera con una mujer, casado o no, esa mujer estaría junto a mí en condiciones iguales, en lo económico y desde cualquier otro aspecto —Frank rió—. Ahora, por lo que respecta a sus planes de matrimonio, ¿cómo podría usted casarse con una chica a la que no ama?

—¡Oh, el amor! —Frank se encogió de hombros, burlón, y miró a lo lejos, por la ventanilla—. Vamos... ¡qué diablo! Si se va usted a poner sentimental...

## LO QUE DEBA HACERSE

VENÍA yo de la costa del Pacífico en el Lucullus Limited que, como usted sabe, es motivo de orgullo de un gran sistema ferrocarrilero, además del juguete de sus pujantes consejeros. Cada viaje del Lucullus representa un inmenso gasto, pues proporciona todas las comodidades de un hotel y de un club: peluquería, ducha, estenógrafa, aspiradoras eléctricas, periódicos, revistas y té en el carro-observatorio. Alrededor de las cuatro treinta de la tarde, un cuerpo de meseros de color, con gran aparato, introduce en hombros las teteras y tazas, para la ceremonia. Se presentan algunas doncellas y piden a la atemorizada esposa de un ganadero próspero que se sirva presidir el rito de verter el líquido en las tazas a perfectos desconocidos. La señora deja escapar un “¡Pero cómo!” y se esfuma. El marido que, en mangas de camisa, ha estado roncando —con los niños que se dan el gusto de restirar y soltar sonoramente las ligas de sus mangas—, despierta y, como puede, se mete el saco y encabeza a su prole, para dirigirse atropelladamente al compartimiento-fumador. Ahora los pulidos meseros se topan con la presidenta del Club de Mujeres de Willow City, Wyoming, quien nerviosa se pone a la altura de las circunstancias y dirige la mirada al azar hasta el extremo del carro, donde está un cowboy en ropa dominguera. Ella alza la voz y pregunta: “¿Crema o limón?” En vano el chico trata de responder y, por fin, logra balbucear: “Creo que yo... no voy a querer nada”. Indignados, los espíritus refinados y gentiles vienen al rescate: es un placer observar cómo ponen en juego las florituras de su rito social, con esos ostentosos modales que constituyen toda una repulsa para los no iniciados. Unidos por el lazo de una civilización superior y sin esfuerzo alguno de inteligencia, los bebedores de té se enfrascan al momento en animada charla, como si estuviese cada quien en la sala de su propio domicilio. Desde ese instante las fronteras sociales quedan bien definidas, y todos los que hayan pasado la prueba airosamente, podrán establecer relaciones dentro de su clase.

Así fue como advertí la presencia del inglés. De acuerdo con lo normal, sólo unos cuantos valientes se arriesgan en lo del té, porque los americanos somos gente incivilizada que teme al ridículo; y mientras más al Oeste vaya uno, más tímidos resultan. Sin embargo, aquella tarde, salvados los difíciles preliminares, la esposa de un oficial retirado del ejército aceptó por fin su responsabilidad en

esos ceremoniosos momentos; el joven dejó a un lado su revista y quedó, aburrido, a la expectativa. Guapo joven, el inglés: piel tersa y buen color, bien cuidado el clásico bigote, ropa magistralmente cortada que lucía con exquisitez, y zapatos que, como característica, le quedaban grandes; típico, inobjetable, correcto.

La esposa del oficial retirado lo interrogó con la mirada:

—¿Uno o dos terrones? ¿Crema?

Los cresos ganaderos, señores de vastos trigales; sus esposas, sus hijos; los cowboys, los agentes viajeros, todos, enfocaron su atención en el inglés, boquiabiertos, concentrados: no querían perder palabra. Era extrema su curiosidad por saber qué se debe contestar en tales circunstancias.

—Gracias —dijo el inglés, sin la más leve expresión en su rostro o en su voz—: un terrón; crema, por favor.

Del público brotó un murmullo de alivio y de admiración: por fin podían liberar su aliento; uno que otro atemorizado chiquillo lanzó en pucheros su emoción. Los marginados se sentían un poco de trop, pero persistieron en quedarse para observar qué haría el inglés con su té, en cuanto se le sirviese. Después de eso, se perdieron por los pasillos o se fueron rumbo a la plataforma de observación: dejaban el lugar a los elegidos, quienes, gracias al ejemplo del inglés, ahora ya formaban un grupito de algo así como ocho personas.

La esposa del oficial retirado manifestó su aprobación, sin reservas, de la magnífica actuación del inglés. Yo estoy seguro de que el hombre no tenía la menor idea de que hubiese actuado para complacer a nadie. No: había tomado té como algo que formaba parte de la inmutable ley de su universo.

Después lo vi varias veces. No hablaba casi con nadie, parecía que no necesitaba camaradería, como los demás. No era porque ignorase cómo disfrutar de compañía porque se sintiese socialmente superior: simplemente estaba satisfecho consigo mismo, de modo perfecto y cabal. Leía muy poco: no tenía qué leer. Se arrellanaba en el compartimiento-fumador horas y horas; fumaba en pipa, y rumiaba sus ideas.

Cuando llegábamos a cruzarnos en los pasillos del tren o al caminar a lo largo de los andenes en las estaciones, se quitaba la pipa de la boca, movía su cabeza

diagonalmente y soltaba un: “Buenos días”. Después de dos o tres días de viaje, lo sorprendí conversando con la mujer del oficial retirado, con quien el inglés podía platicar porque la había conocido en su plano social.

—¿De qué habla? —pregunté, curioso, a la dama.

—¡Oh, de cricket y de Suiza! —exclamó la señora, en éxtasis—. He estado en Suiza sólo una vez; pero me deleita oírlo pronunciar sus palabras. ¡Y es tan sedante! Usted siempre sabe lo que va a decir en seguida.

No dejó de sorprenderme que el joven hablase de Suiza, porque no es de buen gusto que un inglés mencione los lugares donde ha estado y la gente que conoce; ni, tampoco, que hable de algo que huela a pura teoría. Realmente es muy poco lo que un inglés cultivado puede discutir con cualquier extraño, sin que pierda dignidad, a excepción del tiempo.

Pero en el compartimiento-fumador, especialmente el compartimiento-fumador de un tren de la categoría del Lucullus Limited, hay ocasiones en que un inglés se ablanda y entrega, al grado de expresar su opinión sobre asuntos que únicamente él entiende. Así es que una noche le lancé algunas preguntas sobre la gran guerra europea, a la que Inglaterra acababa de lanzarse.

—¿Cuál es la causa de la guerra? —le pregunté.

El inglés me miró fríamente, como para cerciorarse de mi nivel social:

—No tengo la idea más remota —dijo al fin, con indiferencia.

Me atreví a aventurar la opinión de que, en el fondo, era una lucha entre los eslavos y los teutones por la supremacía en Europa. El individuo movió la cabeza y esbozó una sonrisa:

—La guerra, señor —explicó gentilmente—, es entre Austria y Serbia.

—Pero es evidente —dije— que Rusia está detrás de Serbia y que Alemania ayuda a Austria.

—Eso se debe completamente al hecho de que algunas naciones europeas son lo bastante honorables para cumplir sus promesas.

Quedé perplejo unos momentos: ¿qué, acaso, sus palabras encerraban cierta sutileza que yo no alcanzaba a penetrar?

—¿Y la postura de Inglaterra, con respecto a Bélgica?

—Se vio forzada a entrar a la contienda porque la actitud de Alemania al atacar a Bélgica constituía una amenaza para Francia.

—¿Y, de paso, para ella misma?

—No, en lo más mínimo.

Y no dijo más.

Miré a mi inglés con sorpresa:

—Pero es que yo me refiero a las causas fundamentales de la guerra.

—Más allá de lo que he dicho, no existe ninguna —continuó, tranquilo.

—Pero, ¿en qué se basaba el tratado que garantizaba la neutralidad de Bélgica?

—¿Tratado? —exclamó el inglés—. Pamplinas: no hay tratado alguno. Inglaterra no hace tratados. Seguramente no es posible creer que aun un americano pueda ser tan inocente que suponga que hay entendimientos entre las potencias europeas que no sean convenios secretos.

—¡Muy bien! —grité impaciente—; pero ¿qué significa ese tipo de convenios? ¿Qué es lo que hay en el fondo de eso?

—Política extranjera —fue la extraordinaria respuesta—. No está dentro de mi especialidad. Así es que no tengo la menor idea. Especulaciones teóricas y cosas por el estilo.

Con aire de superioridad, el inglés, meditativo, miró en lontananza a través de la ventanilla del compartimiento.

—Pero ¿no cree usted que, como resultado de esta guerra, puedan surgir protestas y levantamientos populares?

—No lo creo.



—Con lo fuertes que están los elementos revolucionarios laboristas, que ya se han pronunciado en contra de la guerra, puede suponerse que al prolongarse ésta, el patriotismo de aquéllos podría agotarse.

—¿Un partido laborista en Europa? —la pregunta fue hecha con tal dosis de sorpresa y en forma tan despectiva, que repuse acalorado:

—¡En Inglaterra también! No están ustedes exentos del peligro de una revolución, si Inglaterra se mezcla o se deja arrastrar, como lo está siendo, a esta guerra ofensiva.

—Necedades —replicó el inglés, altisonante, como cuando se reprende a un menor—. Evidentemente usted no conoce a mi país. Le ruego que guarde sus especulaciones para el suyo.

—¿No recuerda usted sus huelgas, la carbonífera y la de ferrocarriles?  
¡Seguramente hasta un muchacho de primaria y quien sólo haya pasado por Oxford puede ser tan obtuso que se rehúse a ver los signos de los tiempos!

—Cambridge —repuso sin encono—. Acontece que me tocó ocupar mi puesto en ambas huelgas.

—¿Policía? —pregunté.

—¡No! —dijo con mirada de reproche—. ¡No! Teniente en el Cuerpo de los Dominios Territoriales, por supuesto.

—¿Y qué, no se percató usted de los sentimientos de esos huelguistas?

—No; nada noté, excepto que nos sobrepasaban aplastantemente en número: cien por cada uno de nosotros y eran unos cobardes; tenían miedo de pelear, y, además, usted sabe que las revoluciones se suscitan sólo en los pueblos oprimidos.

—¿Sí? —dije.

—Y nuestros trabajadores británicos no son víctimas de opresiones. Están espléndidamente pagados, para ser de su clase.

Sin interrupción, placenteramente, continuaba fumando la pipa de su raza y

nivel:

—Usted —dije, al ocurrírseme algo—, ¿usted, por casualidad, se dirige ahora a Inglaterra, para ingresar en su ejército?

—¡Sí! —contestó.

No me lo hubiera dicho nunca espontáneamente. Pude notar, sin embargo, que no le había disgustado que yo lo descubriera.

—¿Y qué ideas tiene usted acerca de pelear?

—No oí bien —exclamó francamente sorprendido.

—¿Por qué quiere usted pelear contra los alemanes? ¿Será acaso por la simpatía que profesa a los franceses?

—¡Qué extraordinario es que haga usted esa pregunta a un inglés! ¡Increíble! ¿Simpatía hacia los franceses? Por Dios, ¡no!

—Entonces, ¿por qué? ¿Odio a los alemanes?

—Enfáticamente, ¡no! Los alemanes me caen muy bien. Yo peleo, porque... bueno, porque mis antepasados han estado en el ejército.

Después de eso, calló. No pude sacarle nada durante el resto del viaje, excepto corteses monosílabos. Se convenció, de seguro, de que se había excedido al traspasar los límites del buen gusto y revelarme algo de sí.

En cuanto a la opinión del inglés sobre mi persona, la esposa del oficial retirado me dijo que nuestro amigo le había preguntado si yo era realmente un caballero.

Nos separamos en Chicago: concentró su esfuerzo en conseguir su pasaje hasta Inglaterra. Lucía esplendorosamente, conforme se alejaba de nosotros, mientras caminaba a lo largo de los andenes, la manifestación máxima de la masculinidad inglesa, la quintaesencia de su clase: ese conglomerado que se ha establecido como el imperio más grande que ha visto el mundo, sin la menor idea de lo que realizaba. Se marchó hacia su gloria o su tumba; sin miedo, afable y sin emoción alguna: setenta y dos kilos y medio de sólida osamenta, músculo firme y gentil sangre; el interior de su cabeza como salón de primera, de la época de la reina

Victoria: pletórico de baratijas y afelpados muebles, con los visillos bajados. Y yo tuve la maligna idea repentina de que, tal vez, el espíritu que había conquistado a la India era el mismo que estaba dispuesto a ir a través de sangre y fuego, para darse un baño helado por la mañana, porque eso era lo que debía hacerse.

1916

## EL JEFE DE FAMILIA

EN LA plataforma del carro-observatorio venía yo sentado junto a un hombrecillo pechugón, de verdes ojos saltones y mentón retraído. Llevaba un traje “Pacific Coast”, de los que hacen en serie; zapatos trompudos y bombín de ala muy angosta —moda 1913—, del que salían mechones de pelo delgado y lacio. Todo él, imagen viva del desaliño y el fracaso. El efecto se intensificaba, para mí, con un cordial gesto:

—Dispense usted —dijo, con exagerada claridad que envolvía en aliento de whisky—. Perdone la pregunta; pero, por casualidad, ¿podría usted informarme cuándo zarpa de Nueva York el barco de la Cunard?

—No lo sé.

—Extraordinario —musitó—. Demasiado peculiar: antes se publicaban las salidas de la Cunard y de la White Star, en el Examiner, de San Francisco; pero, en las tres semanas últimas, ni una palabra. Posiblemente... —recorrió con la vista en torno y me miró con ansiedad— posiblemente, Hearst haya prohibido las inserciones en sus periódicos, por ser germanófilo ¿no?, o quizá las compañías hayan retirado sus avisos, o anuncios, como ustedes dicen —sonrió entre cortés y malicioso—: Civis Romanus sum.

—¿De Cambridge? —le pregunté—. Sin duda, porque allí es el único lugar donde se enseña esa clase de latín.

Evidentemente complacido, respondió:

—Sí, me gradué en Christ’s.

—¿Regresa a Inglaterra? —asintió, con una inclinación—. ¿A pelear?

—Sí, es decir, pertenezco al Real Cuerpo Médico del Ejército. Soy doctor —masculló al desgaire y tartamudeó—: no podía aguantar más; usted me comprende. Mis dos hermanos están en el frente: Hubert ya fue herido. Y yo soy el mayor. No me decidí fácilmente. Por aquí tengo una carta —barajó papeles y

tarjetas sin encontrarla y murmuró vagamente—: ¡Qué diablos! No importa. El hecho es que escribí a mi antiguo tutor, se apellida Sargent, para pedir su opinión y consejo. Su respuesta fue: “Abandona todo y regresa en el acto; Inglaterra necesita a todos”. ¡Y aquí voy!

Tuve la impresión de que solicitaba mi punto de vista:

—Por supuesto —dije—, tal es su sentir... ¿Casado?

—Sí.

—¿Hijos?

—¿Hijos? —repitió como un eco. Y sonrió, indeciso—. No, gracias a Dios. No llega hasta allí mi maldad. No habrá sucesión de mi jaez —con desazón posó la mirada en sus inseguras manos.

No había comentario que hacer. Permanecemos en silencio, mientras abajo de nosotros y ante nuestros ojos se deslizaban los brillantes rieles y el frío desierto se extendía interminable, sin fuego, bajo el cielo mortecino.

—¿Lleva usted mucho tiempo en los Estados Unidos? —acabé por preguntar.

—No lo recuerdo bien. Creo que dos años y medio. He visitado todo el país, en busca de un sitio donde radicarme. Y finalmente me trasladé a California. Trabajé como médico en una compañía maderera —se detuvo—. ¡Santo cielo! ¿Por qué he de decirle todas estas cosas? Le aseguro que habría permanecido callado, si no hubiera ingerido antes dos fajos de whisky —hizo un alto y prosiguió con voz pausada—: Tengo diplomas de Cambridge y de la Universidad de Londres. ¡Para venir a parar en médico de un aserradero!

Yo, criado en una costa del Oeste, pude apreciar en toda su trascendencia lo que acababa de escuchar.

El doctor de una maderera equivale al médico de barco en el río Fall o al que trabaje todo el tiempo como residente en un hotel que opere bajo la Ley Raines, y no le paga la compañía por nómina, sino que lo remunera con base en un dólar mensual por cada trabajador, dólar que se deduce del salario del empleado, y el “doc” debe suministrar medicamentos, gasas y vendajes. Los trabajadores de aserradero están rodeados de peligros, y las compañías que explotan el negocio

toman precauciones mínimas para evitar accidentes. Un doctor conocido mío abandonó la plaza, después de tres meses de servicios, con una deuda que ascendía a algo así como cuatrocientos dólares. Ningún médico que se considere persona decente y que esté en sus cabales acepta un empleo en una compañía maderera.

—Cuando todo esto llegue a su fin —reanudó el doctor, a modo de que nuevas ideas ocuparan su pensamiento y colorearan sus mejillas— habrá una nueva placa de latón en la banca reservada para la familia, en la iglesia de Ansingham. Puedo, ahora, verlas completas:

Roger Lewellyn, muerto en acción  
a bordo del Victory, cañonero de Su Majestad,  
en Trafalgar, 1805.

Capitán Thomas Lewellyn: murió  
por heridas recibidas en Sebastopol,  
1856.

Trevor Lewellyn, muerto en acción,  
Ladysmith, 1900.

”Y, después... —dejó caer ambas manos, en brusca efusividad sobre mis hombros, flameantes los ojos y con un golpe de voz como una clarinada— esta nueva placa, la cuarta:

Mortimer Lewellyn, del Cuerpo Médico  
del Ejército Real, muerto en servicio activo,  
Flandes, 1916.

”Veo a mi padre que entra en la iglesia, ruidoso, los domingos por la mañana, y minutos después, el jefe de la familia Lewellyn, en la iglesia de la familia Lewellyn. El cura, respetuosamente, suspende la lectura hasta que mi padre toma asiento; y mi padre pasea su mirada por cada una de las pulidas placas de latón que rememoran a nuestros guerreros muertos por la patria, hasta que sus ojos se posan en ‘Mortimer Lewellyn’. Toda la línea inmaculadamente limpia: ¿verdad?” —enjugó el sudor que cubría su frente.

—¿Y su esposa? —le pregunté—. Será duro para ella que usted se marche.

El hombrecillo se encogió de hombros:

—¿Por qué podría causarle pena que yo muriese? —preguntó gesticulando con amargura—. Tiene suficiente dinero para pagar la renta durante tres meses. Para entonces, ya empezaría a recibir su pensión. ¡Oh, no hay duda de que muchas cosas se arreglarían! Cesarían las infames preocupaciones. Nada podría ponernos en evidencia. Ya no tendría que guardar las apariencias. ¡Cómo hemos sufrido estos tres años! ¡Dios mío! Eso no es vivir —meditó antes de continuar—: Mi mujer dice que todo fue un fracaso. ¡Es tan difícil poner en claro, después, si uno tenía razón, o no, en esto o en aquello! Si yo tuviese que recorrer de nuevo el camino... Me entran dudas.

—Es perder el tiempo, hundirse en lamentaciones por lo que ya está hecho —me aventuré a decir, sin comprender.

Él ni siquiera pareció oírme:

—Ella es hija de un ganadero de Devon, ¿se da usted cuenta? Mi familia no podía permitir eso. Yo soy el mayor de los hijos. Y alguna vez sería jefe de la familia. De modo que... —al llegar a este punto, la miserable alma torcida del hombrecillo asomó por sus ojos— nos vinimos a vivir a los Estados Unidos. Así es que ahora yo regreso a casa; ¿me entiende usted?

—No, no lo entiendo —exclamé irritado, aunque entendía las cosas demasiado bien—. Ya rompió usted ese cerco infernal de los intereses creados —continué—: ¿por qué no llega hasta el final del camino? Instale usted su nuevo hogar aquí y, si necesario fuese, inicie una nueva cadena de tradición en el Nuevo Mundo ¡y deje que los apolillados andamiajes se hundan bajo las plantas de sus estultos prohombres!

El hombrecillo movió la cabeza y me dirigió una sonrisa burlona, con tristeza:

—Usted es americano y no puede entenderme. No, nunca podrá. Cuando llegué aquí, pensé que era libre. La guerra me sacudió. La guerra me hizo ver las cosas claras. Y, a la postre, comprendí que la familia era lo que verdaderamente importaba: lo llevamos en la sangre. No podemos escaparnos de esa realidad.

”Porque, sépalo usted, estamos limpios, inmaculados, sin deshonor alguno ¡y nos remontamos hasta el siglo catorce! En 1591, bajo la reina Isabel, Richard Lewellyn era alto comisionado de Anglesea, Lewellyn de Asingham. Mi padre también es Richard Lewellyn. Cuando le escribo, empiezo la carta así: ‘Richard Lewellyn, J. P. Carnarvonshire’. Eso es lo que somos en Inglaterra.”

—¿Por qué no lleva a su esposa consigo a Inglaterra?

Resintió la pregunta, pues se le estaban bajando los humos del alcohol. No obstante, me contestó:

—No teníamos dinero para comprar dos pasajes. Ni siquiera uno. Me he visto obligado a cablegrafiar a mi padre pidiéndole un pasaje para Liverpool. Y, aparte de eso, no podría llevarla a Ansingham. ¿Podría enviarla con sus padres a Devonshire y escurrirme solo en mi casa? ¡No puedo hacerlo! —irguió la cabeza con orgullo y, de pronto, me dedicó una frígida semiinclinación—. Disculpe usted mi imperdonable mal gusto —dijo. Y se esfumó.

Varias veces volví a verlo, mientras recorría el tren de arriba abajo, o arrellanado en su asiento, con una revista médica en sus manos. Alcancé a ver el título del artículo que leía: “Patología de la cirugía de la guerra”. Aun en el carro pullman, caliente en exceso, Lewellyn no se despojaba de su ralo abrigo ni de su traqueteado bombín. No se afeitaba en varios días. Siempre que nuestras sendas se cruzaban, me saludaba con distante cortesía.

En una ocasión que pasé ante su asiento, le pregunté si no querría acompañarme



a almorzar en el coche-comedor:

—Gracias —contestó secamente—: iré más tarde.

Le hice la misma instancia a la hora de la cena:

—Lo siento de veras. Acabo de cenar —me respondió.

Pero nunca lo vi en el coche-comedor. Ahora sé que jamás estuvo allí. Dónde y cuándo comía es un misterio.

Esa noche el tren hizo una parada de diez minutos en Helena; yo la aproveché para dar unas vueltas rápidas por los andenes, que batía el viento invernal. Lewellyn también había salido a dar unos pasos. Nos cruzamos varias veces. Desapareció al poco tiempo. Cuando el tren partió, me metí en el carro-fumador y al primero que vi fue a Lewellyn. Estaba echado en el asiento lateral, cara al techo, a medias enfundado en su abrigo; el bombín en el piso; la boca abierta... y roncaba sonoramente. Una pinta de licor estaba a punto de resbalar de sus manos, por el trepidar del tren. Y un maloliente y viscoso hilillo de whisky le escurría de los labios.

Coloqué la botella en el anaquel y sacudí a Lewellyn hasta despertarlo.

—¡Pero qué diabl...! —inició la frase, repitió y luchó por sentarse—. Hola... holaholahola —me miró detenidamente, de arriba abajo. Sonrió con su característica mueca de pedir disculpas—. Vaya, bien sabía que era usted. Siéntese aquí. Pero ¡estoy atiborrado de whisky! ¿Eh?

—¿Cómo la va pasando el futuro jefe de la familia? —le pregunté con sorna.

—¡Oh, no puedo negar que me porto como un tío cualquiera! —exclamó, con un toque de irresponsable alegría—. Pero no tanto como a primera vista podría parecer. Hubert será el jefe de la familia. Hubert acierta a situarse siempre en su papel. ¿Sabe usted que ha dado palabra de casamiento a la honorable Lady Mary? Y, conforme se están ahora ordenando las cosas, cuando lleguen a pensar en mí no tendrán por qué permanecer callados. ¡No, amigo! —con una fuerte palmada que me dio en la espalda, Lewellyn prosiguió—: Nada impedirá que digan: ‘Mortimer fue el mayor de los hijos; pero murió en Flandes’. ¿Qué opina?

Por unos instantes permaneció con la mirada fija, como si imaginara cosas. Su

pequeño y animado rostro, de rasgos débiles, ojos saltones y cubierto de escasa y negra pelambre lacia, se había transfigurado.

—Llegaré a comer a casa, en Ansingham. Brooks, el viejo Brooks, cuyo padre fue mayordomo de mi abuelo, hará algunas muecas de alegría porque regreso al hogar. Únicamente mi padre y mi madre estarán allí. Puedo ver al viejo como si lo tuviera enfrente. No me preguntará por qué he vuelto. Simplemente me mirará, muy serio, fruncido el entrecejo, con las tupidas cejas. Mi madre, toda de negro, tomará su lugar en el otro extremo de la mesa, vacía la mirada y carente de expresión como la silla de respaldo de cuero que está allí. Puedo oír su voz que me dice pausada y tranquila: ‘Hubert está con su regimiento, en Salónica; Dick recibe instrucción en Whitechurch. ¿Qué vas a hacer tú, Mortimer?’ —al llegar a esto, Mortimer se puso de pie, en actitud de firmes. Su faz se tornó severa—. ¡Partiré mañana temprano, madre!

Y, sin decir una palabra más, el hombrecillo salió del carro-fumador dando traspiés. Poco más tarde encontré al porter del carro-dormitorio, quien, sonriente, ayudaba al conductor del servicio pullman a elevar a un cuerpo inerte hasta la cama alta que yo sabía era la de Lewellyn.

Las siguientes noches, de manera rutinaria y mientras duró el viaje, el doctor se embriagaba y no paraba de hablar. Así fue como concebí imágenes vívidas de la existencia que había conocido y amado: el banquete en Ansingham, cuando los jueces de Su Majestad fueron al condado para asistir a la Semana de los Assizes; cómo la madre de Mortimer visitaba a los vecinos enfermos de la villa, tal como lo había hecho una Chatelaine, en el Medievo; supe de la cerveza que cada 24 de diciembre corría a raudales en la cocina y de la bacanal de los huéspedes año tras año; de la existencia del Club de Graduados de Cambridge. Una vez Lewellyn narró inconexamente sus experiencias como interno en un hospital de Londres: francachelas con estudiantes de medicina; abundancia de whisky que produjo temblor en las manos ineptas para operar, con las consiguientes dificultades, tanto en el hospital como en su casa. Entonces acaeció su aventura amorosa, el suceso regenerador que iba a curar las heridas de su vida: parece que se asió al acontecimiento como si fuera su áncora de salvación en medio de su desolado vagabundeo. Fuerte oposición de la familia; la fuga con la amada... América. Hube de reunir los diversos trozos de esas confesiones fragmentarias, pues nunca hablaba con la debida coherencia. Pero presentaban la imagen integral exclusivamente impresionista de una existencia.

En Chicago tomamos trenes distintos para Nueva York, y lo perdí de vista.

Cinco días después, alguien llamó a mi puerta en Manhattan: era Lewellyn. Estaba bien rasurado; pero su bombín y su abrigo se hallaban aún más arruinados que antes, y el cuello de la camisa apenas conservaba rastros de su original blancura. Olía fuertemente a whisky.

—Dispénseme —dijo al entrar en mi habitación, con actitud de quien se excusa—. Recordará que, cuando me dio esta dirección en el tren, me dijo que en caso de que pudiera usted ayudarme...

—Pero yo entendí que usted iba a zarpar. Y ya han salido dos barcos.

—Sí; lo sé bien —contestó en forma vaga—; pero... vamos, me resulta un poco humillante... He enviado dos cables y no ha habido respuesta. ¿Ya habrá pasado el tiempo suficiente? ¿Usted qué cree?

Con toda la convicción que pude simular, aseguré al doctor que quizá las condiciones impuestas por la guerra tendían a demorar los cables. Y le pregunté qué podría hacer por él.

—Lamento molestarlo, ¡créamelo! —titubeó un momento—. Y quiero que sepa que en otras ocasiones jamás haría yo esto; pero usted, lo mismo que yo, es universitario, y eso nos coloca en un grupo aparte, algo así como si fuéramos hermanos, ¿verdad? Lo que necesito es enviar otro cable a mi padre; pero... pero... no estoy en condiciones de hacerlo... no puedo cubrir su importe: ¿sería usted tan bondadoso...?

Le prometí enviar el cable a su nombre. Se puso radiante:

—Gracias, infinitas gracias. Le pagaré; de eso puede usted estar seguro, cuando me llegue el dinero. Y aunque no llegara, de igual manera: he teleografiado a mi mujer que me mande veinte dólares del dinero que tiene para la renta.

—¿Y si no llegara nada? —opiné como un eco de sus palabras—. Pero, sin duda su padre...

—Podría fallarme, no crea usted —Lewellyn sonrió e hizo un movimiento con la

cabeza, dubitativamente—. Ese padre mío es raro, en verdad; algo fuera de serie. ¿Sabe usted que me echó de casa una vez? Todos en la familia somos así.

—¿Y qué haría usted, si no recibiera dinero de su papá? ¿Regresaría a California?

—¡No! —respondió Lewellyn con aire pensativo—. No; no lo creo. Preferiría permanecer aquí. He terminado con todo en California. Mi mujer estará mucho mejor sin mí.

—Pero ¿cómo podría usted quedarse aquí? Usted no tiene dinero. Debe comprender que tampoco tiene... —iba a decirle que tampoco tenía la menor oportunidad de encontrar empleo en Nueva York— Inglaterra podrá necesitar hasta el último de sus hombres; en cambio los Estados Unidos no.

—Una ciudad es tan buena como la otra... —aseveró Lewellyn, enigmático.

—Bueno, amigo... —nos despedimos con un apretón de manos— si tampoco recibe usted respuesta a este cable que vaya enviar, dígamelo. Quizá yo pudiera hacer algo...

Una semana después el correo me trajo un sobre que contenía un billete de cinco dólares, y nada más. Telefoneé a la compañía de vapores; pero ningún doctor Mortimer Lewellyn había tomado pasaje para Inglaterra... Finalmente, después de persistentes pesquisas, pude dar con el hotel de Lewellyn: una hospedería vieja y modesta, casi en el extremo sur de Manhattan, en donde paraban compradores al por mayor de prendas de vestir.

—¿Lewellyn? —el empleado se me quedó mirando, incrédulo—. ¿Pero ese tipo realmente es su amigo? No lo hemos visto en los últimos seis días; se fue sin pagar su cuenta. Aquí está su baúl, sí; pero sólo tiene camisas sucias.

Ahora estoy indeciso, pues no sé si debo escribir al hermano Hubert, futuro jefe de la familia Lewellyn, en Ansingham, Carnarvonshire, Inglaterra.

## EL CAPITALISTA

USTED sabe cómo se ve la Plaza Washington, en la brumosa humedad de las noches de noviembre. La atmósfera, gris, adquiere luminosidad matizada, que increíblemente suaviza las siluetas de los árboles y los barandales de hierro que cierran los extremos sombríos, y pone un halo de plata sobre cada globo del alumbrado eléctrico. Las rectas aceras de concreto parecen de ónix negro y sus tramos desiguales se enjoran con charquitos de acerada agua de lluvia. Imperceptible rocío llena el aire; las mejillas y el reverso de las manos se humedecen y enfrían. No obstante, usted puede dar tres vueltas alrededor de la plaza, sin mojarse en lo más mínimo, a pesar de que su impermeable vaya abierto, sin abrochar.

Una de esas noches, William Booth Wren deambulaba sin rumbo fijo. Se detuvo cerca del Arco de Washington, entre dos arbotantes, y se puso a contar su capital. Era casi medianoche. William Booth Wren acababa de recibir una gratificación por alguna tarea que no es preciso mencionar. Su numerario ascendía a sesenta y cinco centavos.

William Booth Wren contaba por tercera vez su dinero.

Una mirada bastaría para advertir, aun sin ser un agudo observador, que míster Wren era un joven común y corriente; empleado en alguna tienda. Sus botines cafés mostraban que los habían lustrado hacía poco; su sombrero era de tela inglesa defectuosa, y su impermeable, de buen corte, del largo preciso. Todo en él indicaba que era un joven bien vestido. La indulgente neblina favorecía esa impresión. Claro que se debe causar buen efecto, si es que anda a caza de un trabajo en Nueva York. Pero si usted, por otra parte, hubiese visto a William de cerca, habría notado que su alto cuello postizo estaba bastante luido y percutido; y si hubiera podido asomarse al saco, se habría dado cuenta de que el cuello estaba simplemente unido por un botón a algo que hacía las veces de camisa —y si hubiera examinado las suelas del calzado, habría descubierto dos agujeros por donde asomaban los calcetines, empapados—. ¿Cómo iba a enterarse, además, de que el forro del impermeable estaba “ligeramente averiado por el fuego” — como dicen las cartulinas que anuncian gangas, en los sótanos de las tiendas— o

de que el sombrero inglés perdía su engomado en cuanto entraba en contacto con la humedad?

Después de que William hubo determinado, sin lugar a dudas, el monto de sus recursos, lanzó al aire una moneda. Salió cara; tomó por su derecha para atravesar el parque, haciendo tintinear alegremente las monedas en el bolsillo del pantalón.

En esa callejuela —entre dos luces de arco— hay un lóbrego tramo que tiene bancas de madera. William distinguió, en la oscuridad, dos bultos en bancas opuestas. Uno era el de un borracho hecho un ovillo, de la manera más incómoda, sobre los hierros que la ciudad ha mandado remachar en las bancas, para evitar que los desheredados exhaustos puedan dormir allí. Roncando ríspidamente dormía el beodo con la abotagada cara vuelta al cielo. Sus resoplidos hacían titilar las gotas de agua que se acumulaban sobre su rostro.

Una mujer entrada en años y que despedía fuerte hedor a whisky, ocupaba la otra banca. Su cabeza, con escaso pelo gris, estaba cubierta por una rala bufanda de “manta de cielo”, que llevaba atada al cuello y que la lluvia hacía brillar. Cantaba:

Oh, tan sólo por su andar (hip) reconozco a mi amorcito...

y sé dónde está mi amorcito... (hip) por su modo de hablar...

y lo identifico por su (hip) saco azuuuul.

¡Y si mi amorcito (hip) me llegara a dejar...!

La mujer bruscamente interrumpió su canto, al oír el ruido de las monedas que William sonaba, y gruñó:

—Aquí... aquí...

William hizo un alto, se volvió, y alzando el sombrero en actitud cortés, inquirió:

—¿Decía usted, señora?

—¡Que vengas!, dije.

William fue a hacer compañía a la mujer y se sentó a su lado. Escudriñó, curioso, el rostro de pergamino amarillento, surcado de arrugas; faz marchita que le hizo recordar las de esas limpiadoras muy viejas que uno encuentra en las oficinas, después de las horas de trabajo: pulidoras de pisos. La borracha, con un tic senil en su labio inferior, clavó su congelada y desleída mirada en William.

—¡Que Satanás se lleve tu alma! —dijo—. ¿Es necesario que suenes tus monedas para que ese pobre diablo y yo suframos? ¿Es así como te educaron?

William sonrió:

—Pero, mi buena señora, —empezó del mejor modo.

—¡Qué “señora” ni qué nada!... (hip) —la anciana replicó—. Ya los conozco (hip) a todos ustedes... tipos ricachos. Apuesto que nunca has trabajado un minuto... para ganar dinero: tu padre te lo dejó ¿no es cierto? Como lo pensaba —y buscó la palabra adecuada y la escupió—: ¡Capitalista! —William se sintió satisfecho, y complacido preguntó:

—¿Cómo pudo adivinarlo?

—¿Necesita eso adivinarse? —exclamó la vieja con una desagradable risotada—. ¡Adivinarse!... ¿Supones (hip) que no trabajé en casas elegantes? ¿No crees que, de muchacha, haya tenido a muchos jóvenes que andaban detrás de mí? ¡Que si los conozco a ustedes!... Con sus manieritas y sus (hip) posturitas corteses, forzadas ¿Por qué tendrían que quitarse el sombrero ante una infeliz como yo, si no fuese (hip) porque quieren burlarse de mí?

—Señora, le aseguro a usted...

—Óiganlo, ¡óiganlo! ¡Oh sí, claro, porque jóvenes y ricos y guapos eran los am (hip) amantes que yo tenía... ¡Pero eso, cuando era muchacha! Todos se quitaban el sombrero; pero eso era... ¡entonces!

William no podía imaginar que esa ruina humana alguna vez hubiera sido joven atractiva. Eso estimuló su imaginación.

—Cuando yo era (hip) joven y bella... Tan sólo por su andar, reconocía a mi amorcito...

”¿Sabes? ¡Fíjate!... cuando oí cómo sonaba tu dinero... ¿sabes qué se me ocurrió? ¿Verdad que no deja de ser curioso que tengas que sonar lo que lleves? Tú lo haces... Yo lo hago... ¡Todo el mundo lo hace! Y vuelvo a decirte, se me estaba ocurriendo algo: que si no... (hip) que si no te gustaría que fuéramos juntos a divertirnos —al decir esto, la vieja se inclinó y miró a William diabólicamente, con una grotesca imitación de sus modales en sus años de juventud. Le llegó el hedor del malísimo whisky emanado de la mujer—. Anímate. Ni te imaginas lo que te vas a div (hip) divertir. Lo que nos divertiremos los dos.”

—No, gracias. Esta noche no —contestó William cortésmente.

—¡Oh, sí, ... claro! —masculló la anciana—. ¡Capitalistas! ¡Ya los conozco! Nos hacen trabajar, cuando (hip) no queremos; pero no nos dan trabajo cuando (hip) lo queremos. ¡Sácate la mano de la bolsa! No quiero tu sucia limosna. Yo trabajo, pero por pa (hip)... por paga. ¡Basta de limosnear! Ninguna mujer decente aceptaría dinero... ¡Lo que te daré muchacho; algo bueno!

—¿Cómo se le ocurrió venir a sentarse aquí?... ¡Va a pescar un buen resfriado!

—Pero, oye. ¿Por qué crees que estoy aquí? Ah, sí, ¡ya me acuerdo! Es porque me aburro en mi budoar, y vengo aquí a tomar el fresco las duras noches de verano... ¿Es que tú crees que yo estaría aquí, si pudiera evitarlo...? (hip) ¡Jesús! Y la vieja fulminó a William con el odio que había en su mirada:

”¿Trabajas en el municipio?”

William hizo un movimiento negativo con la cabeza. Sacó una cajetilla de cigarros de los más baratos y la abrió: quedaban dos.

—¿No le molestaría que fumara? —hizo la pregunta cortés.

La mujer lo miró azorada:

—¡Que si me molesta que fumes! ¿Pero qué se propone usted, jovencito? ¿Qué me importa si fuma o deja de fumar? ¡Vamos! Te acepto uno —William encendió un fósforo.



—Tú eres un capitalista —prosiguió la anciana: el cigarrillo le temblaba en sus labios—. No serías tan político conmigo, si no quisieras sacarme algo... Ya los conozco. Te digo. ¿No trabajas para la ciudad? Pero si fueras empleado, a ti sí te pagarían. Mi nombre está en la nómina, y a mí no me pagan. Fíjate, quiero que veas esto —metió la mano en el seno, hurgó y sacó una credencial café. Agachándose y poniéndose de soslayo, para ver mejor con la luz de la lámpara de arco, William leyó:

“Pase a la Isla Randall a favor de Mrs. Sara Trimball, para visitar a su hija. Bueno por un mes a partir de la fecha al calce.”

—Ésa soy yo —dijo la señora Trimball, con un dejo de orgullo alcohólico—. Voy a trabajar hasta la Isla Randall... Estoy en calidad de “comodín”, en lo que los doctores y enfermeras me pidan que haga. Hoy es día de pa (hip) pago. Caminé hasta el edificio del municipio, en el bajo Manhattan. Y porque llegué a la ventanilla a las tres y cinco... ¡ya no me quisieron pagar! ¿Me entiende? Saben que no tengo donde dormir.

”Así es que me dije: ‘No hay remedio, dormirás en el parque’. Antes de que tú llegaras, vino un policía y me dijo: ‘¡Lárguese de aquí!’... ‘La ciudad no me paga lo que me debe... Tengo que dormir aquí, aunque no quiera’. El gendarme regresó y me sacó a empujones. Después volví. ‘Dígame: ¿a dónde puedo ir? ¡Me iré al infierno!’ No es mala idea. ¿No crees que allí está el placer verdadero? ... (hip).”

—¿Así es que tiene usted una hija en la isla?

—Sí, tengo una hija... de dieciséis años. Y no me agrada; digo (hip)... no me gusta, pero es chis (hip) chistoso..., pues si yo no trabajara en Randall, mi hija podría estar allí sin que me costara un céntimo. Pero, como trabajo allí, donde ella está, me cobran dos dólares a la semana.

—¿Y por qué trabaja usted allá? —preguntó William—. Es injusto; no debiera trabajar, a su edad y tan pobre como está...

—Óiganlo, óiganlo otra vez... Parece la mera verdad... Bueno pa’ nada —replicó la señora, agitada—. ¿Por qué lo hago? Mi hija debiera de andar en la calle, creo a veces, buscando algo, para mantenerme ahora que ya estoy vieja.

—¡Claro que sí! Es ridículo que no lo haga.

—No sé por qué la tengo allá, escondida, como si dijéramos... (hip) Realmente no tiene sentido... (hip) Quizás tú puedas decirme, muchacho, por qué no quiero que mi hija llegue a ser como yo... Es decir, tomando en cuenta que yo siempre me divertí con esta vida. Siempre viví feliz. ¿Por qué no queremos que nuestras hijas sigan el mismo rumbo? A veces (hip), de veras quisiera que mi muchacha me ayudara a sostenerme... Pero me empeño en que esté encerrada y cuidada, precisamente para que no siga mi ejemplo. ¿Dónde está (hip) la diferencia? Porque temo, y mucho me temo, es cierto, que cuando yo muera, ella no tendrá otro recurso de que echar mano... Así es que ¿de qué sirve que la cuide y la proteja?...

La señora Trimball empezó a toser en forma desesperada. Ligeramente, al principio; pero, después, en convulsiones violentas, hasta llegar al paroxismo. La lluvia seguía cayendo. William sintió que un sutil calosfrío recorría todo su cuerpo. El dormilón, en la banca frontera, ahogó el más sonoro de sus ronquidos, estornudó después y, poco a poco, acabó por sentarse en la banca.

—¡Vaya! ¿Por qué no deja usted dormir a un pobre diablo? —masculló— ...Esa maldita manera de toser...

—¡Oh, Dios, cómo necesito un trago! —dijo la señora Trimball, con voz débil, pasado el acceso.

—¿Cuánto costaría un cuarto? —preguntó William, en forma inesperada.

—Una peseta. ¿Quieres un cuarto? Conozco un lugar nada malo, aquí cerca, en la cuarta avenida... ¿Por qué me dices eso? Yo sé que no necesitas un cuarto.

—No, es cierto; pero usted sí. Ahora, escúcheme. Fíjese que no le estoy ofreciendo limosna —y William, con la mano extendida, brindaba una peseta a la mujer—. Le presto estos centavos. Usted me devolverá la peseta cuando le paguen su sueldo —y William depositó la moneda en la mano temblorosa de la señora Trimball, que ya la había cogido; pero, en el último instante, se le escapó de los dedos. La moneda sonó en el cemento y rodó sobre el piso. Un brazo flaco y largo, con la velocidad de la luz, en menos que lo cuento, se apropió la peseta. Y el borracho que, minutos antes, había roncado plácidamente, se alejó del lugar con su precioso hallazgo.

La señora Trimball quiso ponerse en pie; lo logró a medias:

—Oiga, amigo... borracho... —gritó con voz chillona—. ¡Traiga acá esa peseta... no se la robe!

—No se preocupe usted, señora —dijo William, al poner su brazo sobre el de ella—. Hay muchas monedas como ésta, allá, en casa. Aquí tiene otra —la vieja afianzó bien la moneda en su mano.

—Le estoy muy agradecida —le dijo la señora Trimball, con respeto y gran dignidad—. Entre amigos, no parece mal hacer un corto préstamo, y aceptarlo. ¿Verdad? Ya me dará us (hip) usted, su nombre y dirección, para que le reintegre el dinero en su propia casa. Allá se lo llevaré —y, después de buscar y rebuscar en su bolso, la vieja sacó un mordisqueado trozo de lápiz y un sobre—. Quizá pueda usted añadir un décimo, para que yo caliente bien mi estómago.

William titubeó sólo un segundo.

—Ciertamente —asintió. Entonces puso a trabajar su imaginación, repasando en su memoria todos los nombres que leía en las secciones de Sociales de la prensa dominical. Y escribió en el sobre:

*Courcey de Peyster Stuyvesant*

Hotel Plaza

—¿No se lo decía a usted? —exclamó la anciana, una vez que hubo repetido en voz alta lo que William acababa de escribir—. Yo lo identifiqué al momento, ¿verdad? No habrá aquí mala sangre para usted, mi afortunado joven amigo. Afortunado porque recibe dinero de su padre, mientras que yo tengo que trabajar sobre mis rodillas siete días de cada semana, para ir sobreviviendo. Pero, ¿no es cierto que le escogieron un nombre de los mil diablos? Yo diría que sí. Dígame, míster Cursi Despister Stuyvesant, ¿no se avergüenza de caminar unos pasos con una infeliz como yo?

—No, absolutamente; es un verdadero placer. Se lo aseguro —William se puso de pie, erguido, y tomó a la anciana del brazo. El joven tiritaba. Parecía que, al hallarse de pie, las partes de su cuerpo que estaban protegidas mientras

permaneció sentado, se rebelaran contra el helado viento.

—¡Quién nos viera ahora! —observó la señora Trimball con súbita animación—. Aquí, todos participamos en la elección del presidente de los Estados Unidos: ese individuo que nos asegura que todo lo que va a hacer nos beneficiará; que nos llena de promesas... y lo único que fabrica son gendarmes de todos tipos y (hip)...—William asumió una actitud de magnífica grandilocuencia y dijo:

—Pero, mi querida señora, admitirá usted que son los guardianes de la sociedad.

Al llegar a la casa donde tenía su habitación, la señora Trimball se despidió en la puerta:

—Sí, le repito —dijo a William—, qué pocos capitalistas hay de su calidad. Usted es de buena pasta. Lo único que le hace falta, para perfeccionarse, es trabajar un poco.

—Si ustedes, los de la clase trabajadora, no fueran tan despilfarrados y manirroto, podrían ahorrar un poco a lo largo de su vida y, así, llegar a la edad madura con todas las comodidades.

William Booth Wren regresó a la Plaza Washington. Sus pies estaban entumecidos. La humedad, además, se le había colado por sus escasas ropas y todo su cuerpo estaba aterido. Buscó la banca aquella que poco antes había ocupado, mientras le daba vueltas, en el bolsillo, al único nickel que de su capital le restaba. En un rincón seco, debajo de la banca, encontró la colilla de su cigarro, donde la había puesto. Después de cuatro intentos, un fósforo húmedo pudo, por fin, llevar fuego a la colilla. Sus manos se calentaron al encenderla. Aspiró el humo con gran deleite.

En esos momentos, un policía fortachón, envuelto en su capa que lo protegía del frío, se apareció ante los ojos de William y, de manera cortante, a la vez que hacía girar la macana en sus narices, le dijo:

—Muévase, amigo... No está permitido sentarse aquí.

William inhaló el deleite que su colilla le brindaba por segunda vez, y sin moverse un ápice, con aire insolente, espetó al gendarme:

—Señor mío, ¿sabe usted acaso, con quién está hablando?

El guardián, con una simple ojeada, identificó el cuello sucio, el sombrero barato y los zapatos empapados. Los ojos de los policías son mucho más penetrantes que los de las ancianas imprudentemente alegres. Agachándose al nivel de William para escudriñar su rostro y asomarse bien a sus ojos, el gendarme respondió:

—¡Sí, sí sé quién es usted! Usted es el vago a quien eché de aquí dos veces anoche... ¡Así es que lárguese o le doy un macanazo!

1912

## DONDE ESTÁ EL CORAZÓN

“¡DOS!”, POR arriba de nuestros hombros informa a la taquilla el gigantón enfundado en la vieja casaca del uniforme. Corpulento, canoso, con cara de senador romano, el empleado nos mira con gesto de desafío, al asir violentamente los cartones que franquean el acceso al salón; pero no sin cerciorarse de que estamos sobrios. Entonces, cuando se empuja la batiente portezuela de cristales de colores, se siente uno al instante envuelto en el torbellino de luz y de movimiento, con los estridentes ritmos de música de baile característica del Haymarket. Todo eso causa la impresión de un golpe en la nuca.

Bill, el fortachón que arroja del lugar a la gente indeseable, también viste de manera informal. Se apoya en el barandal de latón que nos separa del piso principal. Si conoce a uno, le dirige una sonrisa de gladiador; mas, si no, se limita a tomarnos la medida con una mirada de arriba abajo. Bill es el responsable de todo aquello. ¡Pobre del juvenil universitario que dé vuelo a su impulso de cantar! ¡Pobre del “rabo verde” cuyo comportamiento se aparte un poco de lo convencional! ¡Pobre del bailador que se propase al ejecutar alardes en la pista, o de la muchacha que se atreva a atropellar la decencia al encender un cigarrillo en público!\* El Haymarket es el salón más respetable de la ciudad.

Es brillante la iluminación del Haymarket. La reflejan los grandes espejos, a lo largo de las paredes. El ruido del salón es algo infernal: a los aires sincopados de los latones de la orquesta se une el tono metálico de las conversaciones que se cruzan en el recinto, las cuales se apartan del diapasón normal de la voz humana. Siluetas femeninas que caricaturizan el afán de extremar los dictados de la moda. Hombres y mujeres entrelazados en las posturas menos naturales danzan al compás de vales lentos, perdidos entre la multitud; hay mesas redondas, de madera, por todas partes, y un desfile de bombines que ininterrumpidamente entran y salen del salón.

A medida que se para y cavila, al tratar de reducir estas variadas impresiones a cierta clase de orden, siente de súbito que unos ojos lo observan de todas partes; de cada ámbito del salón, de cada una de las mesas pegadas al barandal o desde

los asientos de la galería, las chicas “anfitrionas” están constantemente vigilando a cada recién llegado. Muchachas, unas bonitas, otras feas; unas mal vestidas; otras, divinamente ataviadas; pero en ningún caso mal presentadas. Todas ellas no invitan necesariamente, ni lanzan retos, ni llevan malos mensajes: sólo observan con fijeza, hambrientas, como un gato que está al acecho de un ratón.

Yo regresaba al Haymarket después de muchos meses de ausencia. Lo encontré igual que siempre.

—Bill —dije al fortachón—, me alegro de verte —y así era, en efecto—. ¿Anda Martha por aquí?

Bill asintió. Es hombre de pocas palabras. Y con el pulgar apuntó al saloncito de atrás. Pero aun allí —un lugar tapizado con programas amarillentos de funciones de vodevil y fotografías de teatros, ya desaparecidos, donde había imperado el burlesque y, además, con las inevitables mesas, cada una con su respectiva chica —, aun allí, no pude encontrar a Martha. Por supuesto que Martha habría podido cambiar de trabajo durante mi prolongada ausencia. Decidí no ir a la planta alta, al balcón: entré en el salón principal, nuevamente, por una de las puertas laterales y tomé una mesa. Un mesero se acercó y le cuchicheé unas palabras al oído. En pocos minutos noté que una mujer se ponía de pie y caminaba hacia mi mesa. Era Martha, con ese tipo tan suyo. Lucía traje elegante, azul oscuro, y una pluma color oro viejo adornaba su sombrerito.

—Hola, querido —me dijo. Ése es el saludo clásico del Haymarket. Puso su diminuta mano entre las mías y me sonrió con decoro, antes de sentarse a mi lado. Observé que su cabello todavía era oscuro y sedoso; su cara, ovalada, lucía una discreta mano de colorete, y sus ojos eran los mismos: honestos, de mirada límpida, sin nubarrones.

Pedimos cerveza:

—Vaya —me dijo ella de pronto—, yo te he visto en alguna parte.

—No en los últimos cuatro años —observé—. Ya te conocía.

—Oh, sí —se le anegaron sus ojos, como la amiga de otro tiempo que era—. En esos lejanos días, May Munro estaba aquí; también Laura Chevalier y Babe Taylor. Y todas las de entonces. Creo que soy la única que queda de la vieja guardia.

—Dime, ¿qué has hecho de tu vida en todo este tiempo?

Ella se encogió de hombros.

—Pues no mucho que digamos. Lo mismo. ¡Oh, espera!... hice un viaje a Europa desde que nos vimos la última vez.

—¡Europa! —dije asombrado—. Ella asintió, sonriente. La tanda de música había llegado a su fin. En el pequeño escenario, dos hombres y una mujer se pusieron a cantar algo sobre el “Turkey Trot”, gritando hasta donde podían, a la vez que golpeaban tambores y platillos. Los primitivos y sordidos sonos de esa música chocaban con las destempladas voces del trío. El ruido era ensordecedor. De las caderas para abajo, los cuerpos de los cantores se movían con un ritmo grotesco. Había algo así como un brutal abandono, que no era desagradable, en todo eso; algo que hacía juego con miradas duras, mujeres artificiales y espejos. El trío cantaba Es el colmo. Repitieron tres veces.

—¡Qué buena canción! —murmuró Martha, entornando los ojos—. Bueno; fui a Europa... ¿Has estado tú alguna vez por allá?

—Sí —dije al sonreír—. ¡Supongo que fuiste al Moulin Rouge, y al Abbaye y al Globe, en Londres!

—No, a ninguna de esos “deportivos” lugares. Ya he visto bastante aquí.

—Martha —dije lleno de curiosidad—, ¿qué fuiste a hacer allá? —la chica frunció las cejas:

—Bueno, yo quería aprender algo. Tú sabes, cómo se meten cosas en la cabeza; cosas que hallamos en los libros de escuela, cuando somos chicos: como eso de la Torre de Londres y la casa de Shakespeare, en Stratford. Bueno, pues tú das por hecho que allí están todos esos lugares; pero creo que debes ir a verlos para convencerte de que son reales...

Experimenté algo así como un toque eléctrico. Pero, después de todo, ¿por qué una chica del Haymarket no ha de ir a la casa de Shakespeare, como cualquiera otra persona? Ella prosiguió:

—Siempre fui ahorrativa. No sé, realmente, qué fin perseguía con ese hábito... Quizá, me imagino, comprar algún día una pequeña granja en el campo y criar



pollos. Algo que todavía tengo en mi mente, para cuando me retire, ya vieja. La última primavera pensé en otras cosas. Me fui al banco, saqué mis ahorros, me compré un traje y también un billete en el Lusitania: primera clase. No dirán que soy tacaña.

—Pero ¿tenías bastante dinero?

Martha rió:

—Únicamente lo limitado para llegar a Londres y vivir allí como turista, una semana. Por supuesto que no podía adivinar en qué aprietos me vería, después de esa primera semana. Puse nada más mi fe en Dios. En el barco, mis pasos se cruzaron con los de una pareja de almas inocentes: un predicador y su mujer. Para hablar con apego a la verdad, debo decir que el viaje a Londres lo hice con ellos. Eran tan buenos que me tomaron por una estudiante universitaria. Yo visto discretamente, como tú lo sabes. Así me ha gustado siempre. A una muchacha escandalosa en el vestir, nada le sale bien. Paramos en Waldorf, un lugar respetable y endiabladamente quieto, y vaya que nos paseamos bien por Londres. El Puente de Londres, Westminster, el Palacio de Cristal. Bueno, dividimos aquello en secciones, para que nada se nos escapase. ¡Éramos turistas! Puedes creerme. Sí ¡claro! también visité la Alhambra y el Globo; pero lo hice cuando mis chaperones estaban entregados al sueño. Pronto advertí que las chicas inglesas son terribles.

Ella se quedó pensativa, repasando sus reminiscencias:

—¡Nunca se me olvidará esa semana! ¡Que si la gocé! Fíjate, mi comportamiento era el de una niña de dos años, con los viejos. Y en ese plan vi, con mis propios ojos, todas las cosas que sólo conocía de oídas.

A lo lejos, la banda rompió a rebuznar “Gaby, deslízate”. Bill, ese guapo lanzador de parroquianos indeseables, se apoyó sobre el barandal, con aire amenazador. Vi una vez al tipo sacar a rastras a una muchacha que había encajado el largo alfiler de su sombrero a un mozo y lanzarla como se lanza un bulto, por la puerta de la calle. Cerca de nosotros había una mesita donde una muchacha tímida iniciaba un diálogo con un individuo de bombín. A la muchacha se le iba y le venía el color a las mejillas. Chica principiante. Pero a mí sólo me interesaban Martha y su aventura. Sola en Londres, aprendiendo:

—Pero ¿qué hacías para allegarte dinero? —pregunté, realista.

—A eso voy. Una mañana desperté con sólo siete chelines. Ese día un joven americano se me había acercado mientras yo mataba el tiempo en una banca del Hyde Park. Londres ya me empezaba a hastiar. Así es que esa noche di el beso de costumbre a la anciana señora, subí a mi cuarto y empaqué. El muchacho y yo nos escapamos a las dos de la madrugada. A veces reflexiono en lo que pensaría ella, al día siguiente. Así fue como llegué a París. Vivimos, como una pareja real, en el Grand Hotel. Dime, ¿te has sentado frente a uno de esos cafés y has visto con qué alegría revolotean parvadas de pájaros, por todas partes: que me den a mí eso. Te hace sentirte a gusto. Creo que acabé tres pares de zapatos caminando por el Louvre y subiendo y bajando sus escaleras, con el catálogo en la mano. ¿El muchacho? ¡Oh! era un buen chico. Me compró algunos vestidos de lujo. ¿Conoces la seda negra? Nada llamativos, sin embargo. Una legión de muchachas americanas tienen que buscarse la vida en París. Allí estuvimos dos semanas. Un buen día mi amigo desapareció. Me habría encontrado lo que se llama “en la calle” al día siguiente, de no haber sido por cierto inglés: era un tipo como de sesenta años, con voluminosa barriga, que me trató con guante blanco. Viajamos por Bélgica y Holanda: Bruselas, La Haya, Ostende. Después, un recorrido por Alemania.

”Te aseguro que no perdí detalle. Un día, en Waterloo, me pasé las horas muertas leyendo un libro de historia. Me agobiaba la ansiedad por ver todo lo que mi guía Baedeker mencionaba. Pero después de algún tiempo, al llegar a Estrasburgo precisamente, noté que a mi amigo, el inglés, eso le caía mal. ‘Mira, me dijo, a ver si vas dejando a un lado ese aire de turista de los que la agencia Cook’s pasea’. Y me lo dijo tan enojado que, simplemente, lo dejé. ¡Qué diablos, yo no soy perrito de nadie! ¿No te parece? Apenas tenía el dinero suficiente para regresar a París; pero sentía claramente que, con mi buena suerte, nada malo me podía pasar. La primera noche en París fui a Montmartre y allí me topé con una muchacha americana que me dejó dormir en su cama. Cultivamos ¿sabes? ese espíritu de solidaridad entre nosotras. ¡Claro que visité todos los lugares y lugarejos! En Montmartre la cosas son como en Nueva York, nada más que aquí todo aparece más honesto, si es que sabes lo que quiero decir.

”Bueno, imagínate mi buena estrella: la siguiente noche, en Pigalle, bailé con un tipo que parecía algo mulato; pero que no lo era. Porque nadie lo es en París. El individuo me dio su tarjeta y me pidió que lo acompañara a Brasil. Su tarjeta ostentaba una pequeña corona con la leyenda ‘Conde Manoel de Portales’.

”Mucho me han dicho de los falsos condes y de cómo nos engañan a las pobres

chicas. Así es que cuando vi a Mabel, le enseñé la tarjeta y le pregunté si no creía que mi conde fuera falso. ‘Acéptalo, me dijo, corre el riesgo’. Pero, aun así, no estaba del todo segura. No pude dormir toda esa noche.

*”Créemelo. Imagínate, si me llevara a algún lugar de idioma extraño, donde nadie hablara americano, y me dejase abandonada allí. Pero, otra vez, confié en Dios y me fui con mi amigo. El viaje en barco duró dos semanas. Llegamos a Río. Francamente creo que Río es el lugar más hermoso del mundo. Lo disfruté. Los viernes, por la noche, íbamos al Club High Life, a cenar. Y los sábados, después de la cena, todo el mundo se ponía disfraces o trajes de fantasía y paseaba en carretelas abiertas. En todo había gran animación. Cuatro meses permanecí en Río.*

”No, la verdad es que yo no era del todo feliz; ¿no te das cuenta de que resultan aburridos los días en que, constantemente, te están maravillando? En un país extranjero, todo lo que ves es superior a lo que te habías imaginado. Y te pones nerviosa cuando ves las cosas que conocías sólo por haber oído hablar de ellas. Hasta que todo empieza a cansarte, a fastidiarte. Se suponía que iba a permanecer en Río todo un año; pero no fue así.

”Me acuerdo con toda claridad. Una noche regresamos bastante bebidos, después de una francachela en el club. Manoel se durmió pronto; pero yo no podía cerrar un ojo. Era en abril; la ventana estaba abierta, y yo, en mi imaginación, penetré hasta un millón de millas siguiendo la ruta del firmamento. Allá, en el cielo, las estrellas son gatos romanos de ojos brillantes. No sé qué me dio por pensar en Broadway. Y en el siguiente instante empecé a verlo, todo serpentineante con sus gigantescos anuncios eléctricos, con sus chusmas de chicas y galanes de clase media que salen de los cines en tropel; y los otros, con pecheras albeantes, que desfilan después de la función del teatro, al son de un rag irlandés que los oportunistas organilleros, situados a la orilla de la acera, hacen brotar en ese momento. Yo me sentía morir de tanto añorar a mi pura y amada Nueva York, la del medio pelo. Tú lo sabes, en el extranjero, todo lo oropelesco y todo el mundo de tu propio plano, se te representan como la ‘mera verdad’. Fue entonces cuando vívidamente se adueñó de mí la imagen del viejo Haymarket, con todas sus chicas sentadas en gran círculo.

”Y miré las manchas de cerveza en los manteles de las mesitas, y hasta aspiré el humo dulzón de mis cigarrillos Caporal. Recordé que por esos días todos los chicos de los colegios y de las universidades ya están de regreso para gozar de

sus vacaciones, y por supuesto, se abalanzan, en tropel, sobre las puertas. Y me invadió gran ternura por el fortachón de Bill (allí parado ahora). Así es que, de un codazo en las costillas, desperté a Manoel: ‘¿Qué pasa, mujer?’, me dijo medio dormido aún. ‘Recibí un cable de Nueva York’, le dije. ‘Coney Island abre sus puertas el primero del mes entrante. ¿Cuándo sale el siguiente barco?’, le pregunté con énfasis. ‘Me voy en el acto.’

”No pude menos que admitir que el conde era de buena ley. Me compró billete de primera clase. Y ese viaje, a lo largo de la costa, es el mejor que he hecho en toda mi vida. Todo el tiempo lo pasé sola. No permití que ningún hombre a bordo se pusiera impertinente conmigo, en ningún momento. Me dediqué a leer libros; no conversé con nadie.

”Bueno, desde el primer instante en que empecé a adivinar y a avizorar a mi Nueva York, en lontananza, me emocioné tanto que ya no pude hablar. El placer me causaba dolor. No pude esperar ni un segundo. En cuanto desembarcamos, revisé mis cosas en la estación del ferrocarril Erie, y tomé el transbordador. Al pisar tierra en Manhattan, tomé el elevado hasta la calle veintiocho. Llegué aquí sin volver la cara en todo el recorrido. El tipo de la entrada me dijo: ‘¡Oiga, usted no puede entrar sin tarjeta!’ Y entonces me vio más de cerca, y exclamó: ‘Vaya, miren quién está aquí. Pero ¿dónde te habías metido, muchacha, dónde has estado?’

”No pude contestarle; me quedé parada en el umbral, como sordomuda, como una tonta ciega. Estaba completamente desorientada. El tipo mantenía la puerta abierta, para que yo entrase. Quise proseguir y caí dentro, como fardo. Ahí estaba Bill. Y detrás de él, la multitud que bailaba frenética. Y vi todas las mesitas. ¡En casa! Y eso era, ni más ni menos: ¡mi hogar!

”Escuché el balbuceo del enorme Bill: ‘Martha; pero, ¡por Dios! La esperanza blanca ha regresado a casa’. ¡Oh, Dios bendito! No podrías entenderlo; me tumbé sobre la mesa y prorrumpí en llanto, con fuertes sollozos... Vamos, ¿qué esperas? ¡Sácame a bailar!’

---

\* Corría el año de 1912.

## LO QUE SE LLAMA JUSTICIA

EN CUANTO oscurece empieza el desfile de chicas por esa esquina: rechonchas, adustas, de cabeza hueca, avecillas polvorientas, bien apretujadas en sus plumajes. Llegan a la Plaza Irving por la calle 14; retornan hacia la Plaza Unión, hasta alcanzar la 16, paseándose antes por la 15 (y allí doblan esa esquina de nuevo), para seguir por la Tercera Avenida. Y así, siempre en ese mismo amplio círculo, son atraídas indefectiblemente por la esquina de la 15 y la Plaza Irving que, por misterioso magnetismo, las fascina. Quizá ese singular sitio signifique aventura, fortuna o aun amor. ¿Cómo habrá llegado a ejercer tamaña atracción? Los varones saben que así es, y por la noche, en esos contornos, lleva bombín cada sombra. Algunos espíritus audaces hasta se ostentan en las zonas bañadas por la luz de arco. Incitan a los hombres con ondulante movimiento de caderas, se rozan con ellos y murmuran con labios inmóviles todo el repertorio de intimidades escandalosas que el negocio ha pedido prestado al amor, cuando las chicas pasan.

El lugar tiene su inevitable policía. Éste hace el mismo recorrido que las muchachas; pero más lentamente, de manera majestuosa. El propósito es mantener a las mujeres en constante movimiento y, así, crear la ilusión de que van a alguna parte. La sociedad no da momento de reposo al vicio. Si estas damiselas permaneciesen inmóviles, ¿qué llegaría a ser de todos nosotros? Cuando el representante de la ley aparece en la esquina, los corrillos formados por las chicas se desbaratan como bancos de asustados pececitos, y ellas se esconden en las oscuras callecillas laterales. Suponga usted que cogiera a alguna de ellas: ¡fatalmente sería consignada a la Isla, ese fatídico lugar donde se rapa a las trotacalles! Pero el policía es un buen chico: nada de perfidias ni de triquiñuelas. Simplemente se mantiene quieto un momento; hace girar su macana, por la correa de cuero, con aire de orgullo, y prosigue a lo largo de la calle 14. Eso sí, lo llena de satisfacción ver a las chicas huir despavoridas.

Las anchas espaldas del vigilante se esfuman en la penumbra, y las mujeres tornan a su ruta, de arriba abajo: recorren y vuelven a recorrer el mismo camino, con pies que nunca se cansan.

Parado en la esquina, para observar la entretenida comedia, mis oídos se saturaron de los murmullos de las chicas y del ruido amortiguado de sus pasos. Me solacé con sus mofas e insultos, que dependían de que estuviesen bien comidas o no hubieran aún cenado. Allí estaba yo, cuando llegó el policía.

Su vigorosa silueta emergió de la penumbra de la calle 14, con la satisfecha arrogancia de un monarca absoluto. De pronto las muchachas se desvanecieron, y en la esquina quedamos tres, con aliento: la zumbadora luz de arco, el policía y yo.

Él permaneció quieto un instante frente a mí; dirigía la hosca mirada a su alrededor, mientras imprimía giros complicados a su macana. Daba la impresión de que algo le molestaba: quizá su conciencia. Acabó por clavar sus ojos en mí, fruncido el ceño.

—¡Circule! —me ordenó con aire imperial y sacudimiento oblicuo de su cabeza.

—¿Por qué? —le pregunté.

—No haga preguntas. ¡Porque yo lo digo! Ahora, ¡muévase!

—Pero es que nada he hecho —observé—. No sé de ninguna ley que prohíba a un ciudadano pararse en una esquina, siempre que no interrumpa el tránsito.

—¡Córtele ahí, amigo! —gruñó el policía, al blandir su macana en mis narices, sugestivamente—. ¡Circule, digo, o lo golpeo!

Percibí en esos momentos a un hombre que pasaba rápidamente a nuestro lado, con un bulto bajo el brazo.

—Vamos por partes —le dije al policía. Y dirigiéndome al transeúnte—: Le ruego me perdone, caballero; pero ¿tendría usted la bondad de ser mi testigo en este caso?

—Claro que sí —me contestó el sujeto de buen grado—. ¿De qué se trata? ¿Por qué se ha armado este lío?

—Mire usted: yo estaba parado en esta esquina, sin ofender a nadie, cuando este señor policía me ordenó que siguiera mi camino. Y yo no sé por qué debo estar obligado a seguir andando. Ahora me amenaza con darme un garrotazo, si me

resisto a caminar, y quiero que usted atestigüe que no me he resistido. Si he hecho algo malo, pido que se me lleve arrestado a la delegación, en la corte municipal. El policía, perplejo, se quitó el casco y se rascó la cabeza.

—Me parece razonable —dijo, todo sonriente, el otro individuo y propuso—. ¿Quiere mi nombre?

El policía, al ver la sonrisa burlona del otro, me sujetó del brazo y rudamente me conminó:

—¡Acompáñeme, pues! —el otro nos deseó “buenas noches” y, con aire de broma, se alejó. Caminamos por la calle 15, sin hablar nada, el policía y yo. Pude advertir que él no las tenía todas consigo y estaba dándole vueltas a la idea de soltarme; pero, apretados los dientes, insistió en que prosiguiéramos.

Entramos al digno y destartalado edificio donde se hallan instaladas las diversas salas de la corte. Atravesamos un corredor lateral y llegamos a la puerta que da al salón del turno, donde el juez, barandal de por medio, juzga los casos de los criminales que desfilan delante de él. La puerta estaba abierta, y pude distinguir, más allá del barandal, a un pequeño grupo de personas sentadas en las gradas: visitantes poseídos de curiosidad morbosa. Entre esas personas estaba una anciana judía, con peluca café, que esperaba, esperaba, con los ojos fijos en la puerta por donde entran los acusados. Escasas luces, como de costumbre, colgaban del elevado techo, y las usuales y feas molduras oscuras, imitación caoba, colocadas en los lienzos de las paredes para dar solemnidad al recinto, no hacían sino aumentar su lobreguez. Parecía como si la Justicia insistiese en evadir la luz.

Me antecedió una prisionera delgada, tipo juvenil, cuya estatura ni siquiera llegaba al hombro del policía que la tenía asida por un brazo. Su falda, de color indefinible, estaba muy arrugada y muy ajustada a sus caderas; sus zapatillas, además de quedarle grandes, estaban muy ajadas; una lacia y enorme pluma servía de remate a su figura. El juez levantó el brazo cubierto con la manga de su toga.

No alcancé a escuchar lo que decía.

—Buscona —tronó la ronca voz del guardián—. Sexta Avenida, cerca de la Veintitrés...



—Diez días en la Isla. El siguiente caso.

La muchacha echó la cabeza hacia atrás y lanzó una insolente risotada:

—¡Ustedes son unos...! —gritó y volvió a lanzar su risotada. Pero el policía la empujó con violencia, y ambos salieron por la otra puerta.

Yo me adelanté entonces, para tomar mi turno, con las risas de la muchacha todavía en los oídos.

El juez escribía algo en un trozo de papel; sin levantar la vista, preguntó:

—¿De qué se le acusa al que sigue, oficial?

—Resistencia a la autoridad —contestó mi guardián taimadamente—. Yo le ordené que circulara y no obedeció.

—Hummm —murmuró el juez, abstraído; continuaba escribiendo—. No obedeció ¿eh? A ver, ¿qué tiene usted que alegar?

No contesté:

—No quiere responder. Bueno, creo que merece...

Fue entonces cuando el juez alzó la vista; movió la cabeza y sonrió.

—¡Hola, Reed! —exclamó al clavar sus fulminantes ojos en el gendarme, al tiempo que le advertía—: La siguiente vez que ponga usted las manos sobre uno de mis amigos... —la amenaza quedó sugestivamente esbozada tan sólo. Vuelto mí nuevamente—: ¿Quieres sentarte un rato conmigo, aquí, en la banca?

## VER PARA CREER

SI LA chica era decente o no, George no lo sabe aún. Eso se pone en claro, casi siempre, a los cinco minutos de conversación, o antes. Y George no falla. Este caso asume importancia mayor, si se toma en cuenta que George tiene ideas claras sobre el asunto. Es atractivo, con bonhomía fuera de lo ordinario y bien reconocida tendencia a ceder a nuestra común debilidad por la mujer. Además, tiene ideas estrictas sobre la posición de ciertas criaturas en la escala social. Podría añadirse que George resiente de manera anormal cualquier ataque avieso a su bolsillo o a su capacidad de simpatía. Y además, conoce todo tipo de tretas.

Parece que en el preciso momento en que George salía de su club, en la calle 44, una joven pasaba ante la puerta. Era bajita de estatura y de pelo esponjado. Vestía traje barato, estilo sastre, y estaba tocada con un sombrerito redondo que lucía una pluma erguida. Es frecuente que las mujeres caminen por la calle 44; pero no se debe decir que ese rumbo sea el escenario apropiado para que damas chaparritas, ataviadas con ropa corriente, de catálogo, se exhiban. A esa muchacha bien pudo haberla detenido un policía.

De cualquier modo, allí estaba. Y cuando George salió por la puerta giratoria, ella ostensiblemente aminoró el paso y le sonrió. Ahora viene lo más sorprendente: George la alcanzó y la acompañó. En eso bien podrá no haber nada extraño, para usted; pero se ve que no pertenece al club de la calle 44. Nosotros nunca seguimos a una mujer frente a nuestro club. Era la primera vez que George lo hacía. Y ahora, al recordarlo, está seguro de que la pequeña lo hipnotizó desde el principio.

—¿Vas a alguna parte determinada? —le preguntó George, de acuerdo con la consabida fórmula. Ella le dirigió una mirada franca. Y George, de súbito, se percató de lo extraordinariamente inocentes que eran sus ojos.

—Sí —contestó la muchacha, con un murmullo de risa amable—: voy con usted —y contuvo el aliento. George sintió, por primera vez, temor de que alguno de sus amigos pudiera verlo—. He caminado casi toda la noche, excepto el par de horas que me dormí en uno de los cuartos de reposo para damas, de Macy's,

antes de que me descubrieran.

—¿Qué deseas? —preguntó George al meter la mano en uno de sus bolsillos y ya, para entonces, muy avergonzado de ir con ella por la calle. Sin obtener respuesta, George levantó la vista y advirtió que los ojos de ella estaban llenos de lágrimas. La chica hizo un alto a la mitad de la acera y miró a George con fijeza, mientras movía solemnemente su cabecita, de un lado al otro.

—No —dijo—, ¡no! Yo no quiero que usted me pague para que lo deje ir. Quiero hablarle.

Si George hubiese reaccionado racionalmente, como era su costumbre, podría haber salido disparado, o bien habría llevado a su compañera a alguno de esos hoteluchos que abundan en la zona. Estaban a unos pasos de la Sexta Avenida. Pero en vez de hacer una de esas dos cosas, obedeció a una sensación enteramente nueva que lo hizo sonrojarse (¡sonrojarse George!) y oyó su propia voz: “Vayamos a la sala de espera de la Estación Central. Allí podremos hablar”. Dieron, pues, la media vuelta y volvieron a pasar frente al club. ¡Increíble! ¿Verdad?

Puedo imaginarme a una pareja como ésta que camina en silencio. George, muy a disgusto, al pensar que podrían verlo con ella, e inexplicablemente irritado por eso. Además, daba vueltas a la pregunta: ¿qué clase de mujer sería realmente? Y ella, con el mentón levantado, saturándose a todas luces del aire que respiraba y la actividad que a su alrededor había; fija la mirada en la parte más alta de los edificios circundantes. El día se había transformado en uno de esos, muy azules, que anuncian el principio del invierno.

George dirigía miradas furtivas a la joven. Sentía gran curiosidad y, sin embargo, eran pocas las preguntas que podría dirigir a aquella muchacha.

—¿Vives en Nueva York? —le preguntó. Era desde luego evidente que ella no vivía en Nueva York.

—B-u-e-n-o —titubeó ella—, no exactamente. Vengo de Chillicothe, Ohio. Pero esto me gusta mucho. Los rascacielos hacen cosquillas.

—¿Cosquillas?

—Sí, en cierta forma —explicó ella—. Cuando usted se echa hacia atrás y alza la

vista para verlos, con sus altas torres, todas de oro, en niveles superiores a los que alcanzan los pájaros, como que algo corre y burbujea dentro de uno y entonces viene la risa —y la pequeña exhaló una especie de gorjeo de éxtasis.

—¡Ah!... comprendo —murmuró él, aunque entendía menos que antes.

—¿Sabe usted? Eso es lo que me hizo venir. Eso y los millones de habitantes.

—¿Quieres decir que viniste a Nueva York, para ver multitudes y rascacielos? —interpeló George, con cierto sarcasmo. George es muy listo y, por lo tanto, no se le engaña fácilmente. Ella asintió:

—Me parece que toda mi vida no he oído decir otra cosa que Nueva York. Cada vez que un agente viajero nos visitaba en Simond's (Simond's es donde yo trabajaba) o cuando míster Petty iba al este, en el otoño, para reabastecer la tienda, toda la charla de esas gentes giraba alrededor del Elevado, el Metro, los Rascacielos y Broadway. Y tanto hablaban de Nueva York, que no podía conciliar el sueño, de pensar en las torres de los edificios, en el ruido, y en la iluminación de las calles. Y por eso estoy ahora aquí.

—¿Pero, cómo?

—¡Ah, ya sé! Le parecerá extraño que una muchacha como yo pudiera tener suficiente dinero para hacer el viaje —dijo ella con movimientos de cabeza que la semejaban a un pajarito—. Pero es que debe advertir que ya tengo diecisiete años y empecé a ahorrar cuando tenía once. Pude juntar cincuenta dólares.

Al llegar a esto, la pareja había alcanzado la entrada este del Grand Concourse. George lanzó la pregunta con rudeza:

—¿Y cuánto dinero te queda?

—Nada —fue la respuesta.

En ese preciso momento inesperadamente apareció ante sus ojos toda la majestuosa belleza de la terraza de mármol y del soberbio cielo tachonado de estrellas, con la mística procesión dorada del zodiaco marchando en el espacio.

—¡Oh! —gritó ella. Y con sus dedos regordetes se aferró a la marmórea balaustrada—. ¡Esto es lo más bello que he visto en toda mi vida!

—Olvida eso —conminó George, tomándola del brazo—. Ven conmigo. Quiero decirte algo —a duras penas pudo desprender de la terraza a la joven. Ésta parecía haber olvidado todo, ante el arrobó que esa maravilla de lugar generó en ella, e insistía en saber lo que era: ¿qué hacían tantas gentes allí?, ¿a dónde iban?, ¿por qué el tumulto y los empellones, sin que nadie protestara, sin que dijera una palabra? Si eso era una estación de ferrocarril, ¿dónde estaban los trenes?, ¿por qué era tan increíblemente bello ese lugar? ¿qué era el zodiaco y por qué no lo veía uno en el cielo verdadero, desde la calle?

De pronto le pareció muy extraño a George que una persona que según aseguraba procedía de Chillicothe, Ohio, nada supiera de la Estación Central.

—A propósito —dijo— ¿qué tu tren, que venía de Ohio, no llegó por esa estación?

—¡Oh, no! —dejó caer la muchacha, casi al descuido—. Yo crucé el río Hudson en un transbordador —había parado el floretazo. George la condujo, tan aprisa como fue posible, hacia la sala de espera. Estaba ostensiblemente exasperado y no cesaba de repetirse que jamás, antes, había sido víctima de tan flagrante fantasía.

—Ahora, mira —dijo en cuanto estuvieron sentados uno al lado del otro—. ¿Cuánto tiempo llevas en Nueva York?

—Cerca de dos semanas; pero no he visto ni la mitad.

—Y, claro, no has dejado de buscar trabajo en las partes donde has estado; pero no has podido encontrarlo en ninguna. Y ahora te han echado del cuarto que alquilabas y se han quedado con tu equipaje.

—¡Oh, sí! —concedió la chica, un tanto conturbada. Eso es lo que me hicieron—. Pero en todo lo demás está usted equivocado. No he hecho el menor esfuerzo por conseguir empleo. La verdad es que estuve muy ocupada al ir de arriba abajo, durante largas horas, todos los días, en los autobuses “Vea usted Nueva York”. Y cada viaje cuesta un dólar. ¡Ah! ¡Y tantos lugares a donde esos autobuses no van!

George estaba fuera de sí.

—¡Oh!, vamos a ver. Tú no puedes esperar que yo crea eso. Yo vivo aquí; debes

saberlo. (George se siente muy orgulloso de ser neoyorquino.) Si me dijeras la verdad, podría ayudarte.

La muchacha, con expresión de sorpresa acompañada de risa reprimida, clavó sus redondos ojos en George:

—Ahora comprendo por qué mi madre siempre me dijo que yo era una incorregible mentirosilla. Quizá al narrar algunas cosas las hago aparecer peor de lo que en realidad son —prosiguió dulcemente—. Usted cree que yo. Pero ¡no, no, no! Yo sé todo lo que debe saberse, pero ¡soy buena!

George experimentó un dolor agudo en el corazón. Se había lastimado él solo. En cuanto a la muchacha, daba la impresión de que había olvidado cualquier ofensa. Hubo una pausa.

—Y ¿qué vas a hacer ahora? —preguntó él, fríamente, con voz áspera.

—De eso quería hablarle —y se volvió para verlo, un tanto excitada—. Mire usted, cuando llegué a mi cuarto, la señora de la casa no me dejó entrar. Por una rendija de la puerta me dijo que no me daría mi ropa. Así pues, yo me puse a caminar y caminar pensando, mientras, qué podría hacer. Esto me resultó muy entretenido, y de tanto vagar en lo negro de la noche y en lo gris de la madrugada por calles quietas y risueñas, olvidé por completo pensar en lo que iba yo a hacer. Y después, ya muy cansada, pude adormecerme en Macy, y... y... bueno, casi había llegado a una conclusión, cuando lo vi a usted.

—¿Y cuál era? —preguntó, impaciente, George.

—Pues creo que debo ver el resto de Nueva York. Pero supongo que eso costará dinero. Fíjese usted: tengo por fuerza que comer y dormir. Por lo menos, comer —al decir esto, la pequeña frunció el entrecejo haciendo una mueca deliciosa—. Y acerca de eso, quiero ahora pedirle consejo.

La candorosa inconsciencia que caracterizaba esa actitud de la chica, simplemente sacó de quicio a George. Y eso, sobre la base de que la versión que acababa de oír no fuese una deliberada mentira. Y ¡santo cielo!, ¡cómo quería poder dudar de la veracidad de lo narrado!

—Fíjate en lo que te voy a decir —advirtió—: tú regresas a casa, en Chillicothe. Ése es mi consejo. ¡A casa! ¿Es posible que no te des cuenta de los riesgos que

corres en esta terrible ciudad? (Los neoyorquinos aman a su Sodoma y Gomorra.) Podrías acabar muriéndote: no es nada difícil. Y en cuanto a otros peligros, ¡qué suerte que no hayas tropezado con ciertos tipos que pululan por ahí! ¡Uf! (George se estremeció al pensar en los monstruos que infestan a Babilonia.) Imagínate que no hubiera sido yo con quien topaste. ¿Puedes concebir lo que habría pasado por la mente de cualquier otro hombre?

—Sí —dijo la joven, ya sin sonreír—. Exactamente lo que usted pensó. Y, más o menos, esa otra persona haría lo que usted está haciendo ahora. Yo no tengo miedo de los hombres. Siempre he confiado en toda la gente y nadie me ha hecho daño. ¡Por las que he pasado! Tener hambre no me asusta mucho. Alguien viene siempre en mi ayuda. Y eso es porque tengo fe.

—Tú regresas a casa —ordenó George con brusquedad—. Ni siquiera sabes de qué estás hablando. Te pagaré tu pasaje y te daré dinero suficiente para tus alimentos. Ve, échate en brazos de tu madre; pero ¡pronto!... antes de que te absorba la vorágine. (George se ufana en alto grado de sus metáforas.) Claro que entiendo que no quieras irte; sé que eres una muchacha valiente. Pero si no haces lo que digo, juro que... —estaba a punto de amenazar a la chica aventurera con la Sociedad Gerry, cuando de súbito se fijó en que ella se había tapado la cara con las manos, mientras sus hombros se sacudían convulsamente. ¿Estaría riéndose de él? Tiró de uno de sus brazos, en forma brutal. La chica parecía presa de sollozos, aunque no había lágrimas en sus ojos. Pobre George. No sabía qué pensar.

—¡Oh! —exclamó ella desolada—. Tiene usted razón. Quiero volver a casa. Todo lo he hecho a pulso, hasta casi agotar mis nervios. ¡Sí, mándeme a casa!

George le preguntó cuánto costaba el pasaje de ferrocarril. Resultó que era algo así como veinte dólares, de acuerdo con la versión de ella. También se puso en claro que podría tomar un tren que partiría dentro de quince minutos.

—Bien —dijo George—, vamos a pagar tu pasaje.

La forma en que la chica dejó de llorar de pronto —nos dice George—, no le pareció natural. Ni la más pequeña huella de llanto había en su cara. En cuanto lo escuchó, puso su poco limpia y pequeña mano en el brazo de George.

—No —dijo ella—, déme usted el dinero; yo pagaré el pasaje —George tenía una actitud sardónica—. Es que usted no me ha creído, y es necesario que me

crea. De lo contrario, tendré que encontrar a otra persona. Despidámonos aquí mismo.

George titubeó sólo un instante y se dijo: “Bueno ¡qué diablos!, ¿qué es lo que me lastima?, ¿qué me importa si cuando reciba mi dinero sale de la estación por la calle Cuarenta y dos? De todos modos me he comportado como un idiota”. Y puso el dinero en manos de la muchacha, quien debe haber comprendido lo que pasaba por la mente de George, porque lo miró fijamente a los ojos y movió su cabecita en esa encantadora forma peculiar.

—Usted no tiene fe en mí —dijo ella—; mas por haber sido tan bueno conmigo, le voy a decir en dónde viví en Nueva York. Usted podrá ir allá.

Después de que la muchacha se hubo despedido y dejó a George en la sala de espera, él regresó a casa y cometió la indiscreción de contarnos todo lo acontecido. Por supuesto que nos burlamos de él y le llamamos “tonto sentimental”. George se sintió avergonzado en extremo de su papel de caballero andante. Sobre todo, porque no era de tal especie.

En el curso de la cena, Burgess volvió a tratar el asunto.

—Conozco a las de su calaña perfectamente —aseguró Burgess, con suficiencia—. Doy por hecho que, en el momento de la despedida, te dio el consabido beso, lleno de pureza y santidad.

—No —contestó George—. Y me pareció extraño, porque eso era lo que yo deseaba y esperaba. Podría uno suponer que por mera gratitud.

—Bueno; si no hizo eso, la chica tomó tu dirección y prometió pagar la deuda algún día.

—Al contrario: me dio la dirección de la casa donde dijo que su equipaje quedó confiscado. Cuando reaccioné, fui allí seguro de que nada encontraría.

—Y así fue.

George dijo, encogiéndose de hombros:



—Todo, absolutamente todo, está ahora aquí. Allí en el pasillo, en esa maleta: ¡todo!, como lo había descrito.

—Debo decir con toda franqueza —comentó Burgess— que nunca antes había llegado a mis oídos un caso como éste. Pero, a pesar de todo —añadió—, no existe la mujer, ni el hombre que salga huyendo derrotado de Nueva York con veinte dólares nuevos en el bolsillo. No, señor. La única explicación lógica y válida es que la chica se ausentó de su barrio.

”Te apuesto que, si te das a buscarla con verdadero empeño y paciencia, la encontrarás cualquiera de estas noches en la Sexta Avenida, cerca de la treinta y tres.”

Y se cruzó una apuesta de cinco dólares, aunque yo no veía el objeto de la misma.

Una noche, tres semanas después aproximadamente, al regresar a casa, George se fue derecho a Burgess y le dijo:

—Aquí están tus cinco.

—¿De qué se trata? —inquirió Burgess, quien, como los demás, ya había olvidado el asunto.

—Vi a la muchacha —balbuceó George sin mirarnos a los ojos—: Sexta Avenida y calle treinta y tres.

—Cuéntanos —insinuó Burgess, quien, después de todo, era un tipo llano. Y así fue como escuchamos la continuación de la aventura.

George había pasado ese día de fiesta en Long Island, con la familia Winslow. Tomó el tren de las ocho y diez; llegó a Pennsy Station a las nueve y cuarto. Decidió ir a pie a casa. En la esquina de la 33 y Sexta Avenida, ¿con quién se habría de topar, si no con la muchacha? George asegura que iba ensimismado en sus propios pensamientos cuando alguien exclamó:

—¿Va usted a alguna parte?

Él levantó la vista y al momento reconoció a su amiga. Ella lo rebasó tan sólo para dar la media vuelta y parársele enfrente. Lo encaró, con los brazos en jarras,

como una joven lavandera. George se sintió invadido por una breve ráfaga de ira; pero como había pasado tanto tiempo desde el incidente, se hizo el propósito de tomar las cosas como una diversión, con algo de cinismo.

—Voy a ir contigo —respondió George, que al hacer con toda calma un remedo del original, se colocó al lado de la mujer—. ¿A dónde quieres ir? —en respuesta, ella se plantó enfrente de George y, tomándolo por los hombros, lo miró fijamente al rostro, mientras movía con lentitud su cabecita atrás y adelante:

—Quiero comer algo —fue todo lo que ella dijo. George se encogió de hombros y sugirió Baber's. La mirada indagadora de la muchacha lo había puesto nervioso. Y conforme caminaban juntos, se dedicó a observarla. Le pareció que estaba muy delgada, menos bien nutrida, más desaliñada y aún más pequeña; pero con idéntico aire de inocencia.

Todo aquello —concluyó George— era una prueba más de su culpabilidad. Porque nadie podía trotar por las calles durante cinco semanas y permanecer incólume. Y la chica, pensó, debió de haber sido constantemente hostigada por la policía. Su expresión de candor y de paz interior era asombrosa: cualquier otra mujer en su lugar, se habría apresurado a dar toda clase de explicaciones. (George es un excepcional analista de la naturaleza humana.)

—Debo decirle —observó ella— que es una gran suerte para mí que lo haya encontrado ahora. Nada he comido el día de hoy.

—Y ¿por qué a mí, particularmente?, ¿no te daría igual otro cualquiera?

—Oh, sí, claro —dijo ella tranquilamente—. Nunca falta quien me lleve a almorzar o me convide a comer algo. Pero hoy no he sentido hambre. He estado en los muelles; me la he pasado entreteniéndome con los barcos todo el día. El espectáculo es como un resumen del mundo. Cada barco huele distinto.

George tomó la determinación de vengarse de la muchacha, absteniéndose de mencionar su encuentro anterior. Y así, en caso de que la chica tuviese conciencia, eso sería suficiente castigo.

—¡Oh! —intercaló súbitamente la pequeña—, usted es mi amigo y no tengo remilgos para decirle que necesito diez dólares: tengo que pagar el importe de un traje que mandé hacer. Como verá, estoy usando mis trapos viejos, y no son lo

bastante calientitos.

—¡Vaya! —tartamudeó George—, ¡qué frescura!

—Bueno, quizá fui una fresca al ordenar el traje —aprobó la candorosa chica.

Las buenas resoluciones de George se esfumaron, y el viento se llevó los propósitos de discreción. Cuando el suspicaz jefe del servicio en Baber's dio trazas de atender a la pareja, una vez que la albeante camisa y la pulcritud general de George le inspiraron la necesaria confianza, la impaciencia lo consumió: ¿qué diría la chica ahora?, ¿cómo explicaría cada una de las facetas del caso?, ¿qué, simplemente, se daría por satisfecha con la paladina aceptación del engaño?, ¿o iba a elaborar otra fantasía tan increíble como la anterior?

El objeto de sus conjeturas, mientras tanto, estaba concentrado en todo lo que alrededor de ella había; inspeccionaba cada detalle del salón, con amplia suficiencia. Él no pudo aguantar más:

—Yo creía que habías regresado a Chillicothe —George era muy irónico. Ella le dirigió una mirada en la cual a él le pareció descubrir o adivinar algo de satisfacción, acompañada de una tenue sombra de tristeza:

—Se me había olvidado que, naturalmente, usted querrá escuchar, antes que nada, lo que pasó —dijo ella—. Pues bien, cuando me despedí de usted, subí al tren —hizo una pausa; escrutó su cara y reiteró—: subí al tren y viajé hasta Albany, sola. Poco después, un caballero muy simpático se sentó a mi lado y empezamos a charlar. Era alto, con bigote rubio y bastante mayor que usted. Su nombre era Tom, según me dijo. Mientras tanto, yo me repetía, en ininterrumpido soliloquio: “Así es que regresas a casa únicamente con lo que llevas puesto, ¡después de que tu madre se afanó tanto, todo el invierno, al prepararte suficiente ropa para este frío! Nunca debiste haber abandonado Nueva York, sin rescatar tu equipaje de esa casa de huéspedes”. Y me preocupaba regresar a Chillicothe sin mis cosas. Se lo dije a Tom. Su reacción fue: “Decídete y dejaremos este tren en Útica. Te llevaré de nuevo a Nueva York y reclamaremos lo que te pertenece”.

—¡Vaya, este cuento es mejor que el otro! —comentó George.

—¿Lo ve usted? —respondió ella radiante—. Se lo dije bien claro, ¿no? Yo necesitaba conocer el resto de Nueva York. Y allí tenía a Tom, en el momento en

que lo necesitaba. Bueno, regresamos, y él cumplió todo lo que me había prometido. Pero cuando fuimos a la casa de huéspedes, ya había desaparecido mi ropa. Me informaron que un joven se la había llevado. Yo, claro, comprendí al momento que ese joven era usted. La dificultad radicaba en que no sabía dónde encontrarlo —sonriendo a George, continuó—: a menos que me hiciera el ánimo de pasar y volver a pasar por enfrente de ese lugar donde lo vi por primera vez. Y Tom no aprobó la idea. Ya ve usted, Tom fue en extremo bondadoso conmigo. Me consiguió un cuarto; pagó la renta de dos semanas, y me compró algunos vestidos bonitos. Todas las noches cenábamos juntos.

—¿Qué pasó con Tom? —inquirió George, quien puso en la frase una dosis adecuada de sarcasmo.

La chica aparentemente no lo notó, o pasó por alto el tono de George, pues continuó, con voz aún más suave.

—Pobre Tom. ¡Nunca entendió! ¡No sé por qué pero creo que, sencillamente, no podía entender! Supongo que estaría enfermo o algo semejante. Porque, ¿cómo puede usted explicarse que después de haber sido tan bueno conmigo todo el tiempo, de repente empezó a... Bueno, usted sabe lo que él quería. ¡Pobre Tom!

—¡Oh, esto no tiene igual! —exclamó George, entre risas.

Ella lo observó con honda meditación.

—No estoy segura de que usted mismo lo entienda —comentó—. Pero no fue culpa de Tom. De eso estoy convencida. Tom fue bueno conmigo. Lo que pasó fue que Tom no entendía las cosas. Por supuesto, yo no podía permanecer allí, y tampoco podía continuar usando sus vestidos. Así es que una noche me escapé. Eso fue hace una semana.

—¿Y dónde vives?

—Pues por ahora no tengo habitación fija.

—¡Qué dices! —a su pesar, gritó él—. ¿Toda una semana?... pero...

La muchacha sonrió de manera misteriosa, o más bien, con cierta malicia.

—Cuando la noche llega —dijo con toda calma—, simplemente escojo una casa

bonita, que me guste. Toco el timbre y digo a los que allí viven: “Estoy muy cansada; no tengo casa a donde ir. Quisiera pasar la noche aquí: me hace falta dormir”.

—¿Y...? —George trató de hacer el juego a la chica.

—Bueno... únicamente de cuando en cuando la gente no entiende. En esos casos, tengo que buscar otra casa.

George, por encima de la mesa, apuntó con su índice a la muchacha:

—No sé —dijo bruscamente—; no sé por qué tengo que escuchar todas tus patrañas. Debe de ser porque creo que en el fondo eres buena. Pero ¡basta ya! Ahora te ruego que me digas la pura verdad. Bien sé que no es fácil para una muchacha conseguir empleo; pero, dime ¿has tratado en serio de encontrarlo?

—¿Tratar de conseguir trabajo? ¿Yo? ¡Claro que no! —ella parecía sorprendida—. Aquí, precisamente aquí, no quiero trabajar. Quiero verlo todo. Y ¡oh!, hay un millón de cosas que ver y que gozar. Ayer me puse a caminar, ¡y cómo caminé! Desde temprano, hasta casi mediodía, caminé a lo largo de una calle brillante, llena de sol, que ascendía hasta los techos de las casas. Y seguí caminando entre enormes cimbras de acero que parecían vibrar, hasta que llegué a un montículo desde el cual se dominaban millas y millas de ciudad palpitante y humeante: donde todas las calles hervían de niños. Imagínese: todo eso puede verse, ¡y nunca me había enterado de que allí estaba!

George asegura que la sensación más extraña e irracional se apoderó de él. Por unos instantes creyó todo lo que la muchacha decía. Le parecía que estaba viendo un mundo jamás por él soñado; un mundo del que había estado eternamente excluido, a pesar de que él sabía mucho. Y eso le dolía. La muchacha podía ser una blanca flama que lo quemaba. Y en su dolor le decía todas las cosas. Pero ella se concretó a mover su linda cabecita con solemnidad.

—No —dijo—. Todo se debe a que usted sabe muy poco.

Por supuesto, esa curiosa situación duró sólo unos segundos. El sentido común volvió a imperar en el acto; dijo a la joven lo que de ella pensaba, y la abandonó.

Pero la despedida fue una de las cosas más singulares de esta aventura. Él recuerda que la chica, inclinada la cabeza como un pajarito, escuchó todo lo que

él le dijo. Y cuando hubo terminado, ella se echó hacia adelante, tomó una de las manos de George entre las suyas y la oprimió contra su pecho. Sus ojos se inundaron de lágrimas. Y cuando él esperaba que rompiera a llorar, se rehízo. Y su risa estalló:

—Nos volveremos a encontrar —dijo ella en voz alta, con agudo diapasón—. Yo sé que lo veré en el momento en que más lo necesite.

Y así, indignado, George regresó a casa.

—Bueno —dijo Burgess, que había torcido y retorcido el billete de cinco dólares, cuando terminó la narración—. ¡Vaya!, el relato ha sido tan bueno que estoy dispuesto a pagar por haberlo oído. Contribuiré con cinco, para ir a medias en los diez.

—¿Cuáles diez? —saltó George.

—Los diez que le diste para que pagara su traje.

Y Burgess le tendió el billete.

George, de pie, enrojecía más cada segundo. Fijó la mirada en cada uno de nosotros, para ver si acaso nos reiríamos de él. Con voz apagada dijo:

—Gracias —y tomó el billete.

## OTRO CASO DE INGRATITUD

AL IR por la Quinta Avenida, ya bastante noche, lo vi unos pasos adelante de mí, en un tramo oscuro de la acera, entre dos lámparas de arco. Hacía intenso frío. Con la cabeza hundida entre los hombros y las manos en los bolsillos, el hombre no levantaba sus pies; los arrastraba. Cuando lo seguía con la vista giró, y como si estuviera mareado, se apoyó en la pared de un edificio, cuyo ángulo protegía del viento. Al principio me pareció que lo que el transeúnte buscaba era protegerse; pero al acercármele, pude notar claramente la rigidez nada natural de sus piernas, así como la forma en que oprimía su mejilla contra el frío muro y, al seguir un rayo de luz que jugueteaba sobre sus ojos, vi que estaban hundidos y bien cerrados. ¡El hombre dormía! Dormía mientras el terrible frío que todo lo congelaba atravesaba sus ligeras ropas y se le metía por los agujeros de sus deformados zapatos. Vertical, recargado contra el muro, con las extremidades inferiores tiesas, como las de un epiléptico. Había algo bestial en esa avidez de sueño.

Lo sacudí por un hombro. Lentamente abrió un ojo y se doblegó causándome la impresión de que, a menudo, manos más bruscas que las mías lo despertaban. Me vio con expresión carente de inteligencia.

—¿Qué le pasa? ¿Está enfermo? —le pregunté. Balbuceó algo y, simultáneamente, se apartó de su punto de apoyo, como si se aprestara a reanudar la marcha. Le pregunté qué decía, y me agaché para estar más cerca de él y poder oírlo mejor.

—No he dormido en dos noches —expresó la voz cavernosa—. No he comido en tres días —y allí estaba, oscilante, obediente al más ligero roce de mi mano; sus ojos, como suspendidos de algo, con mirada vacua entre parpadeo y parpadeo.

—Bueno, vamos. ¡Sígame usted! —le dije—. A ver qué conseguimos de comer. Después encontraremos una cama —me siguió dócilmente, dando tumbos, como un hombre dormido; a veces se iba de bruces, para recobrar el equilibrio con un paso. A intervalos, decía guturales palabras sueltas y frases sin sentido.

—Así tengo que dormir casi siempre, sin que deje de caminar —repetía una y otra vez—. Me obligan a que siga de frente.

Lo tomé por un brazo y lo llevé hasta la blanca puerta de una lonchería, de las que permanecen abiertas toda la noche. Lo senté a la mesa. Cayó como fardo y se quedó completamente dormido. Le puse enfrente un plato de rosbif, con puré de papas y dos sándwiches de jamón, una taza de café y pan con mantequilla; además, una tajada grande de pastel. Entonces lo desperté y, por primera vez, me pareció que había cierta incipiente lucidez en su expresión. Esa mirada de humilde gratitud, de afecto y devoción, por lo intensa, tenía algo de perruna. Sentí que una oleada de cálida emoción de fraternidad cristiana me corría por las venas. Me recargué en mi silla, dispuesto a ver comer a aquel hombre.

Inició el proceso de manera torpe, como si hubiera perdido el hábito. Recurría mecánicamente a patrones de urbanidad: quizá en otro tiempo su madre lo había adiestrado en ellos. Sus dedos tropezaban al querer cambiar de una mano a la otra el cuchillo o el tenedor. Acabó por dejar el cuchillo y tomar un trozo de pan con los dedos de la mano izquierda; retiró la cucharilla de la taza de café, antes de llevar ésta a sus labios, y untó una fina capa de mantequilla, con toda meticulosidad, en su pan. Sus movimientos se parecían tanto a los de un sonámbulo, que tuve la sensación de que veía una encarnación anterior del mismo hombre.

Conforme la cena proseguía, se registró un cambio increíble. El acogedor ambiente y las calorías trajeron bienestar, fortalecieron la sangre anémica e inundaron los centros nerviosos del cuerpo: las mejillas se colorearon y cada una de las partes del organismo experimentó un pleno despertar. Sus ojos brillaban. Los pequeños toques de urbanidad se desvanecieron como si nunca hubieran existido. Empezó a zambullir su pan bruscamente en la salsa, que debía servir para ensalada, e introducía gruesas rebanadas de carne en su boca. El café desaparecía, bebido a grandes tragos. Allí estaba un ente y no un civilizado. Donde había una bestia, el espíritu alentó: era un hombre.

La metamorfosis fue tan impresionante que a duras penas podía esperar el momento en que lograra yo asomarme un poco más a su alma. Tuve que dominarme hasta que terminó su cena.

Cuando el último trozo del pastel desapareció, puse una cajetilla de cigarros a su alcance. Tomó uno y consintió en que yo se lo encendiera.



—Gracias —masculló.

—¿Por cuánto se conseguirá una cama? ¿Una peseta, quizá?

—¡Sipp!... Gracias.

Sentado ante la mesa, con cierta nerviosidad, allí estaba mi protegido, inhalando grandes nubes de humo. Era mi oportunidad.

—¿Qué le pasa? ¿No hay trabajo?

Él me miró directamente a los ojos por primera vez desde que empezó a comer, con sorpresa en el rostro.

—¡Seguro! —dijo lacónico—. Advertí de pronto que sus ojos no eran cafés, como había pensado, sino grises.

—¿Y qué oficio tiene?

No me contestó durante unos segundos. Por fin gruñó:

—Albañil.

“¿Qué araña le picaría?”, me pregunté.

—¿De dónde vino? —Même jeu.

—Albany.

—¿Lleva mucho tiempo aquí, en Nueva York?

—¡Óigame! —dijo mi invitado, con brusquedad—, ¿cree que soy un fonógrafo?

Por unos momentos enmudecí con sorpresa.

—¡Vaya! Preguntaba por conversar —dije simplemente.

—¡No es cierto! Usted está muy creído de que, por haberme dado un tentempié, yo me descosería en lloriqueos y le haría un cuento, ¿verdad? ¿Qué derecho tiene para hacerme todas esas preguntas? Ya conozco a tipos como usted... Creen que porque tienen dinero pueden comprarme con una comida.

—Eso es una sarta de tonterías... ¡Es necio todo lo que dice usted! En lo que hago no hay interés alguno ¿Qué gano con darle de comer?

Él encendió otro de mis cigarrillos.

—¿Que qué gana? —sonrió—. Pues precisamente lo que se propone. ¡Vamos! ¿No se siente bondadoso al salvar la vida a un infeliz como yo, a un vagabundo que se está muriendo de hambre? ¡Oh, Dios!... Usted queda puro, santificado, por una semana.

—Bueno, usted es un raro espécimen —dije enojado—. ¡Lo que pasa es que usted no tiene ni gota de gratitud!

—¡Gratitud!... ¡Al diablo la gratitud! —dijo con naturalidad—. ¿Por qué? Estoy agradecido con mi suerte, no con usted. ¡Entienda! Así como fui yo, pudo haber sido cualquier otro vago. Pero estoy seguro: si no se hubiera topado conmigo, habría proseguido hasta pescar a otro desahuciado. ¿Sabe usted? —se incorporó a medias y se inclinó sobre la mesa, para añadir—: Tenía que salvar a alguien esta noche. Yo lo entiendo. Mi apetito es semejante al suyo; nada más que el mío es de mujeres.

Me alejé de ese albañil desagradecido, y fui a despertar a Drusila, única persona que me entiende.

## VIÑETAS DE LA REVOLUCIÓN

## **I. EN VÍSPERAS**

No es un cuento, sino unos cuantos fragmentos de una nota acerca de mi visita al frente del río Riga, poco antes de la revolución bolchevique.

## ***1. Rumbo al frente***

El comandante del acantonamiento del Báltico tenía reservado un compartimiento de primera clase para los miembros de la “Misión americana”, como él nos llamaba. Un sacerdote ortodoxo, convertido en voluntario para cumplir sus deberes eclesiásticos en las trincheras, imploró humildemente el honor de viajar en nuestra compañía. Era un hombre grueso, saludable, de ancha faz, con enormes barbas rojas, que reflejaban la característica sencillez rusa: amable sonrisa y un insaciable deseo de conversar.

*—¡Eto Vierno! ¡Qué cierto es! —dijo con un apenas insinuado suspiro—. La revolución ha debilitado el poder de la Iglesia sobre las masas. Antes, las gorras de los reservistas ostentaban una cruz al lado de la leyenda “Za verou, tsaria, i otechestvo”: “Por la fe, el zar y la patria”. Bueno, pues han borrado “la fe”, junto con todo lo demás. Movi6 la cabeza. En el antiguo texto de las oraciones eclesiásticas se aludía a Dios como el “Zar del Cielo” y a la Virgen como la “Zarina”. Nos hemos visto obligados a eliminar eso: “El pueblo no tolerará que se insulte a Dios”, aseveran.*

Lo interrogamos sobre sus tareas en el ejército y su rostro asumió una expresión de ternura infinita:

—En el curso de las oraciones de los regimientos, el sacerdote implora la paz entre todas las naciones. Al llegar allí, los soldados, a coro, exclaman: “Agregue: ¡sin anexiones ni indemnizaciones!” Después, cuando pedimos protección divina para los viajeros, los enfermos y los que sufren, los soldados gritan: “¡Incluya también a los desertores!” ¡Y pobre del sacerdote que se rehúse a entonar la oración de la tropa!

En cada estación el tren hacía prolongadas paradas, a fin de que los pasajeros pudieran contar con tiempo para beber vaso tras vaso de té e ingerir generosas porciones de alimento, en el alegre ambiente que propiciaba el animado parloteo de las repletas salas de espera. Entre dos estaciones, con el tren en marcha, se introducían extraños, oficiales del ejército y civiles.

El sacerdote vivía en Tashkent, en el Trans-Caspio, con su mujer y cinco hijos. Nos describió la singular institución que se conocía como Oficina de los Ladrones, donde las personas que habían sufrido un robo podían rescatar sus propiedades, mediante el pago del precio de las mismas, menos veinte por ciento, cuando el importe se cubría al contado. Un pequeño y desmedrado maestro de escuela describía detalles de la convención que las oficinas de los ladrones celebraron el verano de ese año en Rostov sobre el Don, a la cual habían asistido delegados de todos los ámbitos de Rusia.

En esa ocasión se formuló una protesta formal ante el gobierno, contra la venalidad y rapacidad de la policía. Un ventrudo polkovnik narró que en la convención, en Moscú, de prisioneros de guerra alemanes y austriacos, se pidió jornada de ocho horas y fue aprobada.

Corría el rumor de que los soldados de los ejércitos estacionados en el frente festejarían el Pakrov —el primero de octubre, cuatro días después— en sus hogares. Todo el mundo se preocupaba por esta mayúscula amenaza de disolución... ¿Qué acontecería si los millones de soldados rusos dejaran de pelear y partieran para la capital o sus respectivos poblados? El viejo polkovnik murmuró: “Estamos perdidos. Rusia está derrotada y, lo que es peor, la vida es tan mísera, por ahora, que ya no vale la pena. ¿Por qué no acabar con todo?”

El oficial que hablaba francés —de espíritu revolucionario, en teoría— sostuvo con aquél una acalorada, aunque cortés discusión. El sacerdote contó un caso de corte rabelaisiano, por lo simple, de un soldado que sedujo a una muchacha campesina, con las promesas de que el hijo que de él concibiera llegaría a ser general del ejército.

Se hizo tarde. Las luces se tornaron tenues e intermitentes y se acabó la calefacción de nuestro carro. El sacerdote tiritaba:

—Bueno —dijo a la postre, al dar diente con diente—, esto se ha puesto muy frío para que uno esté despierto —y en seguida se echó, tal como estaba, sin más cobija que los faldones de su levitón, e inmediatamente empezó a roncar.

Muy temprano despertamos la mañana siguiente, ateridos. Nuestros músculos estaban rígidos e insensibles. Los rayos luminosos del sol no llegaban a través de las ventanillas escarchadas. Un rapaz entró al carro, con té y tablillas de chocolate, en vez de azúcar. El tren se deslizaba cuesta abajo, por la rica región

de Estland.

## ***2. El Iskosol\* en Venden***

En un desnudo galerón del segundo piso —en medio del staccato producido por activas estenógrafas y el constante entrar y salir de mensajeros y comisiones de diputados— funcionaba el centro nervioso del Decimosegundo Ejército, esa organización, espontáneamente democrática, que fue creada por los soldados al iniciarse la revolución.

Un teniente bien parecido, de facciones hebreas, estaba de pie detrás de un pupitre. Se mesaba sus entrecanos cabellos con evidente preocupación, mientras un alud de quejas caía sobre él. Cuatro delegaciones de regimientos que se hallaban en las trincheras —integradas por soldados rasos en su gran mayoría, con dos oficiales— demandaban la atención del Iskosol: un regimiento estaba casi desprovisto de zapatos: el Iskosol le había prometido seiscientos pares y había hecho llegar tan sólo sesenta. Un portavoz, cuya indumentaria se caía a jirones y que venía con otra comisión, se quejaba de que, a pesar de que los artilleros, en su totalidad, ya habían recibido sus abrigo de piel, los integrantes del cuerpo de caballería aún llevaban sus uniformes de verano. Un suboficial, en la adolescencia apenas, a grito abierto se quejaba de que el Iskosol prometía el cielo y las estrellas, pero no cumplía sus promesas.

*—Da, da —respondía con vaguedad el teniente—. Sí, sí, S'chass, s'chass. Informaré sobre esto al comisariado.*

Sobre una mesita yacían apilados montones de folletos y periódicos; entre aquéllos pude notar *La anarquía* y *la Iglesia*, de Eliseo Réclus.

Un soldado, sentado en una silla rota que estaba cerca de allí, en voz alta leía *Isvestia* —órgano oficial del comité ejecutivo de los soviets de todas las Rusias, el cual se imprimía en Petrogrado— e informaba sobre lo relativo a la integración de un nuevo gobierno y, conforme gritaba los nombres de los funcionarios recién nombrados, los miembros del abundante grupo allí reunido dejaban escapar irónicas carcajadas y estentóreos “hurra”. Cerca de la ventana, de pie, veíamos a Votinsky, comisario ayudante del Decimosegundo Ejército: allí



estaba, con su chaquetón semimilitar abotonado hasta el mentón. Era bajito de estatura y con ojos azules que fulguraban a través de gruesos espejuelos: su barba era hirsuta y roja. Era un famoso escritor que había estado exilado en Siberia, el autor de *Smertniki*, un libro más espeluznante que *Los siete ahorcados*.

—Mi tarea —nos dijo a los corresponsales— consiste en armar una máquina militar capaz de recapturar Riga. Pero las condiciones son aquí desesperantes. El ejército carece de todo: de alimentos, uniformes, zapatos y parque. Las carreteras están intransitables. Y añada usted que ha llovido sin interrupción las últimas dos semanas. Las caballerías de tiro están mal alimentadas, son jamelgos exhaustos. Su máxima capacidad apenas alcanza para traernos las carretas con pan, para evitar que nos muramos de hambre. Pero la peor de todas las desgracias en el frente, peor que la falta de alimento y ropa, es la carencia de zapatos, de folletos y periódicos. Porque, escuchen ustedes, desde que la revolución principió, el ejército ha absorbido toneladas de propaganda, de material impreso. La tropa está ávida de leer y leer más, siempre. Y ahora todo eso se ha interrumpido de un golpe. Claro que no sólo permitimos, sino que alentamos la importación de todo material de lectura para las zonas donde se halla peleando el ejército. Eso es absolutamente indispensable para mantener el espíritu de la tropa en alto nivel. Desde el caso Kornilov y, especialmente, desde el Congreso Democrático, nuestros soldados se han mostrado intranquilos, desconfiados. Sí, muchos de ellos simplemente han arrojado las armas y se han marchado a sus hogares. El ejército ruso está cansado de la guerra.

Votinsky no había pegado los ojos en treinta y seis horas. No obstante, irradiaba energía cuando, tras el saludo militar, se precipitó escaleras abajo para subir a su lodoso automóvil e iniciar un recorrido de cuarenta millas por sendas cenagosas y bajo nubarrones que amenazaban tormenta, con el propósito de ser árbitro en una disputa entre oficiales y soldados rasos.

### ***3. En Venden***

Llovía copiosamente y las pisadas de miles de viandantes habían acumulado lodo en las aceras, a tal grado, que resultaba difícil caminar. Se había oscurecido a la ciudad para protegerla de aviones hostiles: únicamente pequeñas manchas de luz brillaban, aquí y allá, a través de visillos, y la mortecina luz roja se transparentaba por algunas cortinas. La angosta calle culebreaba donde menos lo esperaba uno. Denunciados por la lumbre de sus cigarrillos, los soldados desfilaban incesantemente. No lejos, voluminosos camiones de carga pasaban en grupos, con algunos otros de los transportes del ejército que hacían un ruido endemoniado y producían un abanico de cieno del suelo, en su recorrido en ese marco de tinieblas. Inmediatamente atrás de mí, alguien encendió un fósforo y eso nos permitió ver a un soldado que pegaba un papelote blanco en la pared. Nuestro guía, miembro del Iskosol, lanzó una exclamación y corrió a investigar, al tiempo que hacía funcionar su antorcha eléctrica. Pudimos leer:

Camaradas soldados:

Las diputaciones de los trabajadores y de los soldados del soviet en Venden han organizado un mitin en el parque, para las cuatro de la tarde del jueves 28 de septiembre.

En el pequeño hotel, su propietario —entre hostil, codicioso y presa de pánico— nos informó que no tenía un solo cuarto disponible:

—¿Y ese que está allí? —preguntó nuestro amigo, que apuntaba con el índice.

—Ése es el cuarto del comandante —contestó el hostelero, de mal modo.

—Pues el Iskosol lo toma —replicó el guía—. Y nos adjudicamos la habitación.

La vieja campesina letona que al momento nos trajo té, nos atisbaba con ojos legañosos y asustados, mientras se frotaba una de sus manos en las enaguas y balbuceaba en alemán:

—Ustedes son extranjeros, ¿verdad? ¡Alabado sea Dios! Porque los rusos son unos tipos cochinos que nunca pagan. —la vieja se agachó a recoger algo del piso y, con voz ronca, murmuró—: ¡Oh, si los alemanes se apuraran un poco! ¡Toda la gente respetable aquí quiere que lleguen los alemanes!

Y a través de los visillos, conforme nos aprestábamos a dormir un poco, podía escucharse el retumbar lejano de los cañones alemanes que martilleaban las endebles líneas de soldados rusos, mal vestidos y peor alimentados, y que, al mismo tiempo, eran presa de dudas, temores y desconfianza, mientras se pudrían bajo la constante lluvia. Y todo porque se les había dicho que si sufrían así, la revolución se salvaría.

#### ***4. De regreso del frente***

Cuando estábamos sentados en la plataforma de los andenes, en espera del tren que nos llevaría a Petrogrado, se le ocurrió a (Albert Rhys) Williams, que podríamos darnos el lujo de obsequiar a los soldados los cigarrillos que nos sobraban. Así pues, se encaramó en un baúl y, con ademanes generosos, empezó a ofrecer el contenido de la voluminosa caja que tenía en sus manos. Había cientos de soldados a nuestro alrededor. Algunos, entre curiosos y perplejos, avanzaron hacia nosotros y empezaron a aceptar los cigarrillos; pero la mayoría del grupo se mantuvo alejada e indiferente. Pronto Williams se vio solo, en medio de un círculo que, por segundos, se ampliaba. Los soldados estaban ahora congelados en grupos y hablaban entre sí en voz baja.

De pronto vio venir hacia él a tres cabos que llevaban fusiles con bayoneta calada. Tenían cara de pocos amigos. El jefe del grupo interpeló:

—¿Quién es usted y por qué está regalando cigarrillos? ¿Es, acaso, espía alemán y trata de sobornar al ejército revolucionario ruso?

En todo lo ancho y lo largo de la plataforma, lentamente se empezaron a aglomerar los soldados alrededor de Williams, los comisionados y los tres cabos investigadores, dispuestos a descuartizar a nuestro compañero.

A nuestro grupo lo apretaron en el tren, al grado de que no nos podíamos mover. Se metía a doce personas en compartimientos contruidos para seis, y había tal aglomeración en los pasillos, que se tornaron intransitables. En el techo del carro se oían las fuertes pisadas de cien soldados, mezcladas con sonoros cánticos entonados en el congelante aire nocturno. Las ventanillas estaban cerradas y todo el mundo fumaba en el interior del carro. La conversación pronto se generalizó de extremo a extremo.

En Valk algunas animosas jóvenes enfermeras de la Cruz Roja, acompañadas de

jóvenes oficiales, penetraron en nuestro carro. Se introdujeron por las ventanillas. Traían dulces, botellas de vodka, queso, salchichas y todo lo necesario para un festín. Como cuñas, se metieron entre el hacinamiento de pasajeros y, por milagro, todas esas nuevas personas quedaron a la postre instaladas entre nosotros y comenzaron a alegrarnos. Los recién llegados pronto sintieron impulsos amorosos: empezaron las caricias y los besos. En nuestro compartimiento, dos parejas se tumbaron a medias en los asientos, abrazándose con deleite y efusión. Alguien manipuló la pantalla negra y se ocultó la luz de los focos. Otras manos cerraron la puerta. Toda una bacanal... Y el resto de nosotros, miraba...

En la cama alta iba acostado un capitán que tosía incesantemente, en forma terrible. A pequeños intervalos alzaba su consumida faz, para que pudiera escupir sangre en su pañuelo. Y una y otra vez se escuchaba su exclamación: “Los rusos son unos animales”. Entre el estruendo de la marcha del tren, la desgarradora tos, los alaridos báquicos y las discusiones, a través de la noche se podía oír el constante y rítmico ruido de los taconazos y los gangosos cantos de los soldados que viajaban en el techo del carro.

*Septiembre de 1917*

## II. EL ENJUICIAMIENTO DE LA IWW, EN CHICAGO

Pequeño, en una banca enorme, se sienta un hombre con desaliñada melena blanca, marchita cara, ojos abrasadores como dos joyas, apergaminada piel hendida por una grieta a modo de boca. Su fisonomía es la de Andrew Jackson, tres años después de muerto. Es el juez Kenesaw Mountain Landis. Sobre este hombre ha recaído el histórico papel de enjuiciar a la revolución social.

Por muchas razones, este juicio es de lo más desusado. Cuando el juez retorna al recinto de la corte, después de un receso, nadie se pone de pie: el propio juez ha abolido esa ostentosa formalidad. Viste sencillo traje de calle, sin toga; a menudo, cuando se aparta de su banca de magistrado, se encarama en el escalón alto del palco destinado a los miembros del jurado. Por órdenes suyas, grandes escupideras se han colocado junto a las sillas de los acusados para que éstos puedan sobrellevar mejor los prolongados turnos de comparecencia, al masticar trozos de tabaco, y también les permite quitarse el saco, estirar las piernas, moverse, leer periódicos.

Ahora, por lo que toca a los prisioneros, dudo que jamás, en el curso de la historia, se haya visto a grupo como el que está aquí reunido. Ciento un sujetos, entre los que hay leñadores, segadores, mineros, editores. Ciento uno que creen que la riqueza del mundo es de quien la crea.

En su mayoría nuestros revolucionarios tipo social, se vinculan con oficios sedentarios: trabajadores en la rama textil, operarios de talleres donde se hacen prendas de vestir, gente que presta sus servicios en imprentas. Así nos parece, por lo menos, en las grandes ciudades. Los mineros, la gente que trabaja en fundiciones o en oficios relacionados con la construcción, los ferrocarrileros pertenecen a la American Federation of Labor, que cree en el sistema capitalista tanto como J. P. Morgan. Pero estos ciento uno laboran extramuros, dinamitan rocas, derriban árboles, cosechan y empacan trigo, son estibadores. Se trata, en fin, de los que hacen el trabajo rudo del mundo. Todos ellos ostentan cicatrices de las heridas causadas por la industria y de las que produjo el odio de la sociedad. Nada temen. Son del tipo de los que el capitalista señala con el dedo al

pasar, en su automóvil, frente a un edificio grande que esos trabajadores están levantando, o un puente que construyen sobre un río:

—Helos allí —observa el capitalista—, he allí a la clase de trabajadores que deseamos en este país; gente que conoce su oficio y que trabaja duro, no como esos que dicen tonterías sobre la lucha de clases.

Saben bien aquello que hacen y así trabajan; pero, aunque parezca extraño, también esa gente cree en la revolución social.

Entran, formados, en el recinto de la corte —los noventa, más o menos, que aún están presos— y saludan a sus amigos conforme desfilan. Otros compañeros se les unen: los que han salido libres bajo fianza.

Allí va el gigantón Bill Haywood, con su Stetson negro puesto, de cara igual a una agrietada montaña; Ralph Chaplin, que tanto se parece a Jack London cuando era joven; el colorado Doran, pura bondad en ese marco belicoso, el famoso mechón de pelos rojos caído sobre su inseparable visera verde; Harrison George, cuya frente está llena de surcos de graves pensamientos; Sam Carlett, quien podría pasar por un acomodado labrador de Crécy; George Andreytchine, con ojos saturados de tormenta esclava; Charley Ashley, amanerado, meticuloso, con la expresión de un Puck bien educado; Grover Perry, joven, con su imperturbable ceño a la manera del Oeste; Jim Thompson, John Foss, J. A. MacDonald, Boose, Prancner, Johanson, Lossiev...

Al otro lado del barandal de la sala de la corte, helos allí amontonados; muchos en mangas de camisa; algunos traen periódicos y empiezan a leer; uno o dos se tiran sobre el piso, con el propósito de dormir; algunos se sientan; otros permanecen de pie. Todas las fisonomías acusan al hombre trabajador, al hombre de pelea. También, en algunos casos, al orador, al poeta; los de rasgos sensitivos y apasionados son extranjeros... Pero en las caras de todos, rasgos fuertes; caras de hombres, irradian inspiración. En muchas se ven cicatrices; en varias, amargura. No se hubiera podido juntar en los Estados Unidos a ciento un sujetos más idóneos para representar, para simbolizar a la revolución social. A la gente que llega se le oye decir: “¡Pero si esto, más que un juicio, parece una convención!”

Para mí, recién llegado de Rusia, esta escena que mis ojos ven resulta extrañamente familiar. Por largo rato no atino, y experimento la sensación de que

ya he visto esto antes. Súbitamente, se me aclara todo.

Este juicio de la IWW (Industrial Workers of the World), en la Corte Federal de Chicago, más bien parece una sesión del comité ejecutivo central de los trabajadores del gran soviet, en Petrogrado.

No me cabía en la cabeza que los hombres allí presentes estuvieran sometidos a juicio. Ninguno de ellos estaba acobardado; en ninguno se reflejaba el miedo. Por el contrario, cada uno de ellos irradiaba confianza; en cada uno de ellos había un interés claro en la humana comprensión. Tal como si se tratase del Tribunal Revolucionario Bolchevique.

Por un instante me pareció que presenciaba el enjuiciamiento del juez Landis por el comité central del soviet norteamericano. Se le acusaba, digamos, de contrarrevolución.

1918



---

\* Organización revolucionaria de soldados que se gobernaba por sí misma; en aquel entonces, en sus etapas iniciales.

## **CRONOLOGÍA**

1887 El 22 de octubre nace John Silas Reed en Portland, Oregon.

1906 Ingresa a la Universidad de Harvard.

1910 Egresado de Harvard y emprende un largo viaje por Europa, pasando por Inglaterra.

1912 Vuelve a los Estados Unidos y va a Nueva York.

1913 Comienza a trabajar para el periódico radical The Masses. Viaja a México y escribe La guerra en el este de Europa.

1914 Publica México insurgente. Inicia la guerra imperialista en Europa y Reed escribe La guerra en el este de Europa.

1916 Escribe La guerra en el este de Europa.

1917 Viaja a Rusia.

1918 Regresa a los Estados Unidos, donde fue sometido a juicio por sus ideas revolucionarias.

1919 Lenin escribe el prólogo para la edición norteamericana de Diez días que estremecieron a Rusia.

1920 Muere de tifo en Moscú.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS EN EL FCE

Calver, Peter, Análisis de la revolución, México, 1974 (Colección Popular).

Cole, George Douglas Howard, Historia del pensamiento socialista, I, México, 1957 (Sección de Obras de Sociología).

———, Historia del pensamiento socialista, II, México, 1958 (Sección de Obras de Sociología).

———, Historia del pensamiento socialista, III, México, 1959 (Sección de Obras de Sociología).

———, Historia del pensamiento socialista, IV, México, 1960 (Sección de Obras de Sociología).

———, Historia del pensamiento socialista, V, México, 1962 (Sección de Obras de Sociología).

———, Historia del pensamiento socialista, VI, México, 1962 (Sección de Obras de Sociología).

———, Historia del pensamiento socialista, VII, México, 1963 (Sección de Obras de Sociología).

Fromm, Erich, Marx y su concepto del hombre, México, 1962 (Breviarios).

Lukács, Georg, Problemas del realismo, México, 1966 (Sección de Obras de Filosofía).

Montenegro, Walter, Introducción a las doctrinas político-económicas, México, 1984 (Biblioteca Joven).

Nicol, Eduardo, Crítica de la razón simbólica: la revolución en la filosofía, México, 1982 (Sección de Obras de Filosofía).

Silva Herzog, Jesús, Trayectoria ideológica de la Revolución mexicana, 1910-1917 [y otros ensayos], México, 1984 (Biblioteca Joven).

———, Breve historia de la Revolución mexicana, México, 2005 (Colección Conmemorativa 70 Aniversario).

# hija de la revolución *y otras narraciones*

JOHN REED

El escritor estadounidense John Reed (1887-1920), un hombre apasionadamente comprometido con la realidad que le tocó vivir, fue corresponsal de guerra y cuentista. La mayoría de los relatos aquí compilados fueron escritos entre 1912 y 1916. Sus personajes viven una historia humana compleja marcada por el dolor, por la confrontación con los otros o por una realidad social complicada, pero sobre todo por la sed de libertad.

La visión del narrador es crítica: lo mismo cuestiona a los revolucionarios que luchan por la igualdad entre los hombres pero marginan y juzgan a las mujeres, que a los estadounidenses, quienes, tras afirmar que el “mejor de los deportes en el mundo es cazar negros”, se consideran seres de buen corazón. La ironía, la fuerza y el idealismo que rezuman estas páginas seducirán y conmoverán al lector.



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

**BIBLIOTECA  
UNIVERSITARIA  
DE BOLSILLO**